



**Vejez y envejecimiento.
Aportes para la investigación
y la intervención con adultos mayores
desde las ciencias sociales,
la psicología y la educación**

Rodolfo Iuliano
Coordinador

**Vejez y envejecimiento.
Aportes para la investigación
y la intervención con adultos mayores
desde las ciencias sociales,
la psicología y la educación**

Rodolfo Iuliano
Coordinador

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Secretaría de Extensión Universitaria
Colección *Andamios*, Serie Perspectivas

Director de Colección

Jerónimo Pinedo /Secretario de Extensión FaHCE

Editora de Colección

Candela Victoria Díaz /Secretaría de Extensión FaHCE

Diseño de Colección

Alejandra Gaudio /Área de Diseño y Comunicación Visual FaHCE

Diseño de Serie

Valeria Miccio /Área de Diseño y Comunicación Visual FaHCE

Correctora de Estilo

Alicia Lorenzo / Prosecretaría de Gestión Editorial y Difusión FaHCE

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa por medio del sistema de pares de doble ciego organizada por la Secretaría de Extensión de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

©2019 Universidad Nacional de La Plata

ISBN 978-950-34-1848-2

Colección *Andamios*, 6

Serie Perspectivas

Cita Sugerida: Iuliano, R. (Comp.). (2019). *Vejez y envejecimiento. Aportes para la investigación y la intervención con adultos mayores desde las ciencias sociales, la psicología y la educación*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Andamios ; 6. Serie Perspectivas). Recuperado de <https://www.libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/152>



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compártir igual)

Andamios | Serie Perspectivas

La Secretaría de Extensión de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación pone a disposición del público **Andamios**. Una colección de libros de extensión universitaria que se propone estimular reflexiones teórico-metodológicas, difundir experiencias y producir herramientas para el trabajo común con los actores en el medio social.

En esta ocasión presentamos *Vejez y envejecimiento. Aportes para la investigación y la intervención con adultos mayores desde las ciencias sociales, la psicología y la educación*, resultado de una investigación interdisciplinaria desarrollada durante tres años por integrantes del Grupo de Estudio en **Vejez y Envejecimiento del Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores (FaHCE-UNLP)**. El libro sistematiza las principales conceptualizaciones en debate en los campos de las ciencias sociales, la educación y la psicología sobre el fenómeno de la vejez y el envejecimiento. También promueve la reflexión en torno a diferentes dimensiones teóricas y metodológicas del trabajo de producción de conocimientos y toma de decisiones sobre dicho fenómeno.

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decana

Prof. Ana Julia Ramírez

Vicedecano

Mg. Mauricio Chama

Secretario de Asuntos Académicos

Prof. Hernán Sorgentini

Secretario de Posgrado

Dr. Fabio Espósito

Secretaria de Investigación

Prof. Laura Rovelli

Secretario de Extensión Universitaria

Dr. Jerónimo Pinedo

Prosecretario de Gestión Editorial y Difusión

Dr. Guillermo Banzato

**Programa de Educación Permanente
de Adultos Mayores**

Director

Rodolfo Iuliano

Vicedirector

Horacio Crovetto

**Coordinadora del área
de Transformaciones del Envejecer**

Cecilia Aguinaga

**Coordinadora del área
de Conocimientos Generales**

Yamila Balbuena

**Coordinadora del área
de Movimiento y Expresión**

Sabrina Milone

**Coordinadora del área
de Talleres a Distancia**

Mónica Suelgaray

**Coordinadora del área
de Talleres en el Territorio**

Florencia Bravo Almonacid

Ana Tellez

Coordinador UPAMI

Santiago Dupuy

Agradecimientos

La publicación del libro que presentamos ha sido posible por el empeño de diferentes colectivos y personas a quienes queremos agradecer aquí.

En primer lugar, a los y las docentes, investigadores y estudiantes de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y del Programa de Educación Permanente para Adultos Mayores (PEPAM) por la propuesta de reunirnos a estudiar y debatir de manera interdisciplinaria algunas de las principales conceptualizaciones contemporáneas sobre la vejez y el envejecimiento de los campos de las ciencias sociales, la psicología y la educación. La confianza en la propuesta y el compromiso con una dinámica de trabajo sistemática iniciada en 2015 permitieron institucionalizar el Grupo de Estudios de Vejez y Envejecimiento del PEPAM, en el marco del cual imaginamos, discutimos y escribimos este texto.

El ambiente acogedor con que nos encontramos cada sábado de reunión en el PEPAM se debió, en buena medida, al trabajo diario del personal de la institución: a ellas y ellos hacemos extensivo nuestro agradecimiento.

Queremos agradecer muy especialmente a las autoridades de la FaHCE por el apoyo brindado para el desarrollo de este proyecto, y a su Secretaría de Extensión por la generosa propuesta de publicar el libro en el marco de la serie *Perspectivas*, colección Andamios.

El acceso a los materiales que conforman el corpus bibliográfico fue posible en gran parte por el dedicado trabajo de

las y los bibliotecarios de Bibhuma, a quienes agradecemos particularmente el tiempo dedicado.

Agradecemos el trabajo de corrección editorial de los equipos de la Secretaría de Extensión y de la Prosecretaría de Gestión Editorial de la FaHCE, cuyas intervenciones contribuyeron en forma significativa a la claridad y consistencia de la presente versión del libro.

Finalmente, la publicación del libro durante el corriente año coincide con la celebración de los 25 años del PEPAM, y en ese sentido queremos agradecer muy especialmente a Virginia Viguera, quien desde la fundación del PEPAM en 1994 ha contribuido con su participación a la educación de personas mayores, a la investigación y la formación de nuevos profesionales especializados en temáticas psicogerontológicas, a la elaboración de perspectivas y materiales para el trabajo de estimulación de la memoria, al diseño e implementación tanto del Programa de Preparación para la Jubilación (Prejubi) como de los Cursos de Capacitación en Gerontología Educativa, Estimulación de la Memoria y otros temas. Este libro es sin lugar a dudas tributario del entusiasmo y la convicción con que, durante todos estos años, Virginia ha contribuido (y continúa haciéndolo) en la institucionalización y el crecimiento sostenido del PEPAM.

INDICE

Presentación	10
<i>Virginia Viguera</i>	
Introducción	15
La investigación en el campo de la vejez: en busca de un abordaje plural, descentrado y desnormativizador	
<i>Rodolfo Iuliano</i>	
Capítulo 1	33
Vejez y envejecimiento: conceptualizaciones y abordajes desde las ciencias sociales	
<i>Yamila Balbuena, Florencia Bravo Almonacid, Horacio Crovetto, Santiago Dupuy, Rodolfo Iuliano</i>	
Capítulo 2	64
El envejecimiento desde la psicología: problemas y abordajes locales	
<i>Cecilia Aguinaga, Ana Tellez</i>	
Capítulo 3	130
Educación y adultos mayores	
<i>Débora Paola Di Domizio, Vilma Graciosi, Néstor Hernández, Mónica Suelgaray</i>	
Anexo	164
Entre la investigación y la intervención: interrogantes desde el trabajo con vejez y envejecimiento	

Presentación

Escribir la presentación de este libro me resulta un combinado de diversos componentes que trataré de armonizar.

En primer lugar, constituye un halago para mí, que soy la más antigua de los docentes del PEPAM. En segundo lugar, implica una cuota de emoción muy grande: es nuestra primera publicación a cargo del Área de Investigación y con proyectos prometedores para seguir. En tercer lugar, representa un reto, el de ser clara e invitarlos a la lectura del libro.

El envejecimiento es una cuestión que nos interpela fuertemente en el PEPAM desde hace ya 25 años. En sus comienzos la bibliografía local era muy escasa, casi inexistente, y debimos recurrir a centros de documentación para nutrirnos y continuar con la búsqueda.

Con el paso del tiempo comenzaron a publicarse artículos y libros especializados en la temática, como pone de relieve este texto. A su vez, desde la práctica, a través de los cursos implementados en el PEPAM —y siempre en diálogo con la teoría— fuimos acumulando experiencias que nos han permitido realizar elaboraciones como las que presentamos a continuación.

Tomando esto en cuenta, intentaremos desarrollar un recorrido desde lo psicológico, lo sociocultural y lo educacional, con la atención puesta tanto en los aportes de los materiales como en el itinerario de los autores.

Para comenzar, haremos referencia al concepto de *cultura del envejecimiento*, en cuyo marco se elabora una revalorización del proceso mismo del envejecer y se enfatizan los mecanismos de empoderamiento de los adultos mayores como instancias que conducen a una mejor y más satisfactoria calidad de vida, en el contexto del incremento de la esperanza de vida.

La cultura del envejecimiento nos conduce a repensar la totalidad del curso de la vida y el modo en que se recorre su etapa final, enfocando en las posibilidades de despliegue de experiencias placenteras y creativas. Esto implica, indudablemente, revisar conceptos, desprenderse de un conjunto de prejuicios y delinear nuevos espacios, tanto desde lo individual como desde lo sociocultural, y sin duda también desde lo económico.

La promoción de una cultura del envejecimiento supone el desarrollo de políticas y programas estatales que apunten a lo social así como a lo individual, tendientes a calibrar y promover mejores condiciones de vida para los adultos mayores. En este sentido, la difusión de información adquiere un papel central y procura impulsar la reflexión a partir de visibilizar las características concretas del actual proceso de envejecimiento. La cultura del envejecimiento viene a mostrarnos que la vida se ha alargado mucho, y que esa etapa en la cual transcurre el envejecer está llena de luces y sombras, de recuerdos y de proyectos, de energías y de recursos vitales para continuar con un desarrollo personal al cual solo la muerte o alguna enfermedad invalidante pueden poner fecha de vencimiento.

Para avanzar en nociones de inclusión que comprendan la dimensión de la calidad de vida es necesario producir un cambio en el paradigma gerontológico que regía para la vejez, y apoyarnos en el paradigma del envejecimiento activo, que fomenta el autocuidado, la autonomía, la promoción de la salud y la prevención de los factores de riesgo. Los adultos mayores no están ajenos a los vertiginosos cambios —científicos, tecnológicos, filosóficos, culturales— que se hacen más visibles en una sociedad mundialmente violenta e injusta, en la cual el individualismo, lo efímero y lo descartable han desplazado a aquello duradero y confiable con lo que estas generaciones de mayores fueron educadas. Predomina una cultura de la inmediatez, del entretenimiento, de la pérdida de sentido de ciertos valores y esto genera en los adultos mayores una sensación de incertidumbre, de desamparo y de mayor vulnerabilidad.

La cultura del envejecimiento propone un espacio de mayor reconocimiento dentro de esta sociedad para los adultos mayores, quienes bien podrían actuar como contrapeso en muchas problemáticas si escuchásemos sus experiencias, no por “sabias” sino por ser el producto del tiempo vivido, la vida cursada y la vejez alcanzada. Tiene que ver, en fin, con visibilizar los derechos de los adultos mayores.

Una vez señaladas estas premisas, es importante recuperar el contexto histórico que enmarca las investigaciones presentadas en este libro. El trabajo focaliza en bibliografía sobre vejez y envejecimiento publicadas desde los años ochenta, si bien algunos capítulos rastrean antecedentes en períodos anteriores. Este contexto histórico está atravesado por los debates desarrollados a partir de la primera Asamblea sobre

Envejecimiento convocada por la ONU y realizada durante 1982 en Viena. En esa circunstancia tomó forma el denominado “Plan Viena”, que daba cuenta del crecimiento de la “población de edad avanzada” y de la preocupación —pero también del desafío— que ello implicaba. Ese marco institucional llevó a la intensificación de las investigaciones de este campo disciplinario. Veinte años después, en abril de 2002, se realizó la segunda Asamblea Mundial del Envejecimiento en Madrid, desde donde surgieron programas y más retos para temas prioritarios en el orden mundial vinculados con la calidad de vida y con los derechos de los adultos mayores.

Para terminar, quiero apuntar que esta publicación debería ser la puerta para introducirnos en cada aspecto específico del envejecimiento e incorporar las voces que los propios adultos mayores nos aportan desde sus intervenciones como alumnos de los programas de educación permanente en general y del PEPAM en particular, permitiéndonos así enriquecer y/o corregir nuestro abordaje teórico y delinear mejor nuestra práctica.

Más de 20 años de trabajo con adultos mayores en lo educacional no es poco como experiencia, y la posibilidad de contribuir a que se reviertan ciertos prejuicios relativos a la edad hace a esta experiencia aún más interesante. Decimos con mucho énfasis que se puede aprender durante toda la vida, y admitimos que no hay una vejez o una sola forma de envejecer sino varias, cada una marcada con su propio devenir psicológico, social, cultural, biológico, en un juego dialéctico que nos hace singulares, lo cual desmitifica el dicho tan común “se envejece como se ha vivido”. Comprobamos, entonces, que nuestra asombrosa neuroplasticidad nos posibilita cambios significativos.

Y desde lo emocional puro me viene a la mente lo que decíamos en octubre de 1998, cuando nos embarcábamos en el todavía solitario mundo digital, al escribir el editorial del primer número de la revista de psicogerontología *Tiempo*, donde intentábamos explicar su nombre: “TIEMPO es la dimensión en la que transcurre la vida humana, y TIEMPO es lo que va marcando el envejecimiento; y porque somos pasajeros del TIEMPO, que en su infinitud, nos recoge cuando nacemos y nos baja cuando el final nos ha llegado”.

Felicitaciones a los autores de esta publicación, y buena lectura para todos.

La Plata, 2018

Virginia Viguera

*Doctora en Medicina (UNLP) con Especialidad
en Psiquiatría y Gerontología*

Introducción

La investigación en el campo de la vejez: en busca de un abordaje plural, descentrado y desnormativizador*

Rodolfo Iuliano

No sé qué pasa en este lugar
Todo el mundo es más joven que yo
Empujé buenos recuerdos pensando en nada
Parado en la puerta con vos

El mundo extraño
El Mató a un Policía Motorizado

El presente libro es el fruto del trabajo colectivo desarrollado entre los años 2015 y 2017 por los integrantes del Grupo de Estudios en Vejez y Envejecimiento del Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores (PEPAM).¹ Se ocupa del estudio de las diferentes conceptualizaciones sobre vejez² y envejecimiento que tienen lugar en torno a tres campos disciplinares y bibliográficos específicos: las ciencias sociales, la psicología y la educación.

La conformación de las inquietudes que dieron impulso tanto a las sesiones regulares de lectura y debate del grupo de estudio como a la posterior investigación bibliográfica y la escritura del libro, guarda una estrecha relación con la experiencia de docencia, investigación y gestión desarrollada

* Los borradores de este artículo introductorio se han beneficiado de la lectura y comentario de los integrantes del colectivo editorial de la publicación. Sus aportes mejoraron sustantivamente tanto los argumentos como la claridad expositiva con que son presentados. La responsabilidad por el contenido corre por cuenta del autor.

1 Algunos antecedentes de investigación desarrollados por equipos del PEPAM a partir de experiencias docentes, extensionistas y de investigación pueden consultarse en la revista *Tiempo* dirigida por la doctora V. Viguera; Petriz (2002); en Morgante, Remorini, y Esnaloa (2007); Martínez, Morgante y Remorini (2008); Di Domizio (2012) y Di Domizio, Morgante y Martínez (2014).

2 La vejez y el envejecimiento serán referidos en el libro sobre la base de diferentes categorías, procurando inscribir aquellas que utilizan los autores trabajados, de modo de visibilizar la variabilidad conceptual con que ha sido representado el fenómeno. Algunas de las categorías referidas son: viejo, vejez, envejecimiento, senescente, senectud, adulto mayor, persona mayor, tercera edad, entre otras. Este trabajo no se propone, entonces, arribar a una conceptualización “superadora” de la vejez, ni fundamentar la necesidad de adscribir a alguna de las categorías existentes. En cambio, aboga por la pluralización de la representación de la vejez, tanto teórica como empíricamente, y en consecuencia resuelve dar cuenta de la variabilidad de categorías con las cuales los autores aluden al fenómeno.

por sus autores en el ámbito de la educación no formal de adultos mayores en general y del PEPAM en particular. El contacto directo y la interacción continuada con fines educativos, investigativos y extensionistas con personas mayores que transitan el ámbito de la educación de adultos mayores se constituyó en una plataforma empírica concreta desde la cual elaborar una perspectiva propia para abordar, analizar y sistematizar los campos bibliográficos que son objeto de la presente investigación. El anclaje en una experiencia de intervención educativa concreta y de largo aliento se constituyó, entonces, en un punto de mira a partir del cual delimitar el corpus bibliográfico y desde donde interrogar sus supuestos y conceptualizaciones.

Este trabajo introductorio se propone como un posible camino de acceso hacia los argumentos desarrollados en los diferentes capítulos. Al mismo tiempo, procura inscribir ciertos enfoques que orientaron el recorrido bibliográfico y que es preciso elaborar en su conjunto y articuladamente. En este sentido, las páginas que siguen desgranar, en diferentes niveles, una de las preocupaciones que subyacen y recorren al libro: la naturaleza de la relación entre investigación e intervención en la producción conceptual sobre vejez y envejecimiento. Se despliegan aquí, en definitiva, algunos posicionamientos epistemológicos y teóricos que problematizan los riesgos de yuxtaposición entre los horizontes cognoscitivos de investigación y los horizontes normativos de intervención, propios de campos recientemente institucionalizados como el gerontológico.

Desnormalizar, empirizar y pluralizar las categorías de vejez

Los discursos especializados en vejez oscilan entre posiciones organicistas y posiciones socioculturales. La perspectiva que orienta a este libro tiene una fuerte afinidad con las segundas, pues entiende a la vejez y al envejecimiento como productos, experiencias y procesos sociohistóricamente configurados. En este sentido, buena parte de las teorías estudiadas están en sintonía con los supuestos del constructivismo social³ (Berger y Luckmann, 1993), en los cuales el estudio de la vejez no se reduce al proceso biológico, sino que se amplía a los procesos sociales de producción material y simbólica.

Se enfatizará, por lo tanto, la dimensión performativa de las categorías de edad y el papel que juegan las experiencias, significaciones y percepciones de los sujetos en la definición de las categorías de vejez.

En diversos ámbitos (académicos, comunicacionales y del sentido común) circulan imágenes de la vejez entendida como carencia, como declive de todo aquello que tuvo su auge en la juventud y en la adultez. La vejez es entendida, entonces, como declive físico, enfermedad, desafiliación de los roles y de las redes de relaciones sociales y disfuncionalización. Esta imagen de la vejez como carencia ha sido recusada y contrapesada por los saberes expertos, mediante la institucionalización académica y política de una imagen “positiva” de la vejez basada en el paradigma del “envejecimiento activo” (OMS, 2002), que la define como un momento determinado en el curso de la vida en el cual el sujeto puede desplegar nuevas potencialidades.

3 Para profundizar en los debates contemporáneos sobre el constructivismo en ciencias sociales es posible consultar Lemieux (2012) y Latour (2008).

En sintonía con este movimiento instituyente de empoderamiento en la vejez, se han configurado nuevos imperativos morales y nuevos espacios de acumulación de capital. Junto a la proliferación de imágenes (e imperativos) del adulto mayor como una subjetividad hiperdeportivizada, hiperactiva e hipersexualizada, se expande el desarrollo de la oferta de bienes de juventud para el segmento de los adultos mayores, ligada a las tecnologías farmacológicas, cosméticas, sexológicas y del fitness. Así, la articulación entre el paradigma del envejecimiento activo con la lógica publicitaria del mercado para la vejez habilitan la conformación de nuevas normatividades en torno al envejecer y la vejez. Estas normatividades sedimentan en diferentes categorías de “superviejos” y “superviejas”, que reenvían nuevamente al territorio de la juventud, recalando por ese camino en el imaginario que asume que lo bueno de ser viejo es, en definitiva, no serlo (ni parecerlo).

Por lo tanto, frente a las claves de análisis e intervención que conciben a la vejez como un proceso de incesante declive respecto de una idea de sujeto adultocéntrica, o bien como un punto de llegada de la sabiduría, la afectividad y la potencia subjetiva, resulta interesante promover abordajes que procuren desnormativizar las categorías de vejez y envejecimiento de nuestras investigaciones e intervenciones, para poder acceder a las vejeces realmente existentes, y a las formas en que determinados sujetos viven la edad, se autodefinen y se vinculan con las imágenes de vejez socialmente circulantes.

Tomando esto en cuenta, la presente indagación se inscribe en un programa que parte de la necesidad de combinar en movimientos constantes y articulados el trabajo teórico-bibliográfico y el empírico; este volumen se centra en el primer

aspecto. El camino de la reflexión bibliográfica sobre vejez y envejecimiento comprende un doble movimiento: por un lado, conduce a familiarizarse y sistematizar el estado de la cuestión; por otro, habilita el ejercicio de la desnaturalización de los consensos teóricos a partir de los cuales se conceptualizan y clasifican aquellos fenómenos que, en determinados momentos, más que contribuir al descubrimiento, promueven la reconfirmación de lo que se sabe hasta hoy.

El trabajo de indagación empírica y, de ser posible, el contacto con la experiencia cotidiana de los sujetos, aparecen como un camino privilegiado para el acceso a la singularidad de la vejez tal como la experimentan quienes atraviesan esta etapa, procurando superar tanto la persuasividad del argumento estadístico como la normatividad del argumento instituyente. Sabemos algo más sobre la vejez cuando conocemos los cambios demográficos como el envejecimiento poblacional, el incremento de la esperanza de vida, la distribución diferencial por clase y género de este incremento, etc. Pero mientras no desplazemos nuestro enfoque desde el escritorio hacia la cotidianidad de los mundos vividos por los sujetos, sabremos demasiado poco sobre los pliegues singulares de ese fenómeno agregado, y tendremos escasos elementos para realizar un aporte a los debates conceptuales sobre la vejez y el envejecimiento.⁴ A la vez, es posible valorar todo impulso promotor de derechos, capaz de establecer imaginarios persuasivos respecto de lo que una persona mayor puede, quiere y a lo que tiene derecho, siempre y cuando estos imaginarios se funden en las

4 Salvando las diferencias disciplinarias, cabe señalar que el abordaje etnográfico (Hammerseley y Atkinson, 1994; Guber, 2004 y 2011; Restrepo, 2016) se presenta como un enfoque privilegiado para captar y elaborar los emergentes singulares en el campo de la vejez y el envejecimiento contemporáneos. Algunas referencias pueden encontrarse en el siguiente capítulo.

expectativas y deseos de los viejos reales y existentes, en lugar de silenciarlos desde un nuevo imperativo, ahora establecido por su bien y en nombre de los derechos universales.

Resulta primordial, entonces, tanto para la investigación como para la intervención, desarrollar una sensibilidad hacia los sentidos que los actores, grupos e instituciones confieren a sus experiencias en la vejez, y evitar imponer en el abordaje de la vejez definiciones analíticas exteriores o normativas. Se impone así el requisito de la reflexividad (Garfinkel, 2006; Guber, 2014; Cuestas, Iuliano y Urtasun, 2018) en la producción de conocimientos sobre la vejez. Es decir, la necesidad de objetivar las propias categorías de edad del investigador, sus propios juicios de valor respecto de la vejez, sus representaciones sobre el otro que va a ser investigado, para evitar de ese modo que las ideas previas del investigador o del tomador de decisiones asuman el lugar de las del sujeto investigado, haciendo pasar unas por otras. En este sentido, es necesario señalar que al abordar el estudio de la vejez partiendo de definiciones preconcebidas o de modelos normativos vigentes (el viejo disfuncional, el viejo activo, etc.) se corre el riesgo de invisibilizar la variabilidad empírica de la vejez en términos de clase, género, etnia o edad, y obstaculizar por ese camino la posibilidad de profundizar y enriquecer el acervo teórico conceptual para el estudio de la vejez y el envejecimiento.

El trabajo parte de la disposición heurística a concebir a la vejez en términos plurales, es decir, a pluralizar analíticamente las vejeces, los envejecimientos y las diferentes categorías de vejez. La tarea de arribar a una definición universal de vejez y envejecimiento es una de las aspiraciones frecuentes de los organismos internacionales y de ciertos abordajes exteriores

al fenómeno. Frente a ello, se procura asumir a la diversidad en la vejez y el envejecimiento como punto de partida analítico y a la vez empírico, y conceder a la universalidad (de ciertos rasgos de la vejez y del envejecimiento) simplemente el estatuto de un discurso sobre la realidad que encuentra su sustento en las ciencias biológicas y el sentido común.

Al admitir la pluralidad escapamos del riesgo de imaginar a los destinatarios de los proyectos de investigación, de las políticas de intervención y de los programas educativos para mayores sobre la base de los estereotipos dominantes de vejez: el viejo como sabio (por los años vividos), jubilado (definido por su actividad), abuelo (definido por un rol), de clase media, varón, que necesita ser protegido (y por ese camino, infantilizado) por alguna figura paternal, proveedora y potente. Desde este imaginario se compone un arquetipo de vejez parcial y unitario, del que muchas vejeces quedan excluidas, como las vejeces populares en las que la esperanza de vida es menor y las cronologías difieren de las concebidas para los sectores medios.

Recorridos bibliográficos

Como anticipamos en la introducción, este libro parte del objetivo de elaborar las principales conceptualizaciones sobre *vejez* y *envejecimiento* desarrolladas en tres campos bibliográficos que hemos articulado tomando en cuenta sus debates internos, sus tradiciones disciplinarias y sus marcos institucionales.

El primer capítulo reconstruye un conjunto de debates centrales en las ciencias sociales de la vejez poniendo el foco

en las operaciones que conformaron al fenómeno como un objeto de investigación, y reconstruyendo los abordajes que han tematizado el carácter socialmente construido de las categorías de edad en general y de vejez en particular. Los autores dan cuenta de las diferentes corrientes teóricas que desde mediados del siglo XX han conceptualizado el fenómeno de la vejez y del envejecimiento prestando especial atención tanto al modo en que las categorías de edad operan como un recurso en las luchas de jerarquía, como al carácter performativo de las mismas y su papel en la conformación simbólica de las vejeces reales y existentes. Finalmente, el capítulo retoma el debate sobre la "invención" de la vejez, y se interroga sobre la acción de los dispositivos promotores de nociones legítimas de vejez como la geriatría y la gerontología, en relación con el establecimiento de moralidades en torno a la vejez.

El segundo capítulo del libro se aboca a la sistematización y análisis de los principales aportes conceptuales del campo psicológico argentino sobre el fenómeno de la vejez y el envejecimiento. A partir de una revisión pormenorizada de los aportes recientes más gravitantes del campo, las autoras reconstruyen las principales claves analíticas desde las cuales la disciplina aborda dicho fenómeno. Entre ellas podemos señalar las características psicológicas del proceso de envejecimiento; el impacto subjetivo de las representaciones sociales sobre la vejez; el lugar conferido en la producción estudiada a los aspectos vinculares, los cognitivos y la sexualidad; las consideraciones psicopatológicas, y por último, el papel del ocio en la vejez. Entre los diferentes elementos que este texto permite pensar vale la pena destacar la recurrencia con que la bibliografía tematiza a la vejez como una instancia específica en la temporalidad del sujeto, pero en la cual tie-

nen lugar las consecuencias, efectos y síntomas de procesos que tuvieron lugar previamente. Las autoras encuentran que buena parte de las conceptualizaciones sobre la vejez han sido en mayor o menor medida influenciadas por el paradigma psicoanalítico que acompaña el desarrollo de la disciplina psicológica en el ámbito local, y se interrogan sobre la necesidad de trascender los discursos normalizadores, para promover miradas sensibles a la captación de la variabilidad en los procesos de envejecimiento.

En el tercer capítulo se indagan las concepciones de educación presentes en la bibliografía especializada en adultos mayores. A partir de un vasto relevamiento, se muestra que los sentidos atribuidos a la educación están en estrecha relación con la definición de adulto mayor que cada autor adopta, y oscilan entre funciones ortopédicas y funciones potenciadoras para la educación, de acuerdo a la adscripción a definiciones de vejez negativas y relativas a la carencia, o positivas y relacionadas con las posibilidades subjetivas del envejecimiento. Se desarrolla un interesante aporte en relación con las trayectorias de los autores de publicaciones sobre adultos mayores, y se identifica que en su mayoría son docentes, investigadores y/o gestores vinculados a programas educativos de adultos mayores. Una de las conclusiones a las que se arriba da cuenta de que, en buena parte de la producción sobre la educación de personas mayores, el componente educativo aparece representado como una instancia para funcionalizar al adulto mayor en algún aspecto considerado deficitario o potenciable, mientras que está relativamente ausente la preocupación por los contenidos específicos que se ponen en juego en el proceso educativo.

El libro concluye con un anexo compuesto por interrogantes surgidos del trabajo bibliográfico con los diferentes corpus abordados, a partir de los cuales se esbozan algunos posibles desafíos que se configurarían en el campo de la intervención al encuadrarla tomando en cuenta los debates que tienen lugar en la producción reciente sobre vejez y envejecimiento.

Consideraciones finales en busca de una agenda

Hemos intentado presentar aquí algunos de los puntos de mira epistemológicos y reflexivos desde los cuales construimos y estudiamos el corpus bibliográfico sobre vejez y envejecimiento del que se ocupa este libro.

La investigación bibliográfica desarrollada nos permite formular una conclusión provisoria: los tres campos disciplinarios recorridos —ciencias sociales, educación y psicología— dan cuenta de la creciente influencia de los saberes gerontológicos especializados en el estudio de la vejez. Esta constatación, previsible desde cierto punto de vista, permite recomponer el ángulo a partir del cual considerar a los dispositivos especializados en vejez. Si conseguimos objetivar las prácticas y discursos específicos de los saberes especializados en vejez (geriatría, gerontología, psicogerontología, sociogerontología, gerontología comunitaria e institucional, gerontología educativa, entre otros) encontraremos un terreno fértil para construir una agenda de investigación sobre los modos en que se percibe, se clasifica y se gestiona la vejez en las sociedades contemporáneas.

Así como comparte algunos supuestos con los trabajos meta y posgerontológicos que exploran estos aspectos (Debert y Simoes, 1994; Guedes, 2000; Katz, 2013; Iacoub, 2013; Lenoir, 1979), la investigación desarrollada a lo largo del libro también permite sugerir que una vía privilegiada para conocer la producción y gestión de la vejez es la que se abre mediante el estudio empírico denso y multidisciplinario de las instituciones y los actores gerontológicos, su socialización académica, sus tránsitos institucionales, sus conversiones y reconversiones, sus redes profesionales, sus accesos a los espacios de toma de decisión estatales y de la sociedad civil. Asimismo, de sus instancias de sociabilidad e intercambio — como jornadas y congresos—, sus formas de financiamiento y su relación con *sponsors* de empresas orientadas al segmento de edad de las personas mayores (laboratorios médicos, empresas dermatológicas, mercado del *fitness*), entre otros aspectos.

Otro campo de indagación que se habilita desde el recorrido llevado a cabo —y que estas páginas aspiran a dejar abierto más que a profundizar— remite a la potencia teórica de una noción de vejez empíricamente descentrada y analíticamente desnormativizada para la renovación de las categorías de sujeto con las que investigamos e intervenimos. Positivar, entonces, la noción de vejez puede ser una fuente de inspiración para la elaboración de modelos analíticos en los cuales la noción de sujeto no se configure únicamente a partir de imágenes adultocéntricas, juvenilcéntricas o infantocéntricas.

El descentramiento de edad que produce el acceso a y la elaboración de la(s) perspectiva(s) de y desde la(s) vejez/vejeces pone a disposición de las teorías sociales elementos para debatir los determinismos biográficos y sociales que,

por el camino psicoanalítico o por el bourdieano —entre otros—, se ubican en la socialización primaria del sujeto (sea la producción familiar de las categorías del inconsciente o de la clase social). La captación empírica y teórica de las aperturas y la creatividad que tienen lugar en la vejez puede contribuir a los debates que problematizan el reproductivismo social, desde modelos plurales (Lahire, 2004) y abiertos (Thevenot, 2016) de acción. Tomar seriamente las experiencias de la vejez y el envejecimiento podría nutrir los debates acerca de lo determinado e indeterminado en los cursos de acción, sobre los efectos subjetivantes que tienen los tránsitos por los diferentes dispositivos socializadores, y así ponderar de manera más calibrada las determinaciones que algunas teorías confieren a la relación con el universo simbólico (psicoanálisis) o con la clase social (marxismos y posmarxismos), entre otros.

Nos encontramos ante el desafío de componer nociones de vejez que no se limiten a representar lo que en forma tardía se reproduce de lo que tempranamente se inculca, sino que se asuman como un territorio privilegiado de producción de narrativas sobre la propia vida y la del colectivo social, es decir, de la producción subjetiva y social por el camino performativo de la producción discursiva e imaginaria de lo real. Sensibilizarnos respecto de la productividad del hacer en la vejez —que incluye por supuesto la reproducción, pero la desborda— lejos de derivar en una apelación a una teoría individualista de las libertades subjetivas, puede conducir a preguntarnos en qué medida la actividad cotidiana en y desde la vejez está incidiendo en la conformación de los mundos contemporáneos. Si estamos dispuestos a permitir la emergencia empírica y teórica de nociones de vejez con agencia, plurales y en constante producción, estaremos en mejores

condiciones de contribuir al refinamiento de nuestras teorías de la acción, de la inculcación y la producción de lo “social”, y a la vez podremos dimensionar cuánto de lo que tiene lugar en los procesos de cambio subjetivo y social se explica por lo que ocurre en el campo de la vejez.

En conclusión, si hemos encontrado en el viejo a una subjetividad, se trata ahora de iluminar al sujeto desde la vejez; es decir, de interpelar a las teorías del sujeto y de la acción en el campo de las humanidades y las ciencias sociales a partir de las categorías de la vejez. Si las disciplinas especializadas en el fenómeno gerontológico han contribuido a desbiologizar la vejez y a descubrir (e incluso inventar) al viejo como un sujeto, y la investigación empírica y situada está en condiciones de problematizar y conceptualizar esa subjetividad en la vejez tomando con seriedad los modos de pensar, sentir y hacer de los propios viejos realmente existentes, queda entonces planteada para futuras investigaciones la tarea de contribuir a las teorías del sujeto, de la acción y de la totalidad (o de su inexistencia) social desde las empíricamente renovadas teorías de la(s) vejez/vejeces.

El trabajo sobre las categorías de vejez en el campo de la psicología, la educación y las ciencias sociales se presenta como una invitación a repensar los problemas de la acción social, la socialización y la producción del colectivo, a partir de un desplazamiento del centro de gravitación que explore las potencialidades heurísticas de la vejez como instancia de producción de lo social. Un repensar que nos permita, a la vez, ajustar y nutrir nuestros dispositivos tanto de producción de conocimientos como de intervención en el campo de la vejez y el envejecimiento.

Bibliografía

Berger, P. y Luckmann, Y. (1993). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.

Cuestas, P.; Iuliano, R. y Urtasun, M. (2018). Nuevas fuentes de la imaginación sociológica: la operación reflexiva y la construcción del objeto etnográfico. En Muñiz Terra, Piovani (coords) *¿Condenados a la reflexividad? Apuntes para repensar el proceso de investigación social*, pp. 169-197. Buenos Aires: CLACSO-Biblos. Recuperado de http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20180419015342/Condenados_a_la_reflexividad.pdf

Debert, G. G. y Simoes, J. A. (1994). Aposentadoria e a invenção da 'terceira idade'. En Debert, G. G. (Org.) *Antropologia e velhice. Textos didáticos*. Campinas: IFCH/UNICAMP.

Di Domizio, D. (2012). Una experiencia de educación permanente en barrios periféricos de la ciudad de La Plata. Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores. *Palabras Mayores*, 8(4). Recuperado de <http://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/21207>

Di Domizio, D. P., Morgante, M. G. y Martínez, M. R. (2014). Jóvenes y adultos mayores en el ámbito de la universidad, una experiencia de investigación y extensión. *Revista Kairós Gerontologia*, 17(3), 9-24. Recuperado de <https://revistas.pucsp.br/index.php/kairos/article/download/21480/15712>

Hammersley, M. y Atkinson, P. (1994). *Etnografía. Métodos de Investigación Social*. Barcelona: Paidós.

Garfinkel, H. (2006). Las propiedades racionales de las actividades científicas y de sentido común. En Garfinkel, H., *Estudios en etnometodología* (pp. 295-318). México y Colombia: Anthropos.

Guber, R. (2004). *El Salvaje Metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós.

Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Guber, R. (2014). *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogos de campo*. Buenos Aires: Miño y Dávila- IDES.

Guedes, S. (2000). A Concepção sobre a família na geriatria e na gerontologia brasileiras: ecos dos dilemas da multidisciplinaridade. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 15(43), 69-82. Recuperado de <http://www.scielo.br/pdf/%0D/rbcso/v15n43/005.pdf>

Iacoub, R. (2013). Nuevas reflexiones sobre la Posgerontología. *Revista Kairós Gerontologia*, 16(4), Dossiê Gerontologia Social, 295-311. Recuperado de <https://revistas.pucsp.br/index.php/kairos/article/viewFile/19729/14610>

Katz, S. (2013). Active and Successful Aging. Lifestyle as a Gerontological Idea. *Recherches sociologiques et anthropologiques*, 44(1), 33-49. Recuperado de <http://journals.openedition.org/rso/910>

Lahire, B. (2004). *El hombre plural. Los resortes de la acción*, Barcelona: Bellaterra.

Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social*. Buenos Aires: Manantial.

Lemieux, C. (2012). Peut-on ne pas être constructiviste?

Politix, 6(100), 169-187. Recuperado de <http://www.cairn.info/revue-politix-2012-4-page-169.htm>

Lenoir, R. (1979). L'invention du 'troisième âge'. Constitution du champ des agents de gestion de la vieillesse. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 26-27, 57-82.

Morgante, M. G.; Remorini, C. y Esnaloa, F. (2007). Etnografía de la Vejez. Una experiencia educativa con Adultos Mayores. *Experiencias de Extensión*, 7. Recuperado de http://www.fcnyu.unlp.edu.ar/uploads/docs/experiencia_3_2007.pdf

Martínez, M. R., Morgante, M. G. y Remorini, C. (2008). ¿Por qué los viejos? Reflexiones desde una etnografía de la vejez. *Revista argentina de sociología*, 6(10), 69-90. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-32482008000100006&lng=es&tlng=es.

OMS (2002). Envejecimiento activo: un marco político. *Revista Española de Geriatria y Gerontología*, 37(S2), 74-105.

Petriz, G. (comp.) (2002). *Nuevas dimensiones del envejecer: Teorizaciones desde la práctica*. La Plata: UNLP. FaHCE. Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores.

Restrepo, E. (2016). *Etnografía: alcances, técnicas y éticas*, Bogotá: Envió editores. Recuperado de <http://www.ramwan.net/restrepo/documentos/libro-etnografia.pdf>

Thevenot, L. (2016). *La acción en plural. Una introducción a la sociología pragmática*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Viguera, V. (directora). *Tiempo*. Recuperado de <http://www.psicomundo.com/tiempo/>

Capítulo 1

Vejez y envejecimiento: conceptualizaciones y abordajes desde las ciencias sociales

Yamila Balbuena

Florencia Bravo Almonacid

Horacio Crovetto

Santiago Dupuy

Rodolfo Iuliano

El presente capítulo recoge y articula algunos de los principales aportes conceptuales de las ciencias sociales para pensar la vejez y el envejecimiento.

La primera parte reconstruye los argumentos de los precursores de la reflexión sobre la vejez en ciencias sociales. Encontramos en estas elaboraciones esfuerzos preconstructivistas, que sin desconocer la diversidad como constitutiva de las categorías de vejez, procuran encontrar dimensiones, aspectos o patrones compartidos que serían característicos de la vejez como etapa de la vida, y asumen como principal indicador de diferenciación la pertenencia a las sociedades “tradicionales” o “modernas”.

En el segundo apartado abordamos algunos de los principales desarrollos bibliográficos que han puesto el énfasis en la diversidad y pluralidad de las categorías de vejez y los sistemas clasificatorios de edad, atendiendo a la relatividad de los marcos culturales de significación de la misma.

La tercera parte se concentra en ciertos abordajes contemporáneos de la problemática estudiada, para analizar los aportes procedentes de la gerontología crítica, la gerontología feminista, el enfoque del curso de la vida, así como de las corrientes interpretativas y hermenéuticas.

La cuarta sección focaliza en las bibliografías que recientemente han puesto su mirada sobre el saber gerontológico en procura de reconstruir los supuestos del que parte, así como los compromisos políticos y normativos que comporta.

Finalmente, cabe señalar que el corpus bibliográfico analizado se circunscribe a un conjunto de publicaciones académicas especializadas, inscriptas en los debates propios del campo de los estudios sociales de la vejez, en tanto que una serie de trabajos valiosos y gravitantes —como los ensayos sobre la vejez de Simone de Beauvoir (1983) y Norbert Elias (1989), por ejemplo— serán examinados en futuras indagaciones. La elaboración del presente corpus se orienta, a su vez, en los objetivos generales de la obra. Más que procurar exhaustividad en el estado de la discusión teórica sobre el fenómeno de la vejez y el envejecimiento, se intentó poner de relieve un conjunto de conceptualizaciones y debates que consideramos necesarios para las aproximaciones al fenómeno desde inquietudes ligadas tanto a la intervención como a la investigación con adultos mayores.

La conquista del objeto por parte de las ciencias sociales

En este apartado se propone un balance crítico sobre la conformación de la problemática de la vejez y sus primeros abordajes. Con este propósito se abordan algunos de los autores y teorías pioneras sobre la vejez y el proceso de envejecimiento en las ciencias sociales. El período abarcado comprende desde la década de 1940 a la de 1970, y se parte del análisis de la obra de Leo Simmons (1945), para continuar con las perspectivas de la “desvinculación” y la “modernización”.

Existe cierto acuerdo en reconocer a la obra de Simmons como pionera en los estudios sobre la vejez y el envejecimiento desde la perspectiva de las ciencias sociales (San Román, 1990; Feixa, 1996). Este antropólogo intentó rastrear aquellos trabajos etnográficos que dieron lugar a conceptualizaciones sobre la vejez en distintos pueblos del mundo.

Recogió información sobre caracteres o rasgos culturales y ambientales referentes al clima, el medio físico, el tipo de economía, la organización social y política, las creencias generales, rituales y religiosas, e intentó correlacionar variables ambientales y culturales para lograr obtener una idea general de la vejez en distintas sociedades.

Luego de realizar dicho estudio, se encontró con la dificultad de definir la "ancianidad". Tras comprender que es un concepto "resbaladizo y variable" (San Román, 1990, p. 22), observó que asume diferentes definiciones: unas veces de forma cronológica, otras por referencia a características físicas o psíquicas, o por aquellos criterios específicos que determina una sociedad. De esta manera, Simmons adoptó una definición contextual, sociológica, nativa: la del anciano definido por su medio social (San Román, 1990).

A lo largo de toda su obra, Simmons ha dejado algunas ideas generales sobre los ancianos en las sociedades tradicionales. Entre ellas, que los ancianos son respetados y poseen un estatus alto mientras mantienen algún tipo de actividad; que pierden dicho estatus en las sociedades desarrolladas o industriales; que el estatus de las ancianas se encuentra por debajo del de los ancianos; que la familia es la unidad de mantenimiento y asistencia de los ancianos; que la decrepitud es un rasgo de pérdida de prestigio y de respeto; etc. El problema de estas generalizaciones es que son meramente descriptivas, y esto hace que el autor genere una especie de "correlación universal" (San Román, 1990, p. 34). De aquí se desprende una idealización del anciano en las sociedades tradicionales, donde ciertos elementos unificadores (sexo, parentesco, capacidad de dejar herencia, experiencia) son aislados de las relaciones sociales del ciclo vital (San Román, 1990).

A principios de la década de 1960, una teoría proveniente de la psicología trajo una nueva perspectiva sobre la vejez y el envejecimiento: la teoría de la desvinculación (theory of disengagement), desarrollada por Cumming y Henry en su obra *Growing Old: The Process of Disengagement* (1961). Según los autores, durante el envejecimiento los ancianos experimentan un proceso inevitable que consiste en un descenso de la interacción entre ellos y el sistema social al que pertenecen (Cumming et al., 1960). Es decir que a medida que el anciano entra en la última fase de la vida, se va desarrollando un proceso de distanciamiento entre él y el medio que lo rodea (San Román, 1990), proceso en el cual el anciano participa junto a su medio de una "retirada mutua" (mutual withdrawal), en lugar de ser abandonado por el sistema social del que forma parte (Cumming et al., 1960). Es más, "esta desvinculación es funcional para todos los que participan de la situación" (San Román, 1990, p. 42). El anciano sufre una experiencia menos traumática al acercarse a la muerte. La familia y aquellos que lo rodean buscan sustituir los roles y funciones que antes eran asumidos por el ahora anciano (San Román, 1990).

A comienzos de la década de 1960 el sociólogo Ernest Burgess desarrolló otra perspectiva teórica que está relacionada con la referida teoría de la desvinculación. El autor sostiene que en el marco de la sociedad industrial, los ancianos sufren una pérdida de roles durante el proceso de envejecimiento. Burgess sostiene que el anciano (jubilado en la sociedad moderna, occidental e industrial) comienza a ser "alguien que está prisionero en su rol vacío de roles" (San Román, 1990, p. 44).

Hacia mediados de la década de 1970, la socióloga norteamericana A. Hochschild formuló varias críticas a la teoría de la desvinculación. Discutió las ideas de inevitabilidad y universalidad del proceso de desvinculación. Luego profundizó en las “variables” que Cumming y Henry no tuvieron en cuenta al proponer su teoría y que tienen incidencia en el proceso de envejecimiento; entre ellas, el tipo de sociedad (preindustrial, industrial o posindustrial) y los vínculos laborales, familiares y relacionados con el ocio, con los cuales también es fundamental la interacción. A partir de aquí señaló que el envejecimiento es comprendido como un proceso biológico y la vinculación-desvinculación, como uno puramente social, y es por eso que el proceso de desvinculación en los ancianos no se puede considerar inevitable y universal (Hochschild, 1975). Por su parte, la antropóloga norteamericana B. G. Anderson retomó esta última teoría para plantear la cuestión de la desaparición social del anciano en Estados Unidos. Para esta autora, en las sociedades modernas los ancianos experimentan un proceso de expulsión de la cultura de la cual forman parte. Este proceso de deculturación sería el camino inverso al proceso enculturativo de la niñez (Anderson, 1972).

En la década de 1970 hace su aparición una nueva teoría que, como las anteriores, tiende a homogeneizar, a idealizar al anciano y a formular generalizaciones de tipo universal. Se trata de la teoría de la modernización, trabajada por Cowgill y Holmes en su obra *Aging and modernization* (1972). Si bien Simmons ya había avanzado en el estudio de los roles de los ancianos en las sociedades primitivas y luego en la comparación de estos con los roles en las sociedades modernas, fueron Cowgill y Holmes los primeros en desarrollar una teoría de la modernización. Según esta, a medida que el proceso de modernización avanza en las sociedades tradicionales,

los ancianos pierden su estatus y sus roles, y se despliega un proceso de exclusión social. De allí la emergencia de nuevas comunidades que tienen como objetivo llenar ese “espacio vacío”, tales como los asilos, redes sociales de la tercera edad, hogares, etc. (Feixa, 1996).

Si bien los autores procuraron realizar generalizaciones empíricas, es importante tener en cuenta que no se detuvieron a profundizar conceptos como modernización o cambio social, los cuales pasaron a ser temas omnipresentes en su obra. Es así que la “variable independiente principal” (San Román, 1990, p. 50) es el grado de modernización de las distintas sociedades.

Del trabajo de Cowgill y Holmes se pueden extraer varias de las generalizaciones mencionadas. Las más relevantes son aquellas relacionadas con el estatus de los ancianos, por ejemplo, que en las sociedades tradicionales el estatus de los viejos es alto y en las sociedades industrializadas es bajo.

Pero este tipo de formulaciones les valieron una gran cantidad de críticas. Una de las más fuertes estuvo orientada justamente al conjunto de generalizaciones empíricas que dependen de un solo factor, es decir, el grado de modernización (San Román, 1990). Luego apuntaron a la poca precisión de algunos conceptos, como modernización; en este caso, todo parece indicar que se trataría del camino hacia la occidentalización.

Sin embargo, la crítica que golpeó con más fuerza a la teoría de la modernización fue la expresada por los gerontólogos E. Palmore y D. Maeda. En su estudio de la sociedad japonesa y su proceso hacia la modernización, lograron demostrar que

aquellas generalizaciones planteadas por la teoría de la modernización no se correspondían con este caso. En el Japón de la década de 1970 se mantenían los valores de prestigio de una sociedad tradicional, se conservaba el respeto hacia los ancianos por parte de los jóvenes, los ancianos continuaban ejerciendo puestos públicos de jerarquía.

Los autores eran conscientes de que la sociedad japonesa y su proceso de modernización eran particulares con respecto al mundo occidental (San Román, 1990). Este particularismo fue desarrollado por Palmore y Maeda en la primera edición de su libro *The honorable elders*, en 1975. Allí llevaron a cabo un estudio en el que la sociedad japonesa es presentada como vertical, con una organización en la que se desarrollan relaciones verticalizadas, donde la edad o el sexo son variables que forman parte de este tipo de organización. La edad en particular es un factor importante, ya que da cuenta de dicha verticalidad, que le otorga prestigio al anciano. Además, la sociedad japonesa posee una legislación y un ordenamiento administrativo que los apoya fuertemente. Muchos ancianos tienen un lugar relevante en la producción. Por último, los autores se refieren a la familia como un elemento clave en la vida de los ancianos japoneses. Esta es importante puesto que sus miembros sostienen al anciano, tanto en lo económico como en el cuidado y la prevención, a diferencia de las sociedades occidentales, donde el anciano con frecuencia es internado en una residencia especializada para su cuidado y manutención.

De esta manera, *The honorable elders* rompe con las generalizaciones postuladas por la teoría de la modernización y con las ideas que subyacen a la misma desarrolladas por L. Simmons. Por otro lado, también invita a una revisión de la

teoría de la desvinculación, ya que según Palmore y Maeda, los ancianos japoneses se muestran activos incluso en la etapa cercana a la muerte, lo cual cuestiona la idea universal e inevitable de esa teoría (San Román, 1990). Sin embargo, a pesar de querer diferenciar a la ancianidad nipona de las occidentales, los autores continúan haciendo una homogeneización del anciano japonés hacia el interior de la sociedad industrial japonesa.

En resumen, desde la década de 1940 hasta la de 1970 los diversos estudios antropológicos y sociológicos sobre la vejez y el envejecimiento contribuyeron a producir una mirada general, universal e idealizada del anciano en las sociedades tradicionales y modernas. En dichos estudios se circunscribió el papel del anciano de las sociedades tradicionales al de depositario del saber cultural, con el control político, económico y espiritual, y con un alto estatus; roles que los ancianos perdían desde que sus sociedades atravesaban el proceso de modernización (San Román, 1990; Feixa, 1996).

A partir de la década de 1980, surgen nuevos estudios acerca de la vejez y el envejecimiento que intentan romper con estas perspectivas homogeneizadoras y universalistas. Las nuevas tendencias fueron desarrolladas por la gerontología crítica y las corrientes interpretativas y hermenéuticas.

Sistemas clasificatorios de edad: hacia una representación plural de las categorías de vejez

Para la antropología de la edad, que recién en los últimos años se ha constituido como campo disciplinario específico y no periférico (Feixa, 1996, p. 3), la edad tiene la condición

de construcción cultural que varía extraordinariamente en relación con los distintos espacios, tiempos y organizaciones sociales. Muchos trabajos etnográficos cuestionan en gran parte los estudios pioneros mencionados en el apartado anterior por su intención universalista, y presentan esa pluralidad en las formas de compartimentar las categorías de edad, más allá incluso de aquellos estudios precursores que presentaban sus conclusiones a partir de la recurrente dicotomía sociedades primitivas (o tradicionales)/sociedad industrial.

Es en este sentido que la división de las edades tiene un carácter relativo. Las formas y los criterios con los que cada cultura define la etapa de ancianidad son muy variados; y no se limitan, por supuesto, a los más extendidos —como una determinada edad cronológica— o a parámetros que dicta la observación de las características del deterioro físico y psíquico, que pueden parecer a priori factores determinantes en todos los casos. En lo que resta del apartado se proponen ejemplos de distintos criterios utilizados en diferentes culturas y momentos históricos para definir la ancianidad.

La vejez como etapa definida a partir de la edad cronológica queda relativizada, por ejemplo, cuando se piensa en sociedades en las cuales la esperanza de vida es más corta. Un ejemplo es el caso de los gitanos de La Perona, vecinos de Barcelona, que “rara vez rebasan los 55 años”: sus ancianos tienen entre 45 y 55 años. “Pero no son ancianos, por ejemplo, para las instituciones de la Administración, que sólo está dispuesta a concederles una pensión de vejez cuando ya no la necesitan” (San Román, 1990, p. 128). Así, la realidad de estos ancianos no está contemplada si se toma solamente el criterio de edad cronológica, como lo hace el Estado de las sociedades industriales con

el fin de formalizar, para definir la etapa de ancianidad. En este sentido, en nuestro país puede señalarse un caso cercano, representativo de muchos otros, de adaptación de una comunidad a la normalización del Estado: hoy en día es difícil precisar la edad cronológica de muchas personas de la comunidad qom que habitan en el ámbito urbano bonaerense, ya que cuando nacieron no fueron inscriptas en el Registro Civil. En 1968, y por disposición del Estado Nacional, se procedió a asignarles una edad cronológica y un nombre 'occidental':

“un médico, un policía y un maestro se acercaban a las comunidades y, de acuerdo al peso de los niños/as y de ciertos atributos físicos de los mayores, no solo le adjudicaban una edad cronológica sino también un nombre occidental que es el nombre que usan hoy día” (Mariluz, 2013, p. 2).

Muchas veces, a partir de este criterio, presente en muchas sociedades, se intenta establecer universales, descuidando el carácter de construcción cultural que se trama en el interior de las distintas comunidades. Esa es la crítica principal que se suele hacer a los estudios pioneros como el de Simmons (Debert, 1994).

Otro factor que atenta contra la posibilidad de universalizar una clasificación de edad es que dentro del período de ancianidad pueden aparecer distinciones de subgrupos. Es el caso de los kpé de Camerún Occidental, que establecen una categoría final pero al mismo tiempo especifican diferencias, por ejemplo, entre los ancianos gobernantes (vambak) y los ancianos que han dejado de gobernar (moluni). Los vambak y los moluni tienen características comunes, pero constituyen

subcategorías de edad ya que los últimos son más ancianos que los primeros y con los años han perdido el poder que habían obtenido al entrar en la categoría de vejez (organización, dirección, gobierno, etc.). A estas subdivisiones, San Román las liga con trabajos como el de Neugarten que distingue a los “young-old” de los “old-old” (San Román, 1990, p. 133).

Las percepciones de la vejez son muy diversas y producen sentidos variables que se corresponden con esquemas culturales diferentes. Los zoques (Reyes Gómez, 2002) —una sociedad contemporánea, tradicional, no industrializada de Chiapas— tienen una percepción de la vejez que está ligada a una forma de percibir el tiempo que no se ajusta a las clasificaciones occidentales de niñez, juventud, adolescencia, madurez y ancianidad. Estiman la edad asociándola a diversas fases del día y la noche, a las “fases del sol” (Reyes Gómez, 2002, p. 100), que configuran un complejo ciclo de vida dividido en varias etapas y subetapas desde la gestación (kenebakó, “luz del alba”) hasta la vejez y muerte (etapas del Ne tyejkoyu jama, “se avecina el ocultamiento”). La percepción de la vejez de los zoques está vinculada con toda una serie de concepciones más generales: el planeta entero para ellos es como una gran placenta, la tierra una Madre y el sol un Hermano Mayor que nace cada día de ella y luego la fecunda al ocultarse para que nazca un nuevo sol a la mañana siguiente.

También es evidente que desde una concepción del tiempo cíclico como tienen los nuer de África oriental con respecto a la sucesión generacional (Martínez, Morgante y Remorini, 2008, p. 77), y no lineal como la que prima en Occidente, se produzcan variantes en los sistemas de clasificación y en

la percepción de la vejez. En este esquema en el cual la idea de continuidad es más fuerte se genera una empatía desde los grupos jóvenes hacia los grupos de mayor edad: estos últimos se configuran como eslabón esencial para el ritmo social ya que tienen la tarea de preparar a los más jóvenes para atravesar las distintas edades.

Según la investigación de Mariluz (2013), los integrantes de la comunidad qom que habitan territorio bonaerense tienen una concepción utópica del pasado (el tiempo de los “antiguos” en el norte argentino, anterior al de los “blancos”) y consideran que, en comparación con aquel tiempo idílico, hoy en día viven poco y mal (mal alimentados, sufriendo enfermedades que antes no existían, etc.). Puede pensarse que creen que mueren jóvenes en comparación, y por eso los límites etarios quedan más indefinidos.

Dentro de esta heterogeneidad en la construcción de la vejez como etapa hay siempre permanentes disputas, tensiones, negociaciones. Los límites de las divisiones entre las edades, las condiciones y sus consecuencias responden a luchas en las distintas sociedades. Es decir que, como en los sistemas clasificatorios de clase, sexo, etc., en los de edad está presente la cuestión del poder y su distribución: “Siempre se es joven o viejo para alguien. Por ello las divisiones en clases definidas por la edad, es decir, en generaciones, son de lo más variables y son objeto de manipulaciones” (Bourdieu, 2002, p. 164). Un ejemplo de esto que señala Bourdieu es la relación entre jóvenes y viejos que se daba en Florencia durante el siglo XVI: los viejos atribuían a los jóvenes las características de la virilidad, la virtud y la violencia, y se reservaban el monopolio de la sabiduría, es decir, del poder. En el mismo sentido es un claro ejemplo la manipulación de los límites de

la juventud que ejercían aquellos que detentaban el poder en la Edad Media: conjuraban posibles amenazas de los jóvenes nobles manteniéndolos el mayor tiempo posible en la categoría de jóvenes.

Joven y viejo son así categorías vacías, no están dadas, sino que son dirigidas por los sujetos (más allá, por supuesto, de la conciencia o no de esta manipulación) y los depositan en determinado lugar: de carencia, de aspiración, de sabiduría, etc. “Al igual que a los viejos les conviene enviar a los jóvenes a la juventud, a los jóvenes les conviene enviar a los viejos a la vejez” (Bourdieu, 2002, p. 173).

Envejecimiento y vejez en las corrientes teóricas contemporáneas de las ciencias sociales

En este apartado se desarrollan algunos de los estudios contemporáneos sobre la vejez. Entre las principales líneas de investigación se encuentran la gerontología crítica y las corrientes interpretativas y hermenéuticas —desarrolladas en particular desde la antropología—, la gerontología feminista y la perspectiva del curso de vida. Estas son todas perspectivas de la heterogeneidad, ya que comparten el hecho de discutir la miradas homogeneizadoras de los ancianos analizando las múltiples facetas que presenta la constante ambigüedad de su estatus (Feixa, 1996). Examinan cómo es entendida la vejez en distintas sociedades, y observan matices y diferencias que se producen según sexo, clase, estado psicofísico y lugar de origen, entre otros.

Entre estas se destacan los estudios de la gerontología crítica, que indagan a la vejez desde un enfoque crítico de

las ideologías, los nacionalismos, la modernidad y las construcciones de género. Aquí se encuentran los trabajos provenientes de los Países Bajos y del sur de Asia, que han puesto en el centro de los estudios gerontológicos a las teorías de Elias, Foucault y Bakhtin (Cohen, 1994). Entre ellos destacamos las investigaciones sobre la senilidad en India de Lawrence Cohen (1994; 2002) focalizadas en entender la constitución de las personas ancianas en torno a la percepción del cuerpo como metáfora de los valores centrales en la cultura de Varanasi, India (Feixa, 1996). El autor muestra cómo los individuos de Varanasi perciben y explican los cambios en el comportamiento de los ancianos en términos de la relación de las personas mayores con sus hijos. Considera que la unidad familiar es central para evitar la declinación del cuerpo en la vejez, ya que la senilidad y los cambios psicofísicos producidos requieren de explicaciones alternativas de las familias para no ser identificadas como disfuncionales. La patología del cuerpo envejecido apunta a una familia en la cual los hijos no ofrecerían un cuidado devoto a sus padres. En este recorrido por la mirada de la vejez desde la comunidad, la familia y los ancianos, el investigador logra identificar distinciones en relación con las clases, el género y el lugar de origen entre peregrinos y residentes estables, que muestran diferencias en cuanto a la forma en que es entendida y experimentada la vejez.

La gerontología feminista se ha desarrollado en los últimos años a partir de la reflexión sobre las especificidades del género en la vejez. Las teorías feministas en sus distintas ramificaciones batallan contra la vinculación de las mujeres con su capacidad reproductiva, es decir, contra la tendencia filosófica, histórica y política de presentar la dimensión cultural anclada a un determinismo biológico. Osorio (2006) considera

que, se trabaje o no teniendo en cuenta esta perspectiva, al hablar de longevidad necesariamente nos cruzamos con un tema de género. En primer lugar porque las mujeres viven más que los varones, por lo tanto, la mayoría de los sujetos de las vejeces que estudiamos son mujeres. En segundo lugar, por la feminización social de la vejez: mientras que en la edad adulta y juvenil los valores predominantes son masculinos, en las vejeces son aquellos que se asocian al constructo femenino (necesidad de ser tuteladas, mayor vulnerabilidad, dependencia, etc.).

Tal como señalan Ginn y Arber (1996), el género y el envejecimiento están estrechamente conectados, ya que el envejecimiento no solo está permeado por el contexto social, cultural, económico y político, sino también por el género y las construcciones en torno a él. Sin entrar en un análisis detallado, los trabajos sobre la vejez y el envejecimiento que ponen el acento en un enfoque de género han analizado distintos factores: la pobreza (Oddone, 1995; Salgado-de Snyder y Wong, 2007); los apoyos sociales (Montes de Oca, 1996); la violencia de género (Debert y Gregori, 2016; Debert y Brocksom, 2015); las representaciones sociales sobre la vejez (Gastrón, 2013), entre otros.¹ Se observa la importancia de las relaciones de género en tanto no son estáticas a lo largo de las generaciones, ya que las transiciones que se producen en las normas basadas en las edades y los cambios fisiológicos influyen en el modo en que se interpreta y se experimenta el género. Las investigaciones muestran que las funciones asignadas a los géneros en el hogar, el trabajo y el Estado siguen estructurando las relaciones entre varones y mujeres durante la vejez (Ginn y Alber, 1996).

1 Para mayor información sobre los estudios de género y vejez en la producción etnográfica brasilera véase el artículo "Vejez y género en la antropología brasileña" de Moraes Alves (2016).

El paradigma o enfoque teórico-metodológico del curso de vida analiza cómo diversas fuerzas sociales moldean el desarrollo de los cursos de vida individuales y colectivos, y permite estudiar la vinculación entre las vidas individuales y el cambio social (Blanco y Pacheco, 2003). Elder (1994) plantea que este paradigma remite al entrelazamiento de trayectorias regladas por la edad, o sea, al movimiento a lo largo de la estructura de edad que abarca una variedad de ámbitos relacionados entre sí —trabajo, escuela, etc.— y a las transiciones de corto plazo que van desde el abandono de la escuela hasta el retiro de la vida laboral. Las transiciones, definidas como cambios de estado, indican la asunción de nuevos roles y son parte de las trayectorias. A estos dos ejes organizadores del análisis del curso de vida se agrega un tercero, el concepto de *turning point*, el cual hace alusión a eventos no previsibles que provocan una discontinuidad en las trayectorias vitales, y por ende fuertes modificaciones en el curso de vida (Blanco, 2011). Este enfoque ha tenido influencias de varias corrientes teóricas (Bengtson, Burgess y Parrot, 1997; Lalived`Epinay, Bickel, Cavalli y Spini, 2011); entre ellas las principales son:

a) Los estudios sobre cuestiones etarias, entre los cuales encontramos las investigaciones demográficas que han abordado los eventos que marcan el curso de vida tanto de grupos etarios como de cohortes; estudios antropológicos sobre los grados de edad (Mead, 1934; Van Gennep, 1909) y los estudios sociológicos sobre generaciones (Mannheim, 1928).

b) Los estudios sobre *lifespan* en la psicología del desarrollo, elaborados por Erikson (1958), que permitieron superar la idea de un desarrollo lineal y universal de los individuos.

c) Las obras *Lifecourse and social structure* de Cain (1964), y *Children of the great depression* de Elder (1974), escritos que delinearon e impulsaron el desarrollo de esta perspectiva.

d) La teoría de la estratificación de la edad desarrollada por Riley y sus colaboradores (Riley, Johnson y Forner, 1972), que pone de manifiesto la centralidad de la edad cronológica como estructuradora de las sociedades y el impacto de las biografías en el curso de vida.

Estas perspectivas han confluído en un abordaje multidimensional. Lalived`Epinay (2005) sostiene que

“el curso de la vida es un enfoque científico interdisciplinario que estudia el desarrollo de las vidas humanas y analiza e integra, en un marco teórico común, las interacciones y la interdependencia entre: a) el desarrollo biológico y el psicológico del individuo; b) los marcos socio-históricos en los cuales transcurre su vida, así como los modelos de cursos de vida que toda sociedad produce; c) las trayectorias individuales de vida que se desarrollan en el marco de las obligaciones y las posibilidades delimitadas por (a) y (b)” (Lalived`Epinay, 2005, en Oddone y Lynch, 2008, p. 123).

Por su parte, Tuirán (2002) señala que algunas de las premisas básicas de este enfoque consisten en entender al curso de vida como un proceso compuesto por un entretreído de complejos dinamismos; reconocer las relaciones recíprocas entre el individuo y el entorno institucional y social y recuperar la historia de los individuos, sus motivos y elecciones personales. Estos elementos se sitúan en el centro del análisis,

y se cuestionan los modelos estáticos y la capacidad que tienen los sujetos para modificar sus comportamientos. En este paradigma se sostiene, asimismo, que a lo largo del curso de vida las personas van acrecentando sus diferencias y en la vejez esta heterogeneidad es significativa en relación con etapas más tempranas como la infancia o adolescencia. Como sugieren Batles y Bilis (1977) "las diferencias interindividuales se acrecientan típicamente con el paso del tiempo, o, mejor, con la acumulación de la experiencia, arrojando el resultado de que la edad comparta un efecto progresivo de mayor heterogeneidad entre las personas" (Batles y Bilis, 1977, citado en Fierro, 1994, p. 10).

En Argentina, esta orientación teórica tiene un amplio desarrollo, que se ha plasmado en numerosas investigaciones así como en el libro *La vejez en el curso de vida* (Yuni, 2011), en el cual se encuentran escritos de sociólogos, antropólogos, psicólogos y gerontólogos. En él se presentan estudios teórico-metodológicos y trabajos empíricos realizados desde el paradigma, enmarcados en distintas realidades del envejecer.

La invención de la vejez como un problema social

Hemos presentado algunos de los principales desarrollos que desde las ciencias sociales han estudiado el fenómeno de la edad, la vejez y el envejecimiento, así como el modo en que se han configurado corrientes teóricas y producido debates y controversias entre las mismas. En este sentido, hemos dado cuenta del énfasis que las ciencias sociales han puesto en señalar el carácter construido de las categorías de vejez, y la condición agonística que asume en ocasiones esa construcción. En lo que sigue procuramos mostrar en qué medida la

construcción de la vejez está relacionada con las transformaciones ocurridas a lo largo del siglo XX en los mercados de trabajo y la emergencia de los sistemas previsionales, así como con la conformación y legitimación de una serie de saberes expertos orientados a la vejez.

Un conjunto de trabajos ha tematizado el fenómeno de la vejez, en particular el de la conformación de una categoría particular de edad —la tercera edad—, como una “invención”. Esta se relacionaría con el establecimiento del sistema de protección jubilatoria en el contexto del crecimiento demográfico de las clases medias, y la configuración de un campo donde agencias especializadas en asistir a la vejez disputan recursos, y articulan en esas disputas diferentes definiciones de vejez ajustadas a los segmentos que aspiran a interpelar (Lenoir, 1979; Debert y Simoes, 1994; Debert, 1997).

Como pone en evidencia Debert (1998), la vejez y sus diferentes categorizaciones no solo configuraron la demarcación de una etapa del ciclo vital, sino que fueron constituyéndose en un “problema social” en el sentido de Lenoir (1993); es decir, no como un simple efecto de una disfunción social, sino como el resultado de un trabajo social de producción, que comprende una tarea de reconocimiento, legitimación, presión y expresión. La demografía alarmista (Katz, 1990) habría contribuido a este proceso, al instalar al envejecimiento como un nuevo problema social (Daniel, 2006).

Así pues, la conformación de la vejez como problema social no sería simplemente un efecto de las transformaciones demográficas y del envejecimiento poblacional, sino el producto de una empresa de movilización política encarnada por actores concretos. Como la transformación de la vejez en un

problema social no encontraba en los viejos un actor poderoso y legitimado por no contar con recursos ni acceso a la opinión pública, el proceso tuvo otros portavoces: los expertos, cuya competencia es reconocida por sus credenciales “científicas”, destacándose en este sentido la acción del discurso geriátrico y gerontológico (Debert, 1998, pp. 22-23).

De esta manera, se ha sostenido que la institucionalización de la geriatría —pero especialmente de la gerontología— contribuyó a conformar una red de discursos y representaciones sobre la vejez que más que caracterizar y representar el fenómeno, ha intervenido en su producción. Según esta perspectiva, abordajes sociológicos y antropológicos han situado a los saberes expertos en vejez y a sus intervenciones performativas como parte del objeto de investigación relativo al fenómeno de la vejez y el envejecimiento. En esta línea podemos situar a los trabajos de Iacub (2001; 2011; 2013a; 2013b), quien inscribe su contribución como “posgerontología”, la cual, asumiendo una perspectiva posestructuralista y posmoderna, pretende deconstruir el texto de la gerontología, desenmascarando los supuestos no explicitados desde los cuales ese campo de conocimientos se constituye en discurso autorizado sobre la vejez y sobre las modalidades adecuadas de abordaje. Sostiene el autor que “La posgerontología comprende a la gerontología como una de las tácticas políticas que pueden resultar útiles o valiosas para la estrategia de empoderamiento de la vejez, en un contexto determinado” (Iacub, 2013a, p. 298).

Los instrumentos de promoción global de los derechos humanos de la vejez universalizan una definición, una concepción particular de viejo que el discurso de la geriatría y la gerontología contribuyó a estabilizar. Así, al analizar el *Plan Internacional de*

Envejecimiento de Madrid (ONU) y el Estatuto do Idoso (2002), se ponen en evidencia esas operaciones (De Oliveira, 2013).

En la caracterización de aquellos aspectos en los cuales los discursos expertos estarían contribuyendo a la producción de imágenes y categorías de vejez, la bibliografía ha reparado en diferentes elementos. La representación del viejo como carente fue esencial para su visibilización y establecimiento como actor político y sujeto de derechos. Sin embargo, una de las constataciones que surgen de la bibliografía es que la imagen de viejo visibilizada e instalada en los medios por los saberes expertos no es precisamente la de los sectores más vulnerados en términos de exclusión social, sino la de los sectores medios (Debert, 1997).

Por otro lado, probablemente debido al interés social y a la presión del mercado en las tecnologías del rejuvenecimiento, los discursos expertos han desplazado su intervención a favor de la visibilización de la vejez y del viejo como un actor con capacidad de agencia y como un sujeto de derechos, para plegarse a la divulgación de técnicas e imperativos orientados a combatir y demorar el envejecimiento, asumiendo por ese camino el riesgo de negar a su propio objeto (Debert, 1997, p. 11).

Entre los núcleos de intervención de los discursos expertos se destaca la promoción del “empoderamiento” en la vejez, en especial a partir de la década del 90, cuando desde un cierto giro culturalista se detectan en el viejo una infinidad de recursos y potencialidades que sería capaz de desplegar, pero a la vez su responsabilidad en caso de no hacerlo.

Este impulso empoderador de la vejez fue revisado y criticado en la bibliografía y las corrientes posgerontológicas. Se ha señalado que la interpelación a la vejez desde el concepto de empoderamiento la vincula con la operación neoliberal que proyecta sobre el débil la capacidad de compensar con esfuerzo individual el abandono al que lo somete el sistema de protecciones sociales (Katz, 2005). Desde esta óptica, la contracara del empoderamiento es la imposición de un imperativo de “envejecimiento activo” que supone la hiperactividad y sobresexualización de la vejez, orientaciones que empalman con los requerimientos de consumo y rendimiento del sistema capitalista contemporáneo (Katz, 1996; 2005; 2013; Katz y Marshall, 2002; Daniel, 2006).

Consideraciones finales

A lo largo del capítulo se buscó dar cuenta de un conjunto de conceptualizaciones y debates en torno a la vejez y al envejecimiento poblacional. Para ello se organizaron cuatro ejes en los que se delinearón las temáticas que se consideran centrales en cuanto a sus aportes para el estudio del fenómeno. En el apartado inicial se presentaron los primeros acercamientos a los estudios sobre la vejez. Desde diferentes lugares, estos trabajos abordaron cómo los cambios sociales —económicos, políticos, institucionales y demográficos— han transformado a la vejez, su identidad, sus roles y estatus.

Aunque dieron explicaciones generales entendiendo a la vejez como un período universal y homogéneo por fuera de miradas relacionales y sin problematizar clivajes estructuradores de lo social, fueron decisivos en cuanto a su importancia para la construcción de un campo de estudios sobre la vejez.

El segundo apartado profundizó las heterogeneidades etarias en los sistemas clasificatorios de edad. En los trabajos de corte etnográfico mencionados emerge una mirada que discute con criterios cronológicos para definir la vejez, criterios que se anclan en cortes burocráticos establecidos por distintas sociedades para organizar diferentes aspectos de lo social (mercado laboral, educación, derechos, etc.). Se pone énfasis en diversas dimensiones que entran en juego en la producción de la vejez como grupo de edad, en forma relacional respecto a otros grupos de edad y resaltando clasificaciones que surgen en su interior.

En el tercer apartado se describen algunas de las tendencias en las teorías contemporáneas: la gerontología crítica, la gerontología feminista y la perspectiva del curso de vida. Se incorporan discusiones que colocan el foco de atención en cómo es construida y experimentada la vejez en marcos culturales específicos, en relación con el género, las generaciones, la etnia, la religión, la clase y el Estado.

La perspectiva teórica-metodológica del curso de vida puso en el centro de discusión cómo la historia, los condicionantes estructurales y los cursos de vida individuales moldean diferentes vejezes. Aunque en los estudios que se realizan desde esta perspectiva se abandonan en teoría los criterios únicamente biológicos, en términos empíricos se recae muchas veces en ellos al considerar el efecto marcador de las instituciones del Estado, como modo de operacionalización y clasificación etaria.

En el último apartado se repone el carácter construido de la categoría y experiencia de la vejez a partir de la emergencia y legitimación de un campo de saberes expertos orientados

a su estudio. En esta dirección, se presentan algunas controversias y algunos interrogantes situados desde la posgerontología y otros campos, sobre los nuevos imperativos que podrían haber tomado forma en consonancia con los discursos geriátricos y gerontológicos que, ligados al paradigma del "envejecimiento activo", podrían estar promoviendo nuevas imágenes homogeneizadoras de la vejez ligadas a las experiencias de consumo propias del capitalismo posindustrial.

A lo largo de las diferentes secciones se intentó hacer una sistematización de algunos tópicos centrales del campo de estudios sobre la vejez y el envejecimiento, y poner de relieve las disputas por la construcción de la categoría de vejez y los sentidos atribuidos a la misma, donde entran en juego no solo los actores sociales, sino también las relaciones inter e intrageneracionales, el saber experto, las instituciones y el Estado. En este punto, se advierte el valor de los esfuerzos relativizadores frente a los diferentes centrismos de edad delineados en la bibliografía. Consideramos que la intervención y producción de la vejez debe partir de una idea de sujeto que contemple las especificidades culturales y sociales de los marcadores de edad, pero sin reducirlo en su totalidad a una dimensión etaria, para poder repensar la multiplicidad y multidimensionalidad de las vejeces. El desafío, al que aspiramos sumar nuestra contribución desde estas líneas, es que este horizonte no solo aparezca delineado en términos teóricos, sino también en las agendas de investigación empírica realmente existentes.

Bibliografía

Anderson, B. G. (1972). The process of deculturation. It's dynamics among United States aged. *Antropological Quarterly*, 45, 209-216.

Beauvoir, S. (1983). *La vejez*. Edhasa: Barcelona.

Bengtson, V. L., Burgess, E. O. y Parrott, T. M. (1997). Theory, explanation, and a third generation of theoretical development in social gerontology. *The Journals of Gerontology*, 52B(2).

Blanco, M. (2011). El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo. *Revista Latinoamericana de Población*, 5(8), 5-31.

Blanco, M. y Pacheco, E. (2003). Trabajo y familia desde el enfoque del curso de vida: dos subcohortes de mujeres mejicanas. *Papeles de población*, 38, 159-193.

Bourdieu, P. (2002) [1975]. La juventud no es más que una palabra. En Bourdieu, P., *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.

Cowgill, D. O., y Holmes L. D. (1972). *Aging and Modernization*. Nueva York: Appleton Century Crofts.

Cohen, L. (1994). Old Age: Cultural and Critical Perspectives. *Annual review of antropology*, 23.

Cohen, L. (2002). *No aging in India. Modernity, senility and the family*. New Delhi: Oxford University Press.

Cumming, E.; Newell, D. S.; Dean, L. R. & McCaffrey, I. (1960). Disengagement. A tentative theory of aging. *Sociometry*, 23(1), 23-35.

Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/2786135>

Cumming, E. y Henry W. (1961). *Growing Old: The Process of Disengagement*. Ed. Basic Books Inc. N.Y.

Daniel, F. (2006). O Conceito de VelhiceemTransformação. *Interacções*, 10, 113-122.

Debert, G. G. (1997). A invenção da terceira idade e a rearticulação de formas de consumo e demandas políticas [versão modificada de trabalho apresentado no GT Cultura e Política da ANPOCS em 1996]. Recuperado de http://www.anpocs.com/images/stories/RBCS/34/rbcs34_03.pdf

Debert, G. G. (1998). Pressupostos da Reflexão Antropológica sobre a Velhice. En Debert, G. G., *Antropologia e Velhice*, Textos Didáticos, 19, IFCH/Unicamp.

Debert, G. G. y Brocksom, S. (2015). La violencia de género y la administración de la justicia en Brasil: el caso de São Paulo. *Gender Violence and Administration of Justice in Brasil: the case of São Paulo*. *Journal of Feminist, Gender and Women Studies*, 2.

Debert, G. G. y Gregori, M. F. (2016). Conceptualising violence and gender in the Brazilian context: New issues and old dilemmas. *Feminist Theory*, 17(2), 175-190.

Debert, G. G. y Simoes, J. A. (1994). A aposentadoria e a invenção da "terceira idade". In Debert G. G. (Org.), *Antropologia e velhice*. Textos didáticos. Campinas: IFCH/Unicamp.

De Oliveira, D. (2013). SER IDOSO: modelo de velhice tornado direito humano universal. Seminário Internacional Fazendo Gênero, 10.

Elias, N. (1989). La soledad de los moribundos. México: FCE.

Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. En J. Prat y A. Martínez (eds.), Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat (pp. 319-335). Barcelona: Ariel S.A.

Fierro, A. (1994). Proposiciones y propuestas sobre el buen envejecer. En Buendía, J. (comp.), Envejecimiento y psicología de la salud (pp. 3-35). Madrid: Siglo XXI editores.

Gastrón, L. (2013). Dimensiones de la representación social de la vejez. Mar del Plata: EUDEM.

Ginn, J. y Arber, S. (1996). Gender, age and attitudes to retirement in mid-life. *Ageing and Society*, 16(01), 27-55.

Hochschild, A. R. (1975). Disengagement theory: A critique and proposal.

Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/2094195>

Iacub, R. (2001). La Post Gerontología. Hacia un renovado estudio de la Gerontología. Actas del IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G., Santiago de Chile.

Iacub, R. (2011). Identidad y envejecimiento. Buenos Aires: Paidós.

Iacub, R. (2013a). Nuevas reflexiones sobre la Posgerontología. *Revista Kairós Gerontologia*, 16(4), 295-311.

Iacub, R. (2013b). El Poder en la vejez. Entre el empoderamiento y el desempoderamiento. Buenos Aires: Pami.

Katz, S. (1990). Alarmist Demography: Power, Knowledge and The Elderly Population. *Journal Of Aging Studies*, 6(3), 203-225.

Katz, S. (1996). Disciplining Old Age: the formation of gerontological knowledge. USA: University Press of Virginia.

Katz, S. (2005). Busy Bodies: Activity, Aging, and the Management of Everyday Life. *Journal of Aging Studies*, 14(2), 135-152.

Katz, S. (2013). Active and Successful Aging. Lifestyle as a Gerontological Idea. *Recherches sociologiques et anthropologiques*, 44(44-1), 33-49. Recuperado de <http://rsa.revues.org/910>

Katz, S. y Marshall, B. (2002). Forever Functional: Sexual Fitness and the Aging Male Body. *Body & Society*, 8(4), 43-70.

Lalived'Épinay, C.; Bickel, J. F.; Cavalli, S. y Spini, D. (2011). El curso de la vida: emergencia de un paradigma interdisciplinario. En Yuni, J. A., *La vejez en el curso de la vida*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.

Lenoir, R. (1979). L'invention du "troisième âge". Constitution du champ des agents de gestion de la vieillesse". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 26-27, 57-82. Recuperado de http://www.persee.fr/doc/arss_0335-5322_1979_num_26_1_2630

Lenoir, R. (1993). Objeto sociológico y problema social. En Champagne, P.; Lenoir, R.; Merllié, D. y Pinto, L. *Iniciación a la práctica sociológica* (pp. 57-102). México, Siglo XXI.

Mariluz, G. (2013). Indios viejos. El envejecimiento en una comunidad Qom del ámbito urbano bonaerense. Ponencia presentada en las X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Martínez, M. R., Morgante, M. G. y Remorini, C. (2008). ¿Por qué los viejos? Reflexiones desde una etnografía de la vejez. *Revista argentina de Sociología*, 6(10), 69-90.

Montes de Oca, V. (1996). Redes comunitarias, género y envejecimiento. *Notas de Población*, 77.

Moraes Alves, A. (2016). Vejez y Género en la Antropología Brasileña. *Research on Ageing and Social Policy*, 4(1), 46-68.

Oddone, J. (1995). Las ancianas pobres. Un estudio de casos. Buenos Aires, Boletín Especial CEIL.

Oddone, Julieta y Lynch, Gloria (2008). Las memorias de los hechos sociohistóricos en el curso de vida. *Revista argentina de sociología*. Año 6 n° 10. Buenos Aires: Consejo de Profesionales en Sociología. Pp: 121-142.

Osorio, P. (2006). La longevidad: más allá de la biología. Aspectos socioculturales. *Papeles del CEIC*, 22. Recuperado de <http://repositorio.uchile.cl/handle/2250/121804>

Palmore E. y Maeda, D. (1975). *The Honorable Elders Revisited*. Durham: Duke University Press.

Reyes Gómez, L. (2002). Envejecer en Chiapas. Etnogeron-tología zoque. México: Universidad Nacional Autónoma de México. Universidad Autónoma de Chiapas.

San Román, T. (1990). Vejez y cultura. Hacia los límites del sistema. Barcelona: Fundación Caja de Pensiones.

Simmons, L. (1945). The Role of the Aged in Primitive Society. New Haven, Connecticut: Yale University Press.

Salgado-de Snyder, V. N. y Wong, R. (2007). Género y pobreza: determinantes de la salud en la vejez. Salud Pública de México, 49(4), 515-521.

Tuirán, Rodolfo (2002). Migración, remesas y desarrollo, Situación demográfica de México. CONAPO.

Yuni, J. A. (2011). La vejez en el curso de la vida. Córdoba: Encuentro Grupo Editor.

Capítulo 2

El envejecimiento desde la psicología: problemas y abordajes locales

Cecilia Aguinaga

Ana Tellez

En este capítulo se abordarán algunos desarrollos sobre el envejecimiento que se han producido dentro del ámbito de la psicología. Esta disciplina se caracteriza por ser un campo diverso en el que desde sus orígenes han coexistido distintas tradiciones de pensamiento (Vezzetti, 2007). Tales perspectivas han surgido a partir de la demarcación de problemas heterogéneos, que han establecido diferentes objetos y métodos y que han dado lugar a una pluralidad teórica que llega hasta nuestros días (Smith, 1997). La delimitación del campo profesional a mediados del siglo XX ha aportado aún más heterogeneidad, en la medida en que los distintos ámbitos de inserción laboral son espacios de generación de problemas que lo complejizan (Danziger, 1979).

La psicología, como ocurre en el vasto territorio de las ciencias humanas, en el que las fronteras no resultan del todo nítidas, se ha desarrollado en un vínculo estrecho con otras disciplinas como la sociología, la antropología, la medicina, etc., planteándose en muchas oportunidades temas y problemas que resultan de una lógica de intersección interdisciplinaria. En lo que respecta a la teorización acerca del envejecimiento, su origen en el campo psicológico puede situarse, en el ámbito internacional, a partir de mediados del siglo XX, y ha llegado a constituirse en un nutrido terreno de producción de saberes que da cuenta de las diversas dimensiones que hacen a esta etapa vital.

Ambas consideraciones vuelven necesario operar un recorte dentro de este prolífico y complejo abordaje de la temática del envejecer. En esta ocasión, a modo de primera aproximación y sin intenciones de exhaustividad, se incluirán aquellas

propuestas teóricas que se han originado en el ámbito local y que pueden ubicarse claramente en el campo psicológico, en la medida en que sus autores son especialistas en temas específicos de este y en tanto existe un consenso general en incluir sus respectivos marcos teóricos dentro de la psicología. A riesgo de ofrecer una perspectiva parcial, esto excluye desarrollos que si bien presentan conexiones con este campo, pueden caracterizarse como propios de la sociología, las ciencias de la educación, la antropología, la medicina, entre otras.

La bibliografía relevada consiste en los libros de autor publicados entre los años 1987 y 2011, período en el cual se ha concentrado la mayor producción teórica sobre el tema, que ha conformado el marco general de pensamiento sobre el envejecimiento desde la perspectiva psicológica. Solo se contemplará una excepción: los aportes de Graciela Petriz, por ser insoslayables para los estudios psicológicos sobre los adultos mayores. Al no hallarse su producción recopilada en libros de su autoría, sino dispersa en distintas compilaciones, publicaciones periódicas y actas de eventos científicos, se han tomado aquí dichas publicaciones, de producción individual o en coautoría.

Es importante señalar que la producción local se encuentra también en numerosas compilaciones, muchas de las cuales han sido llevadas a cabo por los autores cuyos desarrollos son analizados aquí.¹ Asimismo, las revistas especializadas han

¹ Véase, por ejemplo, Ferrero, G. A. (comp.) (1998). *Envejecimiento y vejez, nuevos aportes*. Buenos Aires: Atuel; Zarebski, G. & Knopoff, R. (comp.) (2000). *Viejos nuevos, nuevos viejos*. Buenos Aires: Tekné; Salvarezza, L. (comp.) (2000). *La vejez. Una mirada gerontológica actual*. Buenos Aires: Paidós; Salvarezza L. (comp) (2001). *El envejecimiento. Psiquis, poder y tiempo*. Buenos Aires. Eudeba; Petriz, G. (comp.) (2002). *Nuevas dimensiones del envejecer. Teorizaciones desde la práctica*. La Plata: Secretaría de Extensión Universitaria. FaHCE.

sido vehículo para el tratamiento del tema, entre ellas la revista *Tiempo*², cuyo primer número apareció en el año 1998 y se constituyó en un espacio fundamental de circulación e intercambio de perspectivas teóricas y de experiencias prácticas para los profesionales e investigadores que se dedican al tema del envejecimiento. Las publicaciones en revistas y en capítulos de libros resultan sumamente significativas dado que han realizado valiosas contribuciones que enriquecen el campo y promueven nuevas y relevantes preguntas, aunque no son incluidas aquí puesto que consideramos que merecerían un análisis específico.

El capítulo se propone mostrar una serie de núcleos temáticos alrededor de los cuales gira la mayor parte de la producción y que hemos identificado a partir del trabajo con el material seleccionado. Hemos sistematizado los aportes de los autores en torno a los siguientes ejes: a) características psicológicas del proceso de envejecimiento; b) representaciones sociales sobre la vejez y su impacto en el sujeto; c) relaciones sociales; d) sexualidad; e) aspectos cognitivos; f) psicopatología e intervenciones terapéuticas; g) el ocio. Sin desconocer los entrecruzamientos posibles entre ellos, proponemos aquí una lectura que sistematiza los aportes alrededor de estos temas centrales, que pueden ser circunscriptos con cierta especificidad y que serán presentados en cada uno de los apartados siguiendo en orden cronológico la bibliografía consultada.

Si bien no representa exhaustivamente la tematización del envejecimiento dentro de la psicología, dado que se pueden

2 La revista *Tiempo*, el portal de la psicogerontología, es una revista virtual dirigida por la doctora Virginia Viguera, incluida en el portal *Psicomundo* cuyo director es el licenciado Michel Sauval. <http://www.psiconet.com/tiempo/>

reconocer otros temas y problemas, estos adquieren una cualidad marginal en tanto son abordados con menor frecuencia por la bibliografía consultada.

Características psicológicas del proceso de envejecimiento

Para comenzar el recorrido por los diferentes desarrollos del campo tomaremos los aportes de Eduardo Adduci, miembro de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) e integrante del equipo de trabajo de Salvarezza durante los años 70.³ En *Psicoanálisis de la vejez* (1987), libro en el que aborda algunas patologías de la vejez y diferentes aspectos de la clínica psicoanalítica con viejos, establece una serie de nociones generales de gerontología para responder a la pregunta sobre qué es un viejo. Para esto recurre, llamativamente, a la descripción de diferentes “hechos” biológicos, por ejemplo, las alteraciones celulares, la acumulación de pigmentos, las alteraciones cromosómicas, etc.; los hechos metabólicos; el impacto en la fisiología de estos cambios biológicos en el aparato respiratorio, el cardiovascular, el digestivo, en el sistema nervioso, etc. Afirma que los estudios que se han realizado sobre estos diferentes aspectos han permitido comprobar la acción de factores intrínsecos genéticos en el envejecimiento, así como individualizar los factores ecológicos que influyen en su curso.

3 Tanto Aducci como Salvarezza reconocen en reiteradas ocasiones el valioso aporte realizado a sus respectivas formaciones por el doctor Mario Strejilevich, Jefe del Servicio de Gerontopsiquiatría del hospital Braulio A. Moyano de Buenos Aires, quien es considerado por ellos, y otros autores, el fundador de la psicogeriatría en nuestro medio.

Por otro lado, dentro del campo psicoanalítico local resultan insoslayables para cualquier tratamiento del tema los aportes de Leopoldo Salvarezza⁴, quien desde un marco psicoanalítico, y a diferencia de Aducci, privilegia el encuadre histórico individual por sobre los cambios biológicos. El autor hace hincapié en el concepto freudiano de series complementarias, e incorpora tres órdenes de factores —hereditarios, experiencia infantil, factores desencadenantes—, con lo cual retoma la conceptualización de Bleger (1963) de los tres órdenes puestos en juego en la conducta (psicológico, biológico y social). Define al envejecimiento como un proceso que tiene características singulares puesto que cada vejez es producto de la operatividad de las series complementarias y del modo en que se vive el impacto de los cambios biológicos y sociales. En un intento de alejarse de concepciones universalistas y generalizadoras, toma de una serie de autores norteamericanos —Bromley (1966), Butler y Lewis (1982), Neugarten (1970)— el concepto de *mediana edad*, que puede situarse entre los 45 y los 65 años, como un momento de transición hacia la vejez. De acuerdo con el autor "... gran parte de lo que denominamos 'buen o mal envejecer' está contenido en este pasaje" (1988, p. 42). No obstante, describe una serie de rasgos intrapsíquicos que adquieren cierta constancia y que tienen como marco la toma de conciencia del paso del tiempo y la sensación de cercanía del fin de la vida. Estos rasgos comunes son el incremento de la interioridad —es decir,

4 Médico psicoanalista y docente de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, quien en el marco de una apertura de la atención sanitaria hacia la comunidad a mediados de la década del 60, comienza a hacer psicoterapia con adultos mayores en un centro de salud en la ciudad de Buenos Aires para luego fundar el primer equipo de psicogeriatría y psicoprofilaxis de la vejez del país. De aquí surgen las conceptualizaciones vertidas en el libro *Psicogeriatría, Teoría y clínica* (1988).

un énfasis en la introspección— que considera como un “... resultado de la disociación que produce el conflicto de envejecer o ciertas situaciones vitales dentro del proceso de ‘ser viejo’” (1988, p. 43); un cambio en la percepción del tiempo, que consiste en medirlo en función de lo que falta por vivir y en una toma de conciencia de su finitud; y la personalización de la muerte, esto es, la toma de conciencia de la posibilidad real de la muerte propia.

Otro autor de importancia es Edgardo Rolla⁵, quien en *Senescencia. Ensayos psicoanalíticos sobre la tercera edad* (1991) aborda distintos aspectos del período senescente desde una perspectiva que incluye referencias freudianas y posfreudianas, y presenta la experiencia desarrollada con adultos mayores en el marco de una comunidad terapéutica.

Rolla define la senescencia como “... un período evolutivo más de la vida, considerando que evolutivo es siempre lo que está relacionado con el aprendizaje...”, que se caracteriza por “... la pérdida de capacidades físicas y de la posición familiar y social activa” (1991, p. 17). Existe una relación dialéctica entre las etapas evolutivas; es decir, en cada período de transformaciones se produce una tesis, una antítesis y una síntesis que dará lugar a una nueva fase. Encontramos aquí otra vez la alusión a lo decisivo de las experiencias pasadas en lo que se refiere a la singularidad del envejecimiento.

Los conceptos centrales planteados por el autor son las identificaciones narcisísticas —que, en función de ser positivas o negativas, determinan las características normales o patológicas del envejecer—, y el duelo, entendido como proceso

5 Destacado psicoanalista, referente en la formación de los psicólogos platenses en la década del 60, fue miembro de la APA, discípulo de Pichon-Rivière y uno de los máximos exponentes locales en lo que refiere a la producción teórica y práctica sobre el campo de lo grupal.

reactivo a la pérdida. La existencia de identificaciones basadas en experiencias positivas está ligada, desde su perspectiva, al logro de un proceso de reemplazo del objeto perdido y a vehiculizar un deseo de proyecto futuro. En articulación con esto, el fenómeno de la reminiscencia ocupa un lugar central en su desarrollo, en cuanto el proceso de duelo implica la sucesión y repetición de recuerdos relativos al objeto perdido. La reminiscencia adquiere entonces cierta generalidad en el envejecimiento y tiene que ver con un cambio operado en la memoria de los senescentes, no en el nivel de lo intelectual, sino como un aspecto inherente al duelo normal y como una actividad que resguarda la autoestima en tanto constituye "... una manifestación de reafirmación de la permanencia del existir" (1991, p. 39).

Claudio García Pintos⁶ en *El círculo de la vejez. Sobre la psicología normal de la persona que envejece* (1993) plantea que la tercera edad constituye, junto con la adolescencia, una de las crisis vitales más conflictivas, atravesada por diversos entrecruzamientos, que se transforma en un momento de toma de decisiones, de pausa y determinación responsable. Las turbulencias propias de la tercera edad están dadas por una vida que parece que se está apagando y también por el acceso a un lugar social desvalorizado. El individuo debe decidir cómo enfrentará la última etapa de su vida. En el tránsito por una situación límite como es el acceso a la vejez, lo único que le queda al individuo es la posibilidad de advertir que está recorriendo un camino doloroso, poner en marcha un esfuerzo más por encontrar un lugar propio y

6 Doctor en Psicología egresado de la Universidad Católica Argentina, y docente universitario, también ha realizado aportes al campo de la psicogerontología. Desde la perspectiva de la logoterapia, sus desarrollos toman fundamentos de diversas disciplinas (antropología, filosofía, psicología) e incluyen una dimensión espiritual.

darle un nuevo sentido a la vida. Así, el círculo de la vejez es el conjunto de reacciones o actitudes que permiten darle a la vida un sentido plenificante y personal.

El primer paso necesario para la puesta en marcha del círculo de la vejez es la "toma de conciencia de la vejez (...) la respuesta total que da el hombre, como una totalidad bio-psico-espiritual, al hecho innegable de acceder a un nuevo estatus evolutivo" (1993, p. 22). Esta toma de conciencia está favorecida por tres factores esenciales: la jubilación, la respuesta que da la sociedad a la entrada de la persona en la tercera edad y el conjunto de trastornos y disfunciones físicas y orgánicas propias de esta etapa. A partir de esta toma de conciencia, comienza a desarrollarse el círculo de la vejez en sus sucesivas etapas: 1) conmoción, 2) negación, 3) fastidio, 4) depresión, 5) aceptación, 6) prospectiva o proyectiva. Cada una de estas etapas da lugar a diversos modos de vivir la vejez, ya que la persona puede quedar detenida en alguna de ellas. El ingreso en la última etapa permite la elaboración de una esperanza, la actualización de potencialidades, la dignificación del tiempo y el reconocimiento por parte del individuo de sus responsabilidades y libertades.

Graciela Petriz⁷ aborda las características psicológicas del proceso de envejecimiento basándose en la teoría psicoanalítica. La autora plantea que existen mecanismos invariantes que subyacen a las diversas formas de envejecer. Conceptualiza al envejecimiento como un proceso al que define como "... un suceder, en movimiento, dinámico, abierto, por tanto,

7 Psicóloga clínica, Profesora Adjunta de Psicología Evolutiva II en la Facultad de Psicología (UNLP), directora de los proyectos de investigación "Proceso identificatorio y efectos del acceso a nuevos conocimientos a través de actividades compartidas en envejecentes actuales de La Plata y Gran La Plata" (2003/2005) y "Modalidades actuales del envejecer y proyectos de vida" (2006/2009) (SeCyT-UNLP), fundadora y primera directora del PEPAM (UNLP).

sujeto a cambios, otro 'momento' del desarrollo en el devenir del sujeto, que requiere de un trabajo de elaboración para significar los cambios que conlleva" (Petritz, 2007, p. 81). Este proceso implica también un tiempo de corte, de crisis y de novedad en el cual se entrecruzan las dimensiones intrapsíquicas, intersubjetivas y transubjetivas del individuo que envejece, y en este entrecruzamiento el sujeto halla marcas que lo detienen, lo interrogan y replantean la pregunta por la identidad. Desde esta perspectiva el proceso de historización adquiere una importancia capital, en tanto será lo que permita el procesamiento de los cambios producidos y posibilitará la sensación de continuidad temporal. Basada en los desarrollos de Aulagnier, la autora sostiene que durante el envejecimiento se abre la posibilidad de la reformulación del proyecto identificador, lo cual le permitirá reconocerse en un ser, tener y ejercer una función de anticipación de sí mismo. Este consiste en un trabajo de elaboración y simbolización que se apoya en la instancia del Yo.

En consonancia con Salvarezza considera que el proceso de envejecimiento, al cual conceptualiza en términos activos, se hace patente de manera sorpresiva y supone tres dimensiones que llevan al desarrollo de mecanismos de elaboración: en primer lugar, el tiempo, en la medida en que ya no está en juego "todo el tiempo" sino el presente o el inmediato; el cuerpo, que declina, que cambia, que se desconoce; por último, las modificaciones en las funciones, las cuales suponen el pasaje de productor a pasivo, de reproductor a garante, entre otras cosas. El cuerpo, entendido como aquello que excede al organismo biológico, y que es producto de representaciones y soporte del narcisismo, es ubicado por la autora como sede de los mensajes que hacen evidente el envejecimiento. Las transformaciones del esquema corporal

—concepto que toma de Dolto— serán elaboradas por el adulto mayor de acuerdo a la propia historia y según las representaciones sociales.

Con respecto al tiempo, Petriz toma la idea de la retroacción, es decir, la concepción que supone la resignificación de vivencias pasadas a partir de situaciones actuales. Esta concepción de lo psíquico como estructura abierta le permite "... abrir un campo de problemáticas en relación al envejecimiento y los procesos psíquicos, tiempo, estructura psíquica, historia, abriéndonos a la pregunta acerca de cómo procesa el sujeto las transformaciones que lo atraviesan en sus estructuras fundamentales" (Petriz, 2002a, pp. 18-19). La autora plantea que entre cuerpo y tiempo se produce un anudamiento durante el envejecimiento, lo cual constituye un articulador fundamental para entender este proceso. Este anudamiento incita un proceso de elaboración de la novedad que se presenta durante esta etapa, en la medida en que el sujeto está "condenado a invertir" (Petriz, 2002a, p. 21) ese nuevo cuerpo y sus transformaciones, las cuales se dan en dos sentidos: en relación con el cuerpo real y su representación imaginaria, que consiste en realizar un movimiento de investidura respecto de la nueva imagen, y sobre el cuerpo simbólico, lo cual supone dirigir la mirada hacia otras representaciones respecto de esta nueva etapa.

Por otro lado, Petriz establece que el envejecimiento se caracteriza por el reencuentro con un modelo, lo cual constituye una nueva posición identificatoria en relación con el antecesor, cediendo el lugar de productor y genitor para pasar a ser donante y garante de una nueva generación. Esto supone la investidura de una nueva posición subjetiva que se da en conjunto con el duelo por las pérdidas de baluartes narcisistas, de posiciones adquiridas y de objetos.

La autora desarrolla también algunas reflexiones sobre las particularidades contemporáneas del proceso de envejecimiento (Petritz, 2008). En este sentido, subraya el desafío que la longevidad plantea al envejecente; longevidad entendida como un plus, novedoso en cuanto a su extensión y a las posibilidades que conlleva. Sobre la base de diversas investigaciones realizadas en el marco del PEPAM, sostiene que la longevidad constituye un real indiscutible que conmina al sujeto a reinventar sus relaciones con los demás, consigo mismo y con su imagen. Este proceso, relatado por los entrevistados, da cuenta de que los sujetos toman conciencia de este desafío, y asumen la responsabilidad de repreguntarse por su deseo y por cómo vivirán esta nueva etapa de sus vidas.

Otra de las referentes contemporáneas en la temática es Graciela Zarebski⁸, quien aborda la vejez desde una perspectiva que incluye tanto el curso de la vida como las relaciones intergeneracionales. En este enfoque, la vejez no es pensada como un punto de llegada, sino como “nuevos caminos que se abren y se diversifican” (2008b, p. 85). Desde la mediana edad se van anticipando puntos de encrucijada en torno a diversos aspectos: el cuerpo, los vínculos, los factores socioeconómicos y los roles sociales.

Propone que lo social y lo biológico actúan como los principales receptores de la temporalidad, pero que el “núcleo o esencia” de cada sujeto permanece atemporal. De esta forma, el reconocimiento de la temporalidad es producto de la evaluación y comparación que cada sujeto realiza, mientras que en nuestro psiquismo inconsciente la vejez no existe.

⁸ Licenciada y doctora en Psicología, directora de la Licenciatura en Gerontología de la Especialización en Psicogerontología y de la Maestría en Psicogerontología de la Universidad Maimónides, también ha realizado aportes al campo del envejecimiento. Autora de diversas publicaciones, entre ellas, *La vejez ¿es una caída?* (1994), *Hacia un buen envejecer* (2008) y *Padre de mis hijos, ¿padre de mis padres?* (2008b).

Así, el trabajo psíquico propio del envejecimiento consiste en metabolizar las marcas del paso del tiempo y en intentar conservar la esencia, es decir, un interjuego entre el núcleo atemporal y el registro de la temporalidad.

En sintonía con Rolla, esta autora toma al narcisismo como uno de los ejes centrales para pensar las particularidades de la vejez. Quienes posean una identidad frágil o un exceso de narcisismo presentarán mayores dificultades para enfrentar los cambios propios del envejecimiento dado que estos serán experimentados como una amenaza a la propia identidad. “Los dos caminos que se abrirán de acuerdo a la calidad normal o patológica de nuestro narcisismo irán configurando los dos destinos posibles en el envejecer: el normal y el patológico” (2008b, p. 112).

Zarebski propone que la vejez representa un desvanecimiento del sueño narcisista de eternidad, que comienza a conmoverse en la mediana edad cuando la inevitabilidad de la propia muerte se anticipa clara y conscientemente. En este sentido, la posibilidad de construir una mejor calidad de vida en nuestro envejecer va de la mano de un trabajo de elaboración anticipada y gradual que permita replantear el sentido de la vida y la muerte. Desde la mediana edad se van anticipando imágenes posibles sobre la propia vejez que irán dejando marcas en el presente joven. Esto permitirá generar un proyecto de vejez que irá guiando el trayecto vital hacia el desenlace deseado. En función de este punto de vista, la autora sostiene que se envejece como se ha vivido.

Desde otra perspectiva teórica, enmarcada en la psicología social —específicamente en la gerontología social— Eva Muchnik⁹ analiza, en su libro *Envejecer en el siglo XXI. Historia*

⁹ Socióloga y doctora en Psicología, docente en la Universidad de Belgrano y en la UBA.

y *perspectiva de la vejez* (2005), cómo los estudios acerca del desarrollo humano han debido asumir la relación compleja del individuo con el orden social. Para esta autora lo característico del envejecimiento es la diversidad, y en tanto la formación de la instancia persona está en relación con otros significativos, el envejecimiento humano debe abordarse desde el construccionismo social y el constructivismo, a partir de cuyas premisas es posible conceptualizar la realidad en términos de una construcción humana. Propone entonces como marco teórico el concepto de *curso de la vida (lifespan)*¹⁰, que permite, por un lado, un distanciamiento de las concepciones biologicistas que ponen el acento en la delimitación de la etapa del envejecimiento a partir de la edad, y, por otro, porque conlleva una idea del sujeto como agente de su propio devenir. “El estudio del desarrollo humano desde el curso de vida implica pensar una ecología social desde la cual vislumbrar un proceso dialéctico, interactivo y no lineal de la vida humana y la heterogeneidad de las trayectorias individuales” (Muchinik, 2005, p. 68). De acuerdo con la autora, esta perspectiva contextualista desafía la noción tradicional de desarrollo como una sucesión preestablecida de acuerdo a leyes universales y pone en el centro del interés los eventos significativos que se transforman en nodos de articulación en la medida en que producen cambios en el devenir personal.

Otro de los autores que ha conceptualizado aspectos relativos a la etapa del envejecimiento en diversas publicaciones es Ricardo Iacub¹¹, quien en *Identidad y envejecimiento* (2011) se propone indagar las características psicológicas del envejecer desde la noción de identidad. La identidad da cuenta de la tendencia del aparato psíquico a producir significados que

10 Perspectiva que es desarrollada en el capítulo 1 de este libro.

11 Psicólogo, doctor en Psicología, y profesor en la Facultad de Psicología de la UBA.

otorgan sentido y continuidad a partir de un proceso constante de elaboración de lo discontinuo y lo novedoso. Como la mediana edad y la vejez implican aspectos comunes, el autor aborda ciertos procesos que suceden en ellas —la partida de los hijos, la abuelidad, la menopausia, el cuidado de los propios padres— para poner de relieve la gradualidad de los cambios. Tomando un nutrido elenco de autores, muestra cómo, durante la mediana edad, ocurren una serie de transformaciones relativas al yo entre las que menciona: a) el crecimiento del *yo existencial*, es decir, la percepción del sí mismo con una existencia temporal y dependiente del propio cuerpo, lo cual incluye la personalización de la muerte; b) los cambios en el *yo físico*, referidos a la representación que se hace la persona del paso del tiempo a través del cuerpo; c) el *yo temporal*, que alude a un incremento de las referencias temporales para dar cuenta de la identidad, tanto respecto de lo ya vivido como del tiempo que queda por vivir; d) vivencias contradictorias relativas al *yo laboral*, que incluyen más satisfacción pero también mayor sensación de presión, y e) el *yo psicológico*, que refiere a cambios experimentados en los procesos de pensamiento, que consisten en un incremento de la conciencia de sí, un mayor control del entorno, una ampliación de las estrategias cognitivas, una complejización conceptual y emocional y un nivel mayor de contextualización, entre otras características. Finalmente, apela a la teoría de la identidad narrativa, la cual permite comprender los modos en los que el sujeto vive los cambios que producen discrepancias en la identidad, y desde allí se propone analizar las representaciones en los sujetos mismos que atraviesan el pasaje hacia una nueva etapa, la del envejecimiento, que pone en cuestión la continuidad de la figuración del sí mismo. Analiza, entonces, la función que desempeñan la reminiscencia y la revisión de vida durante el envejecimiento en

un recorrido por diferentes autores que tematizan la relación entre la reconstrucción narrativa de la experiencia de vida y la identidad. Asimismo, aborda la identidad prospectiva, en tanto que la perspectiva de la finitud que se hace presente durante el envejecimiento genera una fragmentación de la unidad de sí a futuro. El proyecto, la idea de trascendencia y la de la transmisión aparecen aquí como una instancia de proyección de futuridad.

Representaciones sociales sobre la vejez y su impacto en el sujeto

Este tema conlleva un núcleo de problemas muy trabajado en la literatura abordada. Si bien las perspectivas no son homogéneas en lo que respecta al modo particular en el que son entendidas las relaciones entre individuo y sociedad, todos los autores, con mayor o menor explicitación, tematizan el impacto de las representaciones sociales en las vicisitudes del envejecimiento.

Muchnik (2005), quien formula una conceptualización de la vejez a partir del análisis sistemático de historias de vida, al utilizar el concepto de *curso de vida* pone de relieve la diversidad de las experiencias humanas, lo cual supone que la biografía se construye desde la experiencia social e histórica. Concibe a la vejez en el marco del desarrollo humano, proceso en el cual lo biológico, lo psicológico y lo social están comprometidos y en el que también tienen peso los factores culturales y el contexto histórico.

Realiza un recorrido histórico de la representación social de la vejez y da cuenta del surgimiento del “viejo” como sujeto en el siglo XVIII y del cambio en sus representaciones durante

el siglo XIX. Analiza la noción de generación como un organizador temporal que implica actitudes, valores y creencias y la articula con la de identidad generacional, en la medida en que pertenecer a una generación es identificarse con lo que la define. El concepto de curso de vida incorpora una perspectiva contextualista: “el cambio intraindividual -en el que operan sin duda factores de carácter biológico-madurativo- [no puede] aislarse del entorno social ni de la experiencia personal [ni del] cambio histórico social o la experiencia generacional” (2005, p. 53).

Por su parte, Salvarezza (1988) aborda las formas de discriminación que se ejercen contra los viejos, tema que el autor considera central. Formula una crítica a la teoría del desapego (Cumming y Henry)¹² basada en una perspectiva psicoanalítica tributaria, entre otros, de los planteos de Bleger: “... ser dentro del contexto humano es posible solamente en relación con otro” (1988, p. 21). Introduce el concepto de *viejismo*, tomando los desarrollos de Butler, que se ha vuelto clásico en la bibliografía especializada. El *viejismo* es “... el conjunto de prejuicios, estereotipos y discriminaciones que se aplican a los viejos simplemente en función de su edad” (1988, p. 23). Es el resultado de identificaciones primitivas con las conductas de personas significativas del entorno familiar y no forman parte, en consecuencia, del pensamiento racional. Este origen queda en lo inconsciente y se manifiesta a modo de “respuestas emocionales directas” respecto de las cuales no existe un reconocimiento que permita identificar el impacto que tienen sobre el pensamiento y la conducta. Salvarezza señala a la identificación de la vejez con la enfermedad como uno de los prejuicios más frecuentes.

12 Perspectiva que es abordada en el capítulo 1 de este libro.

Dentro de un marco teórico que supone que cada sociedad construye una idea de envejecimiento que determinará ciertos espacios y recursos para cada grupo social, Iacub (2001) plantea que la posmodernidad promueve múltiples imágenes de lo social y produce un pluralismo cultural que es un reflejo de esa amplitud de criterios. Se propone indagar cómo las modificaciones en la noción de edad —que en la posmodernidad ha comenzado a ser irrelevante a la hora de definir actitudes y formas de vida, mientras toman un rol más significativo las búsquedas individuales y las representaciones sociales— determinan cambios en las actitudes que se manifiestan en la capacidad de decidir, actuar y seguir apostando por la vida por parte de los adultos mayores. Refiere un nuevo fenómeno social, “el proyecto de los mayores”: los nuevos mayores son capaces de hacer cosas que no se esperaban de ellos. El adulto mayor ya no es un sujeto a quien se debe cuidar sino un individuo capaz de ser autónomo y útil. Repasa el envejecimiento a lo largo de la historia en diferentes culturas —como Israel y Grecia, entre otras— para dar cuenta de cómo en Occidente existió una fuerte tendencia a alejar a la vejez del seno de lo social y a pensarla conjuntamente con dos grandes temores: la enfermedad y la muerte. Toma el concepto de representación social de Jodelet (1986) para dar cuenta de cómo estas nuevas representaciones sociales conviven con otro tipo de conocimiento social vigente también en esta época: los prejuicios. Siguiendo los desarrollos de Salvarezza, los conceptualiza a partir de la noción psicoanalítica de proyección: si ciertos conocimientos han sido fuertemente afectivizados es porque implican un temor personal frente a algo que no resulta racional. Se los niega y desplaza en el otro, intentando mostrar un discurso racional acerca de la temática. Toma la noción de viejismo y recopila algunos prejuicios naturalizados: la vejez como enfermedad,

que pone en duda las capacidades mentales y la autonomía, y los viejos vistos como niños, entre otros.

Por otro lado, sostiene que en el marco de una sociedad que prioriza los derechos individuales, van surgiendo nuevas formas de enfrentar las vicisitudes de la vida que están centradas en la desinstitucionalización y en la privatización. Estos usos asociados a la autodeterminación son parte de un individualismo que se caracteriza por el hedonismo y el pluralismo, y que pudo separar lo íntimo de lo público. Cambia el rol moralizador del Estado que lleva a una multiplicidad de identidades en cuyo contexto se da la renovación de la noción de edad. El autor toma a Neugarten para dar cuenta de la poca relevancia que tiene la edad en las sociedades contemporáneas y cómo se va produciendo una homogeneización en diferentes aspectos de la vida, al punto que resulta difícil pautar cuándo comienza o cuándo termina una etapa vital. El efecto de estos cambios sociales es que los ciclos de la vida no parecen tan firmes y se autonomizan en relación con las trayectorias personales. Finalmente, realiza un recorrido por la nominación de la vejez (anciano, viejo, tercera edad, segunda mitad de la vida, adultos mayores) atendiendo a su carácter performativo.

En *Identidad y envejecimiento* (2011) indaga cómo se construye la noción de vejez y de qué modo esa concepción modela las identidades. Como ya fue planteado, ubica al concepto de identidad como un eje articulador de la psicología del envejecimiento y la vejez, lo cual implica “describir el modo en que se narra la experiencia del envejecimiento y la vejez” (2011, p. 22). Se propone entonces destacar la perspectiva del sujeto sobre los cambios que ocurren durante esta etapa aun cuando exista un margen de determinación

basado en factores previos de su historia. Afirma que “la identidad concebida como una narrativa posibilita integrar los significados del sí mismo y dotar de sentido a la propia experiencia vital ante situaciones de interrupción o discordancia, entre el relato de sí y el contexto” (2011, p. 29). Piensa a la identidad en una dimensión contextual, que incide en la representación del sí mismo, y en una temporalidad que obtiene su continuidad de las narrativas que le otorgan coherencia a las interrupciones biológicas, psicológicas y sociales que se suceden a lo largo de la vida.

Con el fin de subrayar la imbricación entre construcción de identidad en la vejez y significados sociales, hace un análisis que pone en evidencia cómo los sistemas sociales preceden al sujeto y le brindan un rol y un estatus. La identidad, entonces, es pensada como una “interfase entre una definición del sujeto enunciado por predicados sociales y predicados singulares” (2011, p. 50). Puntualiza una serie de perspectivas y significados que actualmente tienen un alto nivel de incidencia en la construcción de modelos de vejez. Dentro de ellas ubica la perspectiva de edad, de género, de cohorte, de clase social, etnia y nivel de educación, y entre los significados menciona la enfermedad en la vejez, la significación dada a la erótica, los significados de la productividad y la autonomía, los significados psicológicos del sujeto envejecido, la representación de la actividad en la vejez. Esta sobredeterminación de la identidad del sujeto que envejece, si bien produce efectos concretos en la autopercepción y en el modo de conducirse de los envejecentes —e incluso en el desenvolvimiento cognitivo, tal como lo demuestran una serie de investigaciones que el autor menciona—, no impide que, si media una toma de conciencia por parte del sujeto de este proceso de “aminoramiento social”, puede subvertir el orden de las cosas.

En *Hacia un buen envejecer* (2008a) Zarebski sostiene que la pregunta por a quién llamamos viejos tiene un carácter reciente tanto en el ámbito popular como académico. Con anterioridad a esta pregunta la categorización era más rígida, en tanto tenía a la edad como principal ordenador, y la entendía como causa de las diversas limitaciones biológicas y sociales. A la vez, la denominación “anciano” indicaba cierto respeto hacia quien se constituía como un acervo de experiencia y ocupaba mayormente una posición de reposo. En esta denominación había también menos margen para incluir los diversos modos de envejecer. La autora sostiene que, a medida que las diversas disciplinas fueron tomando a la vejez como objeto de estudio, esto fue transformándose y dando lugar a la idea de que cada cultura y aparato psíquico tiene su propio modo de envejecimiento, lo que generó diversos modos de nombrar a esta etapa: senescente, senilidad, gente mayor, adultos mayores, viejos-jóvenes, viejos-viejos. De esta manera las vejeces se diversifican.

Según Petriz (2002a), las transformaciones propias del envejecimiento serán elaboradas por el adulto mayor de acuerdo a la propia historia pero también en función de las representaciones sociales. La autora plantea que intervienen en este proceso los modos particulares en que cada sociedad y cada tiempo significan a la vejez a través de las expectativas, la imagen que devuelven y los ideales y los valores que sostienen. En diversos escritos (Petriz, 2006; 2007; 2008/2009) retoma los desarrollos de Castoriadis, y sostiene que en la actualidad nos encontramos frente a una crisis del proceso identificador, que encuentra su origen en el hecho de que ya no disponemos de una teoría universal de la sociedad. Esta crisis recae sobre todo en las generaciones más vulnerables, es decir, aquellas que están realizando sus propios procesos

de transformación psíquica, pero que además están excluidas de las instancias decisorias. Según la autora (2004) las representaciones sociales actuales sobre el envejecimiento constituyen nuevas actitudes, pensamientos, formas de comunicación y de autopercepción. Esta transformación está signada por el desdibujamiento de la edad como parámetro, lo que da lugar a una nueva cultura comandada por el placer. Tal aspiración trae aparejada la valoración de la calidad de vida, ligada al bienestar, la recreación, el cuidado de la imagen, la conservación de la lucidez.

Por otro lado, da cuenta de que las representaciones de sí que construyen los adultos mayores en la actualidad entran en tensión con las representaciones de sus abuelos y antecesores. Estas diferencias se plasman en diversas facetas, como la imagen de sí, los modos de relación entre pares y las relaciones intergeneracionales. A diferencia de otros modelos de vejez, en la actualidad se promueve el estar activo, ocupado, disfrutar del tiempo libre, etc. Estas transformaciones llevan a los mayores a implementar otras estrategias en las cuales, ante la falta de referentes identificatorios válidos, cada uno ocupa ese lugar y se ofrece como referente de sus pares, del mismo modo que el par cumple recíprocamente esa función. Por último, la autora formula una serie de reflexiones acerca de la representación de las mujeres mayores en las sociedades occidentales (Petritz y Yuni, 1998), tomando como marco de referencia la gerontología feminista y su conceptualización de la doble invisibilidad de las adultas mayores, por su condición de mujeres y de envejecentes. Propone una relación posible entre la representación occidental de la mujer envejecente y una mayor participación de mujeres que de hombres en los programas educativos para adultos mayores,

lo cual supone un entrelazamiento entre la significación social de lo femenino y el proyecto personal.

“es en el ejercicio de las funciones tradicionales, en la adquisición o la pérdida de nuevos roles ligados a las funciones, al maternaje, de crianza o de compañera, que las mujeres advierten su nueva condición de mujeres mayores. Y es la movilidad de aquellas funciones, es decir, en la adquisición activa, como elaboración productiva-reproductiva, la que opera tal vez como sustento de su búsqueda en el campo del conocimiento” (Petritz y Yuni, 1998, p. 76).

Las marcas de género, internalizadas en el proceso de socialización, son pensadas, entonces, como determinantes en la motivación académica en las mujeres adultas mayores.

Vínculos y relaciones sociales

Este aspecto es frecuentemente abordado por la bibliografía local. La mayoría de los autores hacen referencia a diferentes aspectos del universo vincular ya sea en lo macrosocial —es decir, en relación con el lugar del viejo en las distintas esferas de la sociedad—, como en lo microsocia —entendido como los vínculos del adulto mayor con aquellos otros cercanos del ámbito familiar o con los pares—. Los diferentes planteos al respecto están en íntima relación con aspectos abordados en otros apartados. Aquí haremos mención a aquellos desarrollos de los autores que hacen explícita alusión a este segundo nivel relacional desde la perspectiva de la psicología.

Rolla (1991) dedica todo un capítulo de su libro a caracterizar la relación del senescente con su grupo familiar, el cual se vuelve particularmente significativo por la declinación de la participación en otros grupos. En el hombre longevo se incrementa la dependencia, concebida "... como la posibilidad de obtener un tipo de comunicación interpersonal que signifique... una realimentación de los sistemas de defensa... con los cuales el sujeto mantiene en un nivel narcisísticamente aceptable su sentimiento de identidad, de existencia en el mundo" (1991, p. 120). Si bien se dan diferencias en el modo de actuar y vivir esta etapa entre los longevos de ámbitos rurales y urbanos y entre hombres y mujeres, lo que resulta relevante para este sentimiento de seguridad es que en el seno del grupo familiar se constata que es posible aportar iniciativas y que aún se es creativo. Esto operaría como garantía de un buen envejecer. De acuerdo con el autor, el buen mantenimiento de las relaciones interpersonales depende en gran medida de qué tanto el senescente entienda que debe "inventar" conductas estructurantes en sus grupos.

En relación con el vínculo vejez-vida social, García Pintos (1993) plantea que las características de la vida social del anciano pueden constituir un factor predisponente a la depresión. Subraya el desconocimiento y el olvido de la sociedad moderna para con los ancianos, y cómo esto ha dado lugar a una brecha generacional que lleva a jóvenes y viejos a habitar en mundos separados. Al igual que Rolla, sostiene que los ancianos están relegados de la vida comunitaria, viven mal y no participan de la dinámica social. Ante este panorama recomienda una reflexión tanto sobre la actitud de la sociedad hacia el viejo, como la del viejo hacia la sociedad, repasando los prejuicios que la atraviesan y las consecuencias que acarrearán. Propone finalmente que todos debemos

preocuparnos por rescatar el rol, el estatus y la importancia del anciano, y enfatiza la relevancia de acabar con los prejuicios y reconocer los derechos y potencialidades de todas las personas sin tener en cuenta su edad, lucha en la cual los ancianos deben ser protagonistas.

Iacub (2001) da cuenta de diversas esferas relativas al adulto mayor y sus relaciones con otros. A partir de su experiencia con un grupo de recreación y voluntariado, despliega un panorama muy diferente del que plantean los autores antes mencionados. Teoriza acerca del valor que adquieren los espacios grupales constituidos por los adultos mayores en relación con la autoestima y la sociabilidad. Estos nuevos espacios grupales tienen que ver con tres causas fundamentales: la aparición de la jubilación, los cambios familiares (en cuanto a lo habitacional así como en relación con el contacto entre generaciones) y la priorización social sobre el individuo. Ante la pérdida de lugares en el ámbito laboral y familiar, estos grupos de pares ofrecen la posibilidad de encontrar "... un lugar para vivir... un lugar ... de encuentros y desencuentros... porque un lugar es vivir con otro, con alguien al cual le hacemos falta, le generamos emociones, expectativas..." (2001, p. 84). En *Erótica y vejez. Perspectivas desde Occidente* (2006) propone que las agrupaciones de mayores en espacios asociados a la recreación, el turismo y la educación permiten nuevos tipos de sociabilidad y suponen estilos de vida definidos por una ideología denominada del "envejecimiento exitoso, activo o positivo". Su objetivo es la integración y la equiparación de oportunidades para los mayores.

En *Identidad y envejecimiento* (2011) Iacub vuelve a tematizar la importancia del contexto durante el envejecimiento, al poner de relieve cómo la jubilación, los cambios en el interior

de la familia, la pérdida de vínculos significativos, entre otros factores, contribuyen a la falta de inserción social, la carencia de roles específicos y el progresivo aislamiento. Los cambios contextuales tienen incidencia en cómo el envejecente se ve a sí mismo. En este sentido, subraya que los cambios en las representaciones surgidos del discurso sobre el envejecimiento positivo o activo producen prácticas cotidianas que consolidan nuevas identidades, y dan lugar asimismo a espacios novedosos para el desarrollo de los adultos mayores. Estos contextos sociales inmediatos proveen un marco de sostén afectivo y valorativo que impacta directamente en la salud de los sujetos.

Los desarrollos de Zarebski, sin poner tanto énfasis en las pérdidas que pueda conllevar el proceso de envejecer, apuntan mayormente a reflexionar sobre cuáles son los efectos del paso del tiempo en los vínculos intergeneracionales, y la introducción de la abuelidad como función. En *Padres de mis hijos, ¿padre de mis padres?* (2008b) retoma la pregunta de si cuando los padres envejecen, se convierten en hijos de sus hijos, interrogante surgido de la práctica clínica y del análisis de las relaciones familiares. Afirma que esa pregunta está sostenida por el prejuicio según el cual envejecer es transformarse en una persona dependiente, que requiere de la asistencia de un padre/madre a la manera de lo que sucede con los niños. La autora cuestiona esta idea sosteniendo que, del mismo modo que nunca dejaremos de ser padres para nuestros hijos, los abuelos seguirán siendo nuestros padres, independientemente de cuán grandes sean o de cuán crecidos estén sus hijos. Los nuevos modelos de vejez —activa y protagonista de la vida familiar, social y cultural— conllevan el desafío de que el entorno de los adultos mayores adopte frente a ellos una nueva posición. Afirma que los roles en

la familia no son intercambiables: “así como los abuelos no deberían asumir el rol de padres de sus nietos, los padres no deberían asumir tampoco ese rol respecto de sus propios padres, los abuelos” (2008b, p. 165). Incluso en los casos de adultos con patologías severas subraya la importancia de no pensarlos como niños, sino como adultos propiamente tales. La autora destaca que, a pesar de los cambios en la estructura familiar a lo largo de los años —producto del mayor grado de libertad que tanto hombres como mujeres han ganado para la generación de proyectos propios— la red familiar y la solidaridad entre generaciones se mantiene. Existen en la actualidad nuevos modos de acompañamiento y cuidado de los otros que no tienen que ver exclusivamente con la convivencia. Así como los abuelos ya no están disponibles a tiempo completo para el cuidado de sus nietos, los hijos tampoco lo están para atender a sus padres.

En relación con la abuelidad plantea que llegar a abuelo implica solo una de las facetas posibles en la identidad de un adulto mayor. Define a la abuelidad como “... la estructuración psíquica del ser humano ubicado en el orden de las filiaciones en situación trigeneracional personal, familiar y social” (2008a, p. 130); desde este punto de vista no se trata entonces de una problemática exclusiva del envejecer. Al igual que como ocurre con el envejecimiento, la abuelidad también puede presentar modalidades patológicas, que se relacionan con la calidad del narcisismo de la persona y con cómo se hayan ubicado previamente como padres o madres. Para que la abuelidad como función sea posible se requiere que quien ocupe ese lugar haya realizado la operación simbólica de situarse como padre/madre de un padre/madre; es decir, que haya podido dar lugar a que se produzca en su hijo/a la función paterna o materna. El vínculo entre abuelos

y nietos se constituye de manera menos conflictiva y habilita el compartir de sensaciones con un valor afectivo distinto al que se vivió con los propios hijos. Para los abuelos los nietos favorecen la afirmación de la identidad, la continuidad y la trascendencia. Los vínculos familiares sanos permitirán incorporar los aportes de los abuelos no solo como proveedores de cuidados o bienes materiales, sino también como transmisores de la historia familiar. El envejecimiento normal no solamente debería ser definido por los logros que la persona obtenga en su proceso individual de envejecer, sino que además debería incluir la calidad de los vínculos que ha gestado con los suyos.

Petriz también hace alusión a ciertos aspectos relativos a la abuelidad. Como ya fue mencionado, plantea que tiene lugar un nuevo proceso identificatorio, el cual permite al adulto mayor recibir al hijo del hijo desde el rol de abuelo. La función del abuelo es efecto del nacimiento de un hijo del hijo. "Este acto implica una *donación* por parte del abuelo: la de su lugar de padre o madre. Ocupa el lugar de *dador* en la estructura familiar: del que cede o renuncia a un hijo para abrir el intercambio con otros grupos, como testigo y *garante* de la nueva alianza" (Delucca y Petriz, 2002, p. 71). Este proceso puede darse de manera fallida y provocar situaciones de indiscriminación entre los roles de abuelo y de madre o padre, generando modelos identificatorios confusos o paradójales (Delucca y Petriz, 1997).

En el marco de la estructura familiar, entendida como estructurante de la subjetividad, Delucca y Petriz (2002, 1997) inscriben la abuelidad en la dimensión diacrónica de la transmisión, función que cumple la familia junto con las de contención y corte. La transmisión supone la acción de los

portavoces y de los mediadores del macrocontexto que permiten al sujeto inscribirse en un conjunto social más amplio, e inscribir sus valores, ideales y representaciones. Aquí no interviene solamente la pareja parental, en la medida en que la pregunta por el origen involucra también la pregunta por los ascendientes. El eje diacrónico de esta transmisión implica a las generaciones anteriores, lo cual constituye la llamada transmisión transgeneracional. La transmisión incluye tanto lo recordado y puesto en palabras como lo que se olvida, y finalmente lo que nunca fue significado. Aquí las autoras ubican al abuelo como un agente valioso en lo que hace a la posibilidad de los nietos de encontrar el sentido a lo "mudo". Lo cual lleva a pensar la abuelidad como un momento creativo, como una oportunidad para la elaboración de lo no resuelto.

Por otro lado, partiendo del trabajo realizado en el marco del proyecto de investigación "Modalidades actuales del envejecer y proyectos de vida" (2006/2009), la autora refiere que, además de los vínculos familiares, en el proceso identificatorio que se pone en marcha con el envejecimiento van adquiriendo una importancia cada vez mayor las relaciones que los adultos mayores establecen con sus pares. En su búsqueda de espacios que los ayuden a construir una mejor calidad de vida, no priorizan tanto los espacios familiares (a los que igualmente les reconocen su valor), sino los lazos que van generando con amigos y pares. El establecimiento de nuevos vínculos signados por la horizontalidad promueve un lugar nuevo para los adultos mayores, alejado del sitio tradicional que el viejo ocupaba en la cadena productiva o en la familia.

Sexualidad

Adduci (1987) aborda la sexualidad del senescente desde un marco psicoanalítico. Parte de la caracterización freudiana de la sexualidad, y pone de relieve que en determinados momentos de la evolución sexual se produce una atenuación de la pulsión sexual a través de la sublimación, el impulso epistemofílico y la formación reactiva, entre otros mecanismos. Esto resulta relevante para comprender cómo, en un momento determinado de la vida del senescente, se produce un aplastamiento de las pulsiones que puede conducir a equívocos: puede resultar difícil distinguirlo de una incapacidad física, cuando se trataría de un conflicto emocional que ha quedado sin resolución. Denomina “segunda latencia” a este período que atraviesan los presenescentes (entre los 50 y 55 años), que se manifiesta en los hombres como temor al envejecimiento y disminución de la potencia genital, y en la mujer como una atemperación de sus apetitos sexuales. Por otro lado, cuestiona la generalización tanto en el discurso profano como profesional, que caracteriza a la sexualidad de la vejez en términos de persistencia de la tensión libidinal y la disminución de la capacidad orgásmica y de erección. Asimismo, relativiza el efecto que esta disociación podría tener en el desarrollo de tendencias perversas. A partir de viñetas clínicas, subraya cómo los conflictos edípicos persisten dándole forma a las vicisitudes de la sexualidad del senescente y cómo, cuando los afectos se reprimen, la consecuencia puede ser una situación reactiva desplazada hacia otra zona del cuerpo (por ejemplo, la oral-digestiva, lo cual puede llevar a la preocupación por problemas intestinales o digestivos).

Salvarezza (1988) es otro de los autores que aborda la temática de la sexualidad en la vejez. A diferencia de Adduci,

afirma que la moral puritana ha negado la sexualidad del envejecente o la ha connotado en términos de anormalidad. La trama entre este discurso social y el orden imaginario del deseo en cuanto deseo del otro, lleva a un acatamiento de este mandato por parte de los mismos adultos mayores, lo cual incluye la no verbalización de cuestiones relativas a la esfera sexual.

Coherente con su marco psicoanalítico, diferencia genitalidad de sexualidad, para establecer que esta última no tiene límite etario dado que la dialéctica del deseo no se interrumpe nunca. Hace un análisis minucioso de los cambios fisiológicos y fisonómicos y del impacto diferencial que estos tienen en hombres y mujeres, y pone de relieve que será la relación particular establecida con la sexualidad a lo largo de la vida —en la que intervienen la resolución o no de conflictos infantiles, la operación de las identificaciones primarias, la estructura de la personalidad previa, etc.— la que defina el modo de elaborarlos.

Petriz plantea que la sexualidad durante el envejecimiento toma la dimensión de "... un aspecto más que es posible satisfacerlo en el marco de situaciones que exigen resguardo, contención y ganancia afectiva, de lo contrario se desplaza esa libido para emplearla en situaciones, que sin ser de ese orden, den placer al sujeto" (Petriz, 2002a, p. 24). Si bien no se trata de que la sexualidad genital desaparezca, en las situaciones en las que el encuentro sexual presente exigencias, la ternura y la cordialidad vendrían a tomar el lugar de una genitalidad que ya no es un organizador central. En *Hacia un buen envejecer* (2008a), Zarebski no habla específicamente de las particularidades de la sexualidad durante el envejecimiento, sino más bien de los avatares en las posiciones

masculinas y femeninas y cómo se van transformando a lo largo del tiempo. Sostiene que femenino y masculino constituyen modos de posicionarse ante el deseo, y entiende a este, al igual que Salvarezza, como atemporal y presente en el sujeto hasta su muerte. Los avatares del deseo nos confrontan con condicionamientos biológicos y sociales que introducen las marcas de la temporalidad y generan interrogantes en el deseo y la identidad del sujeto. En este sentido, la vejez puede ser un momento promisorio para replantearse satisfacciones e insatisfacciones y revisar deseos. La maleabilidad, la no fijeza, la flexibilidad permitirán que la libido siga circulando, desplegada en diversas cuestiones, prologando y complementando la productividad amorosa.

Propone, como en otros aspectos del envejecimiento, una sexualidad posible a partir de que el sujeto elabore de manera anticipada que esta no se reduce a la genitalidad, de modo que pueda evitar caer en la desesperación por el desempeño y en comparaciones con el rendimiento de los más jóvenes. En nuestro medio, quien ha tematizado de manera extensa la sexualidad en la vejez ha sido Iacub. En *Proyectar la vida. El desafío de los mayores* (2001) plantea que, en los últimos decenios, en el marco de una serie de cambios observados en el modo en que viven los adultos mayores, sus cuerpos comienzan a ser considerados como un territorio de deseos que puede combinar belleza y erotismo. Si bien los cánones estético-eróticos no se han modificado demasiado, sí se observan movimientos ligados a interacciones afectivas entre los mayores a través de las cuales empiezan a ser más deseables eróticamente y más bellos, y se incluyen en circuitos menos connotados por la prohibición. Según el autor, surgen nuevas representaciones sociales en el marco de una sociedad que, si bien es contradictoria, permite pensar el cuerpo

como sede del placer y no solo de la salud o la enfermedad. Esto tiene que ver, por un lado, con la idea de un cuerpo maleable, manipulable en función de haber descubierto su funcionamiento y características, y por otro, con la pérdida de la vigencia de los valores victorianos. Finalmente, "... existe una tendencia más psicologizada, en gran medida heredada del psicoanálisis que ha permitido pensar un cuerpo afectado no sólo por el orden de lo biológico sino por los padecimientos del deseo" (2001, p. 121). Las nuevas tecnologías y los ideales modernos se entrecruzan y ponen en primer plano la autenticidad y el hedonismo, ligados al deseo personal más que al destino pautado desde una naturaleza prefijada.

En *Erótica y vejez* (2006) presenta las diversas miradas acerca del erotismo en la vejez que se sucedieron en la cultura occidental y apunta a pensar la paradoja existente entre una serie de discursos innovadores que incitan y promueven la sexualidad durante el envejecimiento y ciertas limitaciones que aún continúan vigentes respecto a los placeres y al deseo sensual. El autor se pregunta si, más allá de los cambios discursivos que han tenido lugar con respecto a la sexualidad, la perspectiva de la sociedad sobre esta temática se ha transformado. En este sentido existe cierto rechazo general hacia el erotismo en la vejez —del que también da cuenta el desarrollo de Salvarezza—, sostenido por prejuicios que afirman tanto la discapacidad fáctica para lo sexual, como la representación tierna, infantilizada y desensualizada del anciano. Pero, por otro lado, matiza esta idea destacando un nuevo tipo de conocimiento gerontológico que denuncia los viejos modelos de concebir la vejez y funda una nueva conceptualización de la temática que se pretende original, laica y científica. El autor señala que, así como el discurso victoriano ubicaba la imposibilidad, la violencia y la destructividad en

el interior del organismo del viejo, la gerontología halla esos rasgos en el exterior, asociados al mito y al prejuicio social. Así, las limitaciones en la sexualidad cambian de espacio y encuentran en la sociedad aquellas argumentaciones que la impiden o la posibilitan.

El discurso gerontológico promueve la integración y la equiparación de oportunidades para los mayores, y permite el surgimiento de nuevos espacios de participación social en los que es posible el erotismo y el goce sensual, así como cierta habilitación de la belleza. Los espacios de reunión y actividades de adultos mayores facilitan una estética del amor en la vejez, donde el envejecimiento no resulta un estorbo sino un rasgo que permite el encuentro.

Otra de las particularidades señaladas por el autor es el modo de gobierno del cuerpo propio de la posmodernidad. Sostiene que el cuerpo es regulado por medio de diversas intervenciones, con el objetivo de buscar placer. De esta manera se vuelve un proyecto, que carga significaciones asociadas al ideal de juventud. Propone el término sujetos "transetarios" para pensar aquellos casos en los que la edad deja de ser un dato preciso no solo para definir un rol social, sino también la imagen que un individuo debería tener. Ubica la cuestión erótica en el centro de dichas intervenciones y transformaciones sobre el cuerpo, transformaciones que permiten a los sujetos devenir más parecidos a la idea que tienen de sí mismos.

Aspectos cognitivos

En vista del recorte bibliográfico realizado para este capítulo —referido a los libros de autor—, a diferencia de lo que ocurre con otros ejes temáticos, nos encontramos con un acotado número de publicaciones que abordan los aspectos cognitivos de los adultos mayores. En el ámbito local este tema se encuentra mayormente desarrollado en artículos de revistas científicas y, a manera de capítulo, en diversas compilaciones. Por otro lado, gran parte de la bibliografía utilizada como fundamento teórico para las diferentes intervenciones proviene de investigaciones españolas y norteamericanas.

Mercedes Acuña¹³ y Magalí Risiga¹⁴ publicaron en 1997 el libro *Talleres de activación cerebral y entrenamiento de la memoria. Guía para profesionales que trabajan con pacientes añosos*. Allí, impulsadas por la ausencia de desarrollos sobre el tema en nuestro medio y en diálogo con los aportes de la neurofisiología, se proponen realizar una contribución al campo de la estimulación cognitiva estableciendo una serie de puntualizaciones teóricas en las que basan la propuesta, fundamentalmente apuntalada en el concepto de neuroplasticidad. Para las autoras, las funciones cognitivas no actúan de manera aislada, sino que la memoria, la percepción, la atención y la imaginación están estrechamente relacionadas. En el envejecimiento normal no se producen necesariamente pérdidas cognitivas significativas, y el declive de la memoria presenta diferencias entre los sujetos en la medida en que

13 Psicóloga, integrante del equipo de profesionales del CEPAD (Centro Psicogerátrico Asistencial y Docente).

14 Terapeuta ocupacional, integrante del equipo de profesionales del CEPAD (Centro Psicogerátrico Asistencial y Docente).

todas las personas envejecen de manera diferente. En general se preservan el vocabulario, la fonología, la sintaxis, el lenguaje escrito, la organización visual y la memoria implícita y pueden debilitarse la agudeza sensorial, la sensibilidad cenestésica y táctil, la rapidez de reacción, la eficacia en estrategias de organización semántica, las aptitudes visoconstructivas, la atención múltiple, la retención de nombres y el procesamiento y codificación de la memoria a largo plazo. Las autoras enumeran los factores que interfieren en la memoria —la depresión, la ansiedad, el estrés, el aislamiento, la falta de confianza en sí, el uso de psicofármacos, el consumo de alcohol, tabaco y drogas— y proponen una serie de condiciones para el buen funcionamiento mnémico, como la integridad del sistema nervioso, el buen estado físico, la buena calidad del poder de atención, las posibilidades cognitivas de organización y de juicio, un entorno rico en estímulos y afecto, y la motivación.

Dado que la memoria resulta ser el foco de mayor preocupación para los adultos mayores, Acuña y Risiga (1997) desarrollan su concepción acerca de la misma. La conciben como la capacidad de registrar la información, fijarla y restituirla y proponen una clasificación de los diferentes tipos de memoria que recupera desarrollos del cognitivismo de Atkinson y Shiffrin (1968): la memoria sensorial, la memoria a corto plazo o de trabajo y la memoria a largo plazo o secundaria. Asimismo establecen los tipos de memoria en función del contenido del recuerdo, lo cual incluye la memoria explícita o declarativa, que comprende a su vez las memorias episódica y semántica, y la memoria implícita o de procedimiento.

Finalmente, presentan un modelo psicológico del funcionamiento de la memoria inspirado en los desarrollos de Israël (1988),

el cual supone la sucesión de tres fases —recepción de la información, consolidación o fijación de datos y retención o almacenamiento—, que ponen en juego a su vez funciones diferentes, como el registro, la fijación, la conservación y la evocación, respectivamente.

Otro de los materiales bibliográficos de producción local es el libro *Quejas de Memoria y deterioro cognitivo leve* (2009), de Carlos D. Mías¹⁵. El autor analiza el valor de las quejas subjetivas de memoria (QSM) en cuanto constituyen un síntoma inicial que puede corresponder a un espectro muy amplio de posibilidades, entre las cuales se encuentran el deterioro cognitivo leve (DCL). También repasa diversas investigaciones de carácter exploratorio sobre el tema y realiza un recorrido bibliográfico con el objetivo de precisar el concepto de DCL y caracterizar cognitiva y psicológicamente el envejecimiento normal.

Mías define a la memoria como una función de organización sistémica que implica diversos subprocesos cognitivos sustentados en diferentes redes y bases neurales. Da cuenta de que existen diversos modos de clasificación de los distintos aspectos de la memoria, y se basa para sus trabajos en una perspectiva neuropsicológica que sostiene la misma clasificación funcional de la memoria que Acuña y Risiga.

Para Mías, de manera similar a lo que plantean las autoras mencionadas, durante la edad adulta se produce cierto declive natural de algunas funciones cognitivas (capacidad de codificar, retener y evocar información nueva, habilidades

15 Licenciado en Psicología, doctor en Ciencias de la Salud y profesor de la Facultad de Psicología de la UNC.

sensoespaciales y la velocidad de procesamiento). También puede producirse una disminución en el recuerdo de detalles y en la memoria no verbal, y un procesamiento de información para el juicio verbal más superficial. Respecto de estas transformaciones, afirma que hay autores que sostienen la importancia de la vigilancia sobre las mismas, mientras otros postulan que este declive no implica deterioro ni disminución significativa de habilidades, capacidad de aprendizaje y de resolución de problemas y adaptación a la vida diaria.

Otras de las características del declive cognitivo destacadas por el autor son las quejas de memoria frecuentes que recaen sobre dificultades como evocar nombres, números de teléfono, lugares donde se dejan las cosas, reconocer caras, retener pequeños mensajes, etc. Estos olvidos —calificados como benignos— si bien pueden ser frecuentes, no logran afectar la vida cotidiana. Pueden deberse a la falta de estimulación mental, de renovación de estrategias de recuerdo y/o de atención a las actividades automáticas; a interferencias cognitivas por rumiación mental, ansiedad o depresión, problemas de comprensión verbal, incremento de las exigencias, tareas simultáneas, etc. Sin embargo, el límite entre estos olvidos y aquellos que puedan significar cierto deterioro es todavía difuso.

Desde una perspectiva psicológica, el autor sostiene que con el envejecimiento se produce una mayor rigidez de pensamiento con apego al conservadurismo y a la prudencia excesiva, conducta egocéntrica y de oposición, obsesividad, suspicacia, desconfianza y ritualización. Se observa además la idealización del pasado, la aparición de miedos irracionales y la tendencia a la repetición. Algunas de las particularidades del envejecimiento son atribuidas, por ejemplo, a

la jubilación, que puede generar falta de reconocimiento y de refuerzo de la identidad, reducción de las exigencias, pérdidas afectivas y un progresivo aislamiento. Teniendo en cuenta esto y las diversas consecuencias que acarrea, el autor sostiene que es probable que las quejas subjetivas de memoria refieran más a un estado psicológico que a un deterioro.

En función de la revisión teórica y las investigaciones desarrolladas, Mías formula una serie de conclusiones. La disminución de la memoria y la sociabilidad son dos aspectos sensibles en el proceso de envejecimiento que requieren de cierta vigilancia; sin embargo, algunas alteraciones del estado de ánimo —como por ejemplo la depresión— no excluyen la presencia de un deterioro de la memoria. En relación con la presentación del deterioro cognitivo leve, afirma que no existe relación entre este y los antecedentes familiares de demencia o algunas formas de deterioro funcional con compromiso de la memoria. Sitúa los 65 años como el período en el cual se produce una disminución significativa de la memoria, pero asevera que no hay grandes diferencias entre los 50-65 y los 65-80 años.

En cuanto a las quejas subjetivas de memoria, sostiene que estas se presentan tanto en personas “cognitivamente normales” como con deterioro, independientemente de la edad o del nivel de instrucción. De esto se desprende que no pueda establecerse una correlación entre las QSM y la *performance* objetiva en diversas pruebas neuropsicológicas. Por otro lado, en los sujetos sin deterioro, las quejas cognitivas de memoria suelen asociarse a estados de depresión. Entre las quejas de memoria, las que sugieren un mayor riesgo de deterioro son olvidar nombres de personas bien conocidas así como el significado de palabras sabidas. Por último, ubica

el nivel de instrucción y el mayor número de hijos (puesto que los familiares constituyen una fuente de estimulación cognitivo-afectiva) como factores protectores de la normalidad cognitiva.

Un aporte novedoso del autor es su propuesta de generar “conciencia cognitiva” en la población como elemento preventivo, lo cual supone la realización de un chequeo de la memoria del mismo modo que se hacen otros controles de salud. También subraya que las actividades que implican el aprendizaje de nuevas habilidades y conocimientos (idiomas, instrumentos musicales, oficios, teatro, actividades lúdicas) constituyen hábitos protectores, como también las actividades que pongan en juego el uso del lenguaje (lectura, escritura, conversación, juegos de palabras). En relación con los talleres de estimulación de la memoria, sostiene que su objetivo principal es adquirir nuevas estrategias de memoria que compensen, prevengan o mejoren los fallos de la memoria en personas mayores, y destaca la importancia de la interacción con el medio social.

Psicopatología e intervenciones terapéuticas

En este apartado se aborda un eje temático ampliamente desarrollado por los autores locales. Esta preponderancia por sobre el resto de las problemáticas trabajadas en el capítulo podría vincularse con la inclinación histórica hacia la atención clínica y su formalización teórica del campo profesional psicológico en nuestro medio (Talak y Courel, 2001). A lo largo del mismo se focalizará, correlativamente, tanto en la descripción de las diversas patologías y sus explicaciones causales como en las intervenciones propuestas por los distintos autores.

El primero con el que nos encontramos es Adduci (1987), quien examina la aplicación del psicoanálisis en pacientes senescentes haciendo alusión a diferentes aspectos del tratamiento, entre ellos la entrevista, para la que propone un sofisticado modelo de sistematización de información, la transferencia, la contratransferencia y los abordajes grupales. Asimismo, hace una serie de puntualizaciones relativas a los cuadros psicopatológicos en la vejez, como los estados depresivos y los trastornos del dormir.

En relación con la aplicabilidad del psicoanálisis en pacientes de edad avanzada, plantea que, a pesar de las advertencias freudianas relativas a la dificultad de llevarlo adelante, los estudios clínicos han permitido clarificar el panorama de las enfermedades mentales en la vejez y constatar que los estados que anteriormente eran atribuidos a cambios propios de la senectud en realidad se observan en épocas anteriores de la vida. Esto ha habilitado la indicación de tratamientos, entre ellos el psicoanalítico. Establece los cuadros clínicos abordables psicoanalíticamente y excluye los síndromes arterioescleróticos y seniles crónicos, pues en estos casos el tratamiento debe ser sintomático y paliativo. Enumera los motivos más frecuentes que llevan a la consulta: la depresión, la angustia grave, la elaboración de duelos, los temores ante el enfrentamiento de esta etapa de la vida y a contraer enfermedades. En el marco de este tipo de tratamiento, ocupa un lugar privilegiado la transferencia, la cual no adquiere matices singulares y es conceptualizada por el autor atendiendo a las coordenadas teóricas freudianas. En cualquier caso, la relación entre transferencia y reminiscencia implicaría cierta singularidad en el paciente senescente, en la medida en que "... buena parte de su... relato está formado por reminiscencias... el paciente hace referencia a nombres y... lugares

como si fueran familiares con el analista, quien se siente incluido en el relato como si la situación fuera de vivencia contemporánea” (1987, p. 129). Esto se vincula con el carácter compensatorio que tienen las reminiscencias frente a los cambios de la etapa del envejecimiento. A su vez, en el analista de pacientes de edad avanzada, la contratransferencia remueve sus temores al envejecimiento, la invalidez y la muerte. El autor recomienda, entonces, el análisis personal como un medio para evitar los sentimientos agresivos y de rechazo o las formas reactivas de comprensión excesiva que la contratransferencia puede generar.

Finalmente, propone los abordajes grupales como un recurso valioso para el tratamiento dado que promueven el surgimiento de identificaciones que aumentan el umbral de tolerancia individual a la ansiedad, lo cual favorece el análisis de situaciones límites.

En cuanto a los cuadros psicopatológicos, el estado depresivo es descrito como un “síntoma complejo” que puede tener diferentes orígenes (endógeno, psiconeurótico, reactivo o mixto) y que está caracterizado por el humor triste, la inhibición y el dolor moral, y acompañarse de manifestaciones somáticas que incluso oculten el cuadro. Señala a las depresiones propias de la senescencia como aquellas que se asocian con un sentimiento de rechazo vinculado al retiro forzoso y al retraimiento social. Estas depresiones se apoyan en las identificaciones más primarias, relacionadas con el narcisismo primitivo y la simbiosis. Se apoya aquí en los desarrollos de Bleger (1963) respecto de la parte psicótica de la personalidad, remanente de la más temprana organización de la misma, para sugerir como indicación terapéutica la intervención en este núcleo de modo que se promueva

la discriminación. Retoma las conceptualizaciones de Freud (1917) sobre el duelo y la melancolía, y afirma que en los pacientes de edad avanzada las depresiones son generalmente de tipo melancólico por la ligazón con identificaciones primarias próximas a la posición simbiótica. De modo que la personalidad adulta se ve empobrecida por estar privada de la energía invertida en las viejas estructuras identificatorias. En este aspecto, reconoce una afinidad conceptual con los desarrollos de Rolla.

Respecto de las perturbaciones del dormir, subraya que constituyen un síntoma vinculado en general con una situación conflictiva. No se reconoce aquí una especificidad propia del envejecimiento. En cambio sí resulta específico un tipo de cuadro confusional agudo derivado del insomnio.

A partir de su quehacer clínico, Salvarezza (1988) ha teorizado ampliamente la psicopatología del envejecente, en particular los cuadros depresivos. Siguiendo a Freud y a Bleichmar (1976), conceptualiza las depresiones como duelos patológicos, en cuanto reacción a una situación de pérdida. Desarrolla también la posibilidad de la psicoterapia con viejos, y enumera y cuestiona a referentes teóricos del campo psicoanalítico que reflexionan acerca de la viabilidad de este tipo de tratamientos con pacientes senescentes. Su conclusión general —en la misma línea que Aducci— apunta a considerar posible la psicoterapia en la medida en que la misma está supeditada a la “rigidez defensiva” y no a la edad cronológica. Introduce un dato de interés que consiste en la necesidad de recurrir a interacciones terapéuticas; en este sentido, propone un dispositivo de tratamiento en el que se combinan la psicoterapia, la administración de psicofármacos y la ayuda

familiar. El trabajo con familias en la clínica psicogeriatrica encuentra sus fundamentos en los desarrollos de Freud (1923), en lo relativo a la constitución del superyó, en la clasificación entre familias aglutinadas y esquizoides de Bleger y en la teoría del filicidio de Rascovsky (1973), como también en teorías de la sociología.

Al igual que Aducci y Salvarezza, al hablar de la psicopatología del senescente Rolla (1991) se centra fundamentalmente en la depresión. Como ya fue mencionado, este autor define la senescencia como un período evolutivo relacionado con el aprendizaje. En este sentido, un senescente que ya no puede elaborar su vida psíquica en términos de aprendizaje es un individuo enfermo.

Caracteriza las etapas de la vida como procesos dialécticos en los que la síntesis marca un sentido y preanuncia cómo será la etapa posterior. Es decir que la senescencia se ve afectada por el cúmulo de resoluciones de las etapas previas. Desde una interpretación psicoanalítica, considera a las experiencias decisivas como puntos de fijación hacia donde tienden los movimientos regresivos en las situaciones frustrantes. En el senescente se dan los tres tipos de regresión freudianos ante tales situaciones. Articula estas nociones con la de narcisismo y con la de identificación narcisística negativa, en tanto que las situaciones frustrantes producen una herida narcisista que lleva a reacciones afectivas —entre ellas, la depresión. En el longevo la depresión adquiere formas particulares, pues se producen hasta inhibiciones motoras por efecto de la regresión formal. En estos casos se generan defensas —como las racionalizaciones y la proyección de los propios sentimientos agresivos—, lo cual lleva a una comunicación paranoide que favorece la segregación por parte del entorno.

Rolla realiza un análisis de estas conceptualizaciones (identificación narcisista, reminiscencia, depresión) utilizando viñetas clínicas y plantea que los senescentes tienen características particulares debido a que, ante una realidad que ha sido muy cambiante, han tenido que implementar dinámicas mentales basadas en la represión, la escisión, la disociación y la renegación. Propone, entonces, considerar la psicopatología teniendo en cuenta la organización de la personalidad, singular en cada caso, pero incluye tres características típicas de la edad avanzada: la pérdida de capacidades físicas, de la posición social y de la posición familiar activas. Si hay una dinámica defensiva no bien constituida por fallas en las etapas previas, el senescente difícilmente se adapte a esta nueva realidad. La estrategia terapéutica debe establecerse, entonces, a partir del diagnóstico de los problemas del sujeto a lo largo de su desarrollo evolutivo, desde la concepción hasta la actualidad. Si bien el eje de la psicopatología es la organización singular de la personalidad, considera que los aspectos propios de la vejez ya mencionados —el incremento de la autoobservación, la sobreestimación de los cambios corporales y de los cambios en las capacidades de acción— sumados a una organización narcisística negativa previa, son el fundamento de una de las patologías más corrientes entre los senescentes: la depresión.

Rolla también formula algunas puntualizaciones referidas a la psicosis. En el marco de este desarrollo afirma que toda la psicopatología del senescente deviene relacionada con el enfrentamiento con la muerte. La paranoia puede presentarse por efecto del acrecentamiento de la reacción afectiva depresiva ante el sentimiento de minusvalía, lo cual involucra la exageración de funciones proyectivas de modo que los desplazamientos toman la forma de adjudicaciones de sentimientos agresivos.

Al igual que Salvarezza, piensa la intervención terapéutica como multidimensional: debe incluir a la familia y contemplar la incorporación del paciente en una comunidad terapéutica donde pueda realizar terapia ocupacional y grupal. El autor también efectúa una serie de puntualizaciones relativas al abordaje terapéutico grupal, el cual es considerado como la técnica preventiva más eficaz para evitar un despliegue sin control de ansiedades. Asimismo, recomienda la creación de "Clubes sociales terapéuticos" que continúen la obra de la psicoterapia y de la comunidad terapéutica. Estos serían espacios de educación de los adultos sobre el significado de envejecer, desde una perspectiva profiláctica.

García Pintos sostiene que el alargamiento del ciclo vital ha dado lugar a un amplio panorama de nuevas manifestaciones psicopatológicas en la vejez, y motivado el desarrollo de la geriatría, la gerontología, la psicogerontología y la gerontopsiquiatría. En un primer momento las respuestas terapéuticas eran mayormente farmacológicas, aunque luego se ampliaron a nuevas intervenciones. En este contexto el estudio de las depresiones en la vejez también se fue transformando, ya que en el inicio eran consideradas como un estado propio y normal del envejecimiento o bien como un destino insalvable del hombre en su devenir.

En *El círculo de la vejez* (1993) se dedica al estudio de la depresión y la entiende como una manifestación psicopatológica que puede presentarse en la vejez con características singulares. Ubica las presentaciones vinculadas a los cuadros depresivos dentro de lo que denomina "neurosis de los viejos", para diferenciarlas de las demandas asociadas a cuadros demenciales. El estudio y tratamiento de estos últimos ha tenido, según el autor, una presencia mucho mayor dentro

del campo psicogerontológico. Destaca que las depresiones que aparecen en edades tardías no deben ser consideradas como propias del proceso deficitario de la ancianidad, sino que pueden presentarse al igual que en cualquier otra etapa del desarrollo

El autor sostiene que la sintomatología clásica de la depresión se observa en cuatro dominios principales: afectivo (llanto, tristeza, etc.); cognitivo (disminución de la capacidad/rendimiento, trastornos de la memoria, etc.); somático (diversos trastornos orgánicos, cardíacos, pulmonares, hepáticos, etc.) y social (pérdida del estatus comunitario, soledad, problemas relacionados a la jubilación). Esta sintomatología se produce como resultado de las diversas pérdidas que pueden tener lugar durante la vejez, entre las que se destacan la declinación física, las alteraciones de la salud, la pérdida del cónyuge y la pérdida del estatus laboral. Sin embargo, solo una pequeña proporción de adultos mayores presentan los síntomas clínicos que asume la depresión en los jóvenes, y en estos casos, pueden ubicarse dentro de estados neuróticos previos. Es posible reconocer particularidades en las manifestaciones patológicas de hombres y mujeres, aunque en ambos prevalece el temor de encontrarse desvalidos, solos, marginados y dependientes.

La primera tarea esencial es el establecimiento de un diagnóstico correcto, teniendo en cuenta que no debe constituir una explicación ligera sobre los cambios emocionales asociados a la edad. En las depresiones de los mayores, los síntomas somáticos son predominantes, lo cual puede producir dificultades para establecer un diagnóstico diferencial. En este sentido, también es importante diferenciar el cuadro depresivo propio de la vejez de una depresión endógena que se

mantuvo en estado de latencia, una demencia orgánica incipiente o un proceso demencial de Alzheimer. De estas particularidades se desprende que el diagnóstico de depresión en la vejez requiere de consideraciones específicas: examen clínico exhaustivo, evaluación histórica del paciente, evaluación de la historia familiar atendiendo a los antecedentes de demencia o cuadros maníaco-depresivos, test psicológicos, examen psiquiátrico y examen neurológico. La técnica recomendada por el autor para este proceso diagnóstico es la entrevista semidirigida, por sobre el uso de test.

Finalmente, Zarebski (2008b) propone pensar la dimensión de lo normal y lo patológico en la vejez tomando como centrales la noción de narcisismo y personalidad, y sumar al análisis de estos conceptos el de *resiliencia*. De esta manera describe diversas características de la personalidad que, más allá de las condiciones sociales o biológicas, vuelven más vulnerable a una persona frente al proceso de envejecimiento. Entre estas condiciones ubica la carencia de vínculos tempranos que proporcionen seguridad; diversos sucesos del envejecer que puedan ser vividos como traumáticos; las modalidades patológicas de apego a los objetos como intento de llenar el vacío; los vínculos dependientes; la existencia de un único sostén; los duelos no elaborados, la posición que los sujetos tomen frente a las pérdidas; la carencia de red de apoyo familiar o social; el achatamiento del mundo psíquico; la tendencia a la descarga en el cuerpo; el empobrecimiento imaginario-simbólico y emocional. Es importante aclarar que estas dificultades no son privativas de la vejez, sino que pueden presentarse a lo largo de todo el curso de la vida.

Los motivos de consulta en el campo de la salud mental y los abordajes terapéuticos se han ido transformando en la medida

en que se presta cada vez más atención a las señales tempranas de malestar. La autora agrupa los principales en diversos campos: los relativos al cuerpo y sus transformaciones; a los vínculos; a los duelos y a los factores socioeconómicos. Señala que el motivo que con más frecuencia es llevado a la consulta es la preocupación por el rendimiento intelectual o cognitivo, y agrega además que esta suele traer aparejadas otras alteraciones como pérdida de la autoestima, sentimiento de inutilidad, retraimiento y hasta depresión.

Los cambios que conlleva el envejecimiento podrán dar lugar a síntomas corporales y a diversas conductas desajustadas. Según la autora, entre los síntomas y signos más frecuentes se encuentra la depresión, pero también existen otros, como los quiebres de la identidad personal y social, la hipocondría, el consumo abusivo de sustancias, los problemas laborales, las conductas maníacas o extravagantes y los problemas conyugales.

Todos estos constituyen factores de riesgo psíquico de envejecimiento patológico, en tanto no permiten el pleno ejercicio de la capacidad de resiliencia, noción central para la autora al momento de pensar lo patológico y lo normal en la vejez. La resiliencia es definida como la capacidad que presentan algunas personas de superar exitosamente situaciones desfavorables. Las sucesivas pérdidas que supone el paso del tiempo implican el desafío de aprender a compensarlas con ganancias, valorando y reforzando lo que no se pierde. Esto que no se pierde en la vejez corresponde a la dimensión imaginario-simbólica en la cual se asienta el "acceso a la sabiduría". Lo fundamental en esta etapa es el proyecto de metamorfosis que se propone el yo; de acuerdo a cómo juegue el narcisismo, el sujeto podrá o no soportar los cambios

en aspectos estructurantes de su identidad (imagen, sexualidad, funciones, roles). El logro de la continuidad identitaria a través de los cambios define un envejecimiento normal, en la medida en que un narcisismo normal da al sujeto la flexibilidad que le permite realizar el trabajo de autocuestionamiento que conlleva el envejecer.

En este sentido propone —a diferencia de los autores analizados anteriormente, que hacen hincapié en las intervenciones terapéuticas— la recreación educativa como una de las herramientas para potenciar la actitud de resiliencia, en tanto posibilita que el envejecimiento se integre a un proyecto de vida autónomo, favorece el reconocimiento identificadorio y el trabajo de historización. Es decir que por medio de estas actividades será posible experimentar cambios e ir modificando las expectativas de vida futura y las interpretaciones de la propia historia, lo que permitirá al sujeto reemplazar modos de comportamiento conocidos pero repetitivos, por otros nuevos, funcionales a las condiciones actuales de su existencia.

Otro de los factores destacados por Zarebski es la capacidad o disponibilidad para ir admitiendo gradualmente las limitaciones y transformaciones del envejecer, reflexionando sobre ellas y aprendiendo a compensarlas. Este trabajo preventivo desde la mediana edad permitirá la elaboración gradual de cada uno de los cambios que se van anticipando o que van ocurriendo, y evitará violentas revelaciones. Entre los aspectos sobre los cuales recomienda esta reflexión anticipada se encuentran el análisis de la propia vejez desde la juventud, las características del envejecer, los vínculos intergeneracionales, la finitud y las redes de apoyo.

El ocio

El ocio es otro de los ejes temáticos ampliamente trabajados por los autores, quienes apuntan tanto a reflexionar sobre las particularidades que el mismo va tomando durante el proceso de envejecimiento, como a promover nuevos modos de resignificar el destino del tiempo libre por parte de los adultos mayores. Todos ellos coinciden en vincular el buen aprovechamiento del tiempo libre con la idea de salud o envejecimiento normal, pues esto contrarrestaría pérdidas o factores depresógenos que muchas veces se piensan como propios del envejecimiento.

Rolla (1991) dedica un capítulo de su libro a establecer algunas puntualizaciones referidas al tiempo libre en los envejecentes. A diferencia de la representación del ocio en las etapas previas de la vida, las interpretaciones del tiempo libre para una persona jubilada tienen un sentido de incertidumbre: para algunos puede significar el tiempo para hacer lo que se quiera; para otros, una inundación de vacío. Caracteriza al ocio a partir de una serie de elementos constitutivos, entre otros: antítesis de "trabajo" como función económica, expectativas agradables, mínimo de obligaciones, relación estrecha con valores de la cultura y, fundamentalmente, percepción psicológica de libertad. No existe una imagen ideal del tiempo de ocio: toda o cualquier actividad específica puede ser la base del tiempo de placer.

Al referirse al tiempo de ocio en relación con los roles sociales, subraya que este tiempo libre en el senescente se encuentra marcado por el signo de la desidealización por parte de su entorno, producida por la escasa posibilidad de coordinación motriz y de ubicarse como productor y creador de nuevos

vínculos positivos en el sentido del logro socioeconómico. Según el tipo de personalidad previa, esto puede llevar a que aparezcan sentimientos de frustración, reacciones depresivas, repliegues hacia el ámbito familiar, etc. De acuerdo con el autor, la solución a esto es la creación de clubes especiales para personas de la tercera edad, en los cuales la orientación de personal competente guíe hacia las actividades que sirvan de alivio a la herida narcisística.

Por su parte, García Pintos (1993) define al ocio como el tiempo libre que nos propone la libertad de emplearlo a voluntad en actividades que respondan a los intereses y motivaciones de la persona. Refiere que en diferentes períodos ha sido o bien criticado o bien valorado como un momento de creatividad y crecimiento. En un sentido afín al expresado por Rolla, si bien el ocio en la vejez es, para el autor, una de las pocas cosas que se ansían de esta etapa de la vida, propone pensar que también puede transformarse en una zona desértica y sin vida, imposible de ocupar y aprovechar; un potencial elemento depresógeno. Esto es considerado por el autor como una consecuencia de que el valor y el sentido del ocio han sido transformados por la educación, los hábitos y las presiones del medio ambiente.

En consonancia con su idea de la vejez como crisis, el ocio en esa etapa es visto por el autor como un problema con una doble perspectiva: por un lado, por la dificultad de sincronización del tiempo libre del anciano con el de otros miembros de la comunidad; por otro, porque la ocupación de estos espacios con actividades solitarias o con actividades que la familia o la sociedad proponen no permiten reemplazar la actividad de años anteriores. Destaca la importancia de que las actividades desarrolladas no solo llenen un vacío, sino que

sean significantes y estén al servicio de la adaptación del anciano a su nuevo estatus social. La respuesta responsable al tiempo libre, aquella que da un sentido acorde con el proyecto de vida, es la manera más satisfactoria de transitar los espacios.

Iacub (2001) se refiere al ocio en la vejez no solo como descanso sino como ocupación reposada. Este queda articulado a que la jubilación ha dejado de ser connotada como una condena y está asociada al despliegue de opciones interesantes, tal como lo establecen los dos autores ya mencionados. Para dar cuenta del valor que adquiere el ocio para el envejeciente, relata la experiencia de un grupo de adultos mayores y subraya cómo está presente la posibilidad de vivir el tiempo libre de un modo diferente al de una condena al aburrimiento y a la soledad que venía asociada con la jubilación.

En *Erótica y vejez* (2006) Iacub despliega algunos debates existentes en relación con el uso del tiempo libre en los adultos mayores. Cita diferentes autores para dar cuenta de las controversias que existen sobre esta temática en el campo de la gerontología. Las investigaciones e intervenciones en este campo han intentado superar los esquemas discriminatorios proponiendo para los viejos un estilo de vida "activo" similar al de los jóvenes. La actividad aparece asociada al movimiento físico, a la prosecución de intereses cotidianos y a la participación social, o sea que centraliza diversas propuestas. La teoría gerontológica ha considerado el campo de las actividades posibles en la vejez no solo como un instrumento empírico profesional, sino también como una crítica a las narrativas prejuiciosas sobre esta etapa de la vida, haciendo de ella un nuevo ideal cultural y una nueva racionalidad política. Es interesante el recorte que realiza Iacub de los desarrollos de algunos autores que ven en la construcción de una "ética

de la ocupación” en la jubilación una forma de regulación moral semejante a la ética del trabajo, o también lo que se ha denominado “frenesí de la actividad” en la vejez, que puede enmascarar el vacío de sentido.

De acuerdo con el autor, más allá de las diversas críticas, la idea de actividad halló un espacio fecundo tanto en el campo gerontológico como en la comunidad, que encontró en la ocupación una continuidad con el proyecto vital de trabajo y la percibió como saludable en sí misma durante la vejez. Es decir que frente al fantasma de la dependencia, la enfermedad y la soledad senil, se constituyó un fuerte consenso social sobre la idea de la actividad como polo positivo.

Por su parte, Petriz (1999) sostiene que el tiempo libre plantea al sujeto la cuestión de cómo emplearlo, cuestión que abre la pregunta por el deseo y por los proyectos pendientes. En este camino, las propuestas de aprendizaje son una de las opciones más elegidas por los adultos mayores. Estas actividades permiten conjugar el aprendizaje y el placer, como también la reformulación del proyecto de vida y la construcción de nuevos sentidos sobre el futuro, que ayudan a superar el temor que a veces conlleva la longevidad. Como se verá en el capítulo siguiente, Petriz ubica a las propuestas educativas como oportunidades para superar el riesgo que puede presentar la connotación del tiempo libre como un “plus vacío y por tanto angustioso” (Petriz, 2002b, p. 113). Para la autora el tiempo libre pensado en estos términos puede conducir a las patologías más típicas de la vejez. Por el contrario, puede ser un tiempo de actividad y productividad, de exploración de novedades.

Zarebski (2008) plantea que, por medio del aprovechamiento del tiempo libre, los adultos mayores tienen la oportunidad

de participar en ámbitos que funcionan como potenciales transformadores de la realidad adversa y como protectores de la salud. Estos espacios cumplen con tres principios favorecedores de la resiliencia: facilitar las identificaciones y lograr la cohesión grupal, construir ideales motivadores, expresar emociones y enfrentar realidades hostiles.

Propone que las actividades realizadas en el tiempo libre — cursos, talleres de expresión artística, grupos de reflexión y actividades recreativas— son un medio que permite cumplir con múltiples objetivos. Por un lado, posibilitan compensar aspectos que durante el envejecimiento suelen verse afectados, como el aislamiento, la falta de estímulo cognitivo, el adormecimiento de las potencialidades creativas. Por otro, apuntan a favorecer la educación permanente, fomentar los vínculos, dar acceso a la información, promover la cultura, fortalecer la autoestima y la autosuficiencia, acceder a temas de prevención y calidad de vida, mejorar la inclusión social y contribuir a la autotransformación. Es decir, que estas actividades, pensadas desde una lógica preventiva, tienden a prolongar la longevidad con calidad de vida procurando la mayor autonomía posible para el adulto mayor.

Comentarios finales

El recorrido realizado en este capítulo se ha limitado, como anticipamos, a los libros de autor, de modo que las observaciones vertidas aquí no pueden ser más que parciales. No obstante, pueden considerarse significativas en la medida en que dan cuenta de conceptualizaciones que han forjado las bases teóricas del campo de estudio acerca del envejecimiento en el ámbito local.

Una primera cuestión que surge del análisis es cómo la teorización sobre el envejecimiento se ha desarrollado alrededor de los binomios que han constituido históricamente los ejes problematizados por la disciplina psicológica: los pares mente/cuerpo, naturaleza/cultura, individuo/sociedad, singularidad/universalidad, determinismo/libre albedrío, normalidad/anormalidad, son tematizados por los distintos autores y analizados a partir de articulaciones que dan cuenta de los diferentes marcos teóricos.

Así, por un lado, en la mayoría de las propuestas son connotados como significativos los cambios del cuerpo, en términos de fuente de demandas de un trabajo de elaboración que pone en relación la materialidad corporal con los aspectos psicológicos que caracterizan el envejecimiento. Tal es el caso de las propuestas de Aducci, García Pintos, Salvarezza, Petriz y, en un sentido diferente, Risiga y Acuña, por ejemplo. Por otro lado, se evidencia una tensión entre estos aspectos relativos a la pregnancia que adquiere lo biológico y su imbricación con las representaciones que dominan el escenario social, tal como queda de manifiesto en los desarrollos de Muchinik y Salvarezza, entre otros. Asimismo, son abordados tanto el impacto de estas construcciones colectivas en el modo en que los individuos atraviesan esta etapa, como la relevancia que cobran los vínculos reales y concretos con otros en la esfera microsocial, como es el caso de lo que teorizan Iacub y Zarebski. Se plantean también concepciones relativas a la existencia de aspectos universales propios de la etapa del envejecimiento, lo cual convive con la importancia dada a la singularidad del recorrido vital y vincular que imprime su sello al devenir individual. En cuanto a esto, tanto Rolla como Salvarezza, Petriz y Zarebski establecen constantes que cobrarían forma en el marco de las experiencias singulares. Del mismo modo, para todos los autores es un

tema de interés lo relativo al margen posible de libertad individual respecto de las características que esta etapa de la vida pudiera adquirir en un marco de determinaciones tanto biológicas como socioculturales que operarían como límites. Finalmente, aunque desde perspectivas diferentes, las conceptualizaciones analizadas dan cuenta de diversos modos de interpretar las vicisitudes del envejecimiento en clave de lo saludable y lo no saludable. Este binomio funciona como un criterio clasificatorio que deslinda universos de fenómenos que podrían considerarse normales de aquellos que no lo son. Los desarrollos de Rolla y de Aducci sobre la patología en la vejez y las propuestas relativas al buen envejecer que postulan Zarebski y Mías, por ejemplo, se inscriben en esta área temática.

Por otro lado, algo que hace a la generalidad de las teorizaciones del campo psicológico en nuestro país y que se vuelve notorio luego del análisis de los textos, refiere a la definición de los problemas que han llevado a los diversos planteos conceptuales. Resulta evidente cómo la mayoría de las producciones se incluyen dentro de lo que, siguiendo la caracterización de Alejandro Dagfal, podría llamarse una *disciplina del sentido*:

“Las psicologías llamadas científicas, de corte objetivista, nunca tuvieron en la Argentina el desarrollo que sí alcanzaron en el resto del mundo... En nuestro país... siempre primaron las psicologías centradas en la subjetividad, probablemente en virtud de la fuerte influencia del pensamiento filosófico francés... que ha funcionado como barrera para la implantación de otro tipo de concepciones...” (Dagfal, 2012, p. 23).

Las teorizaciones acerca del envejecente giran fundamentalmente alrededor de la experiencia subjetiva y de las vicisitudes afectivas y emocionales relativas a la significación, el sentido singular que da forma al atravesamiento de la etapa del envejecimiento. Podría pensarse que esto guarda relación con que otras temáticas —por ejemplo, aquellas que aluden a los aspectos cognitivos, asociadas a los declives producto del envejecimiento biológico, y que son generalmente abordadas en otros ámbitos con investigaciones de corte experimental— no hayan sido el aspecto más desarrollado por los autores locales.

Esta característica se vincula estrechamente con el marco teórico desde el cual se piensa el envejecimiento, respecto del que los aportes de García Pintos constituyen una excepción. Si bien pueden reconocerse diferentes filiaciones (kleiniana, freudiana, lacaniana) y perspectivas más o menos heterodoxas, puede identificarse en general una matriz psicoanalítica a partir de la que son interpretados los fenómenos abordados. La pregnancia del psicoanálisis en la psicología argentina ha sido tematizada extensamente por la historiografía local (Vezzetti, 1996; Plotkin, 2003; Dagfal, 2009) y el recorrido efectuado deja ver cómo el desenvolvimiento de la psicología del envejecimiento es un caso más de la hegemonía de este marco conceptual.

Por último, resulta de interés detenerse en el aspecto tecnológico de la psicología. Siguiendo a Foucault, Rose define a la tecnología

“como un conjunto de artes y destrezas que implica la vinculación de pensamientos, afectos, fuerzas, artefactos y técnicas que no solamente

fabrican y manipulan al ser, sino que, fundamentalmente, lo ordenan, lo enmarcan, lo producen, lo hacen pensable como un cierto modo de existencia que debe abordarse de una manera específica” (Rose, 1996, p. 11).

La disciplina psicológica se constituye en una tecnología tanto por el modo en que nomina e instituye las categorías que delimitan determinada realidad, como por sus prácticas concretas de intervención. Respecto de esta última cuestión, puede plantearse que si bien los aportes retomados han permitido, junto con los de otras disciplinas, la construcción de un nuevo paradigma sobre la vejez que ha permitido el cuestionamiento de la visión deficitaria y pasiva largamente sostenida acerca de la misma, consideramos importante advertir sobre la posibilidad de la generación de nuevos ideales de vejez que tengan sobre los sujetos efectos tan aplastantes como los prejuicios que se intenta superar. Podemos observar que a lo largo de los textos se va haciendo presente una paradoja en la que entran en tensión, por un lado, la idea de que existen tantos modos de vejez como sujetos que envejecen; pero, por otro lado, también se sostiene que un buen envejecer o un envejecimiento normal debe ir acompañado de una larga serie de elaboraciones subjetivas, resignificaciones, actividades con pares, adaptaciones a la vida actual, etc. Entendemos esto no como una dificultad propia de los autores trabajados, sino como una particularidad del discurso psicológico que se ha caracterizado en muchas oportunidades por la tendencia a normalizar y estandarizar la conducta y la subjetividad con el fin de poder aprehenderla.

Desde esta perspectiva consideramos que lo más valioso que podemos aportar consiste en subrayar la relevancia de investigar y analizar los nuevos modos de envejecer, en lugar de buscar los resortes que garantizarían un envejecer saludable, apromblemático o exitoso. El desafío consiste en sostener — como investigadores y en nuestra práctica profesional— una perspectiva epistemológica, como también una ética, que permitan dar lugar a los diversos modos de atravesar esta etapa, incluso cuando estos modos se alejen de la lógica del bien o la utilidad. Ello tendría como *leitmotiv* ofrecer una alternativa al efecto de arrasamiento subjetivo que puede advenir cuando, en nombre de diversos universales normalizadores prefijados, se desconoce la real singularidad de cada historia y de cada proyecto de vida.

Bibliografía

Acuña, M. y Risiga, M. (1997). *Talleres de activación cerebral y entrenamiento de la memoria. Guía para profesionales que trabajan con pacientes añosos*. Buenos Aires: Paidós.

Aducci, E. (1987). *Psicoanálisis de la vejez*. Buenos Aires: Kargieman.

Dagfal, A. (2009). *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1945-1966)*. Buenos Aires: Paidós.

Dagfal, A. (2012). Historias de la Psicología en la Argentina (1890-1966). Entre ciencia natural y disciplina del sentido. *Ciencia hoy*, 21(126), 21-25.

Danziger, K. (1979). The social origins of modern psychology. En A. R. Buss (ed.), *Psychology in Social Context* (pp. 27-45). New York: Irvington Publishers.

Delucca N. y Petriz, G. (1997). Estructura familiar: lugar y función del viejo en la familia. Problemas y programas del Adulto Mayor. Centro Interamericano de Estudios de Seguridad Social (CIESS), órgano de docencia, capacitación e investigación de la Conferencia Interamericana de Seguridad Social (CISS) OPS (pp. 9-22).

Delucca, N. y Petriz, G. (2002). La transmisión transgeneracional en la familia: su valor y función en la construcción de la subjetividad. En G. Petriz (Comp.). *Nuevas dimensiones del envejecer. Teorizaciones desde la práctica* (pp. 65-79). La Plata: Edulp.

García Pintos, C. (1993). *El círculo de la vejez. Sobre la psicología normal de la persona que envejece*. Buenos Aires: Almagesto.

Iacub, R. (2001). *Proyectar la vida. El desafío de los mayores*. Buenos Aires: Manantial.

Iacub, R. (2006). *Erótica y vejez. Perspectivas desde occidente*. Buenos Aires: Paidós.

Iacub, R. (2011). *Identidad y envejecimiento*. Buenos Aires: Paidós.

Mías, C. D. (2009). *Quejas de la memoria y deterioro cognitivo leve. Concepto, evaluación, prevención*. Córdoba: Encuentro.

Muchnik, E. (2005). *Envejecer en el siglo XXI*. Buenos Aires: Lugar.

Petriz, G. (1999). La educación de los mayores y la Universidad: propuesta para una realidad. Recuperado de http://www.equiponaya.com.ar/congresos/contenido/3ra_edad/1/10.htm

Petriz, G. (2002a). Proceso de envejecimiento. Transformaciones en la subjetividad. En G. Petriz (Comp.). *Nuevas dimensiones del envejecer. Teorizaciones desde la práctica* (pp. 15-30). La Plata: Edulp.

Petriz, G. (2002b). Educación permanente en la Universidad, evaluación del proceso de enseñanza-aprendizaje. En G. Petriz (Comp.). *Nuevas dimensiones del envejecer. Teorizaciones desde la práctica* (pp. 111-122). La Plata: Edulp.

Petriz, G. (2007). El envejecente en el mundo actual; nuevos interrogantes, viejos problemas. Una mirada desde la psicología. En Yuni, J. (Comp.), *Ver y vivir la ancianidad: hacia el cambio cultural* (pp. 79-90). Buenos Aires: Fundación Navarro Viola.

Petriz, G.; Canal, M. y Bravetti, G. (2009). *Recomposición subjetiva y proyecto futuro en la vejez*. Ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/47612>

Petriz, G., Canal, M., Bravetti, G. y Urtubey, E. (2004). Educación permanente, estrategia para la promoción de salud y reformulación del proyecto personal. *Orientación y sociedad*, 4, 121-130. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-88932004000100007&lng=es&tlng=es

Petriz, G.; Delucca, N.; Canal, M.; Bravetti, G. y Urtubey, E. (2006). Algunos hallazgos en los modos de envejecer en la actualidad. *Actas de las XIII Jornadas de Investigación y Segundo Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur*, Facultad de Psicología, UBA, Buenos Aires, Argentina.

Petriz, G.; Delucca, N.; Canal, M.; Bravetti, G. y Rinaldi, N. (2008/2009). Desafíos actuales del envejecer. *Revista de Psicología*, 10, 187-198. Recuperado de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4406/pr.4406.pdf

Petriz, G. y Yuni, J. (1998). Mujeres mayores en la universidad. Entre mundos deseables y mundos posibles. *Annual Bulletin of the TALIS network. Third Age Learning International Studies*, 8, 73-85.

Plotkin, M. (2003). *Freud en las Pampas*. Buenos Aires: Sudamericana.

Rolla, E. (1991). *Senescencia. Ensayos psicoanalíticos sobre la tercera edad*. Buenos Aires: Galerna.

Rose, N. (1996). A critical history of psychology. Inventing our Selves. Psychology, Power, and Personhood, Chap. 2 (pp. 41-66). Cambridge: Cambridge University Press. [Traducción al castellano de Sandra De Luca y María del Carmen Marchesi (2005): Una historia crítica de la psicología. Cátedra I de Historia de la Psicología. Buenos Aires: Facultad de Psicología, UBA. Recuperado de www.psicologia.historiapsi.com

Salvarezza, L. (1988). *Psicogeriatría. Teoría y clínica*. Buenos Aires: Paidós.

Smith, R. (1997). Preface. Chap. 1: The History of the Human Sciences. En *The Norton History of the Human Sciences* (pp. xv-xviii; 3-34). New York: W. W. Norton.

Talak, A. y Courel, R. (2001). La formación académica y profesional del psicólogo en Argentina. En Toro, J. P. y Villegas J. F. (editores), *Problemas centrales para la formación académica y el entrenamiento profesional del Psicólogo en las Américas* (Vol. I) (pp. 21-83). Buenos Aires: JVE Editores.

Vezzetti, H. (1996). *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichon-Rivière*. Buenos Aires: Paidós

Vezzetti, H. (2007). Historias de la psicología: problemas, funciones y objetivos. *Revista de Historia de la Psicología*, 28(1), 147-166.

Zarebski, G. (1994). *La vejez ¿es una caída?* Buenos Aires: Tekné.

Zarebski, G. (2008a). *Hacia un buen envejecer*. Buenos Aires: Emecé.

Zarebski, G. (2008b). *Padre de mis hijos, ¿padre de mis padres?* Buenos Aires: Paidós.

Referencias bibliográficas secundarias

Atkinson, R. C. y Schiffrin, R. M. (1968). Human memory: a proposed and its control process. En K. W. Spence (Ed), *The psychology of learning and motivation: advancing research and thoery*, Vol. 2 (pp. 89-195). New York: Academic Press.

Bleger, J. (1963). *Psicología de la conducta*. Buenos Aires: Paidós

Bleger, J. (1966). *Psicohigiene y psicología institucional*. Buenos Aires: Paidós

Bleichmar, H. (1976). *La depresión. Un estudio psicoanalítico*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Bromley, D. B. (1966). *The psychology of human aging*. Inglaterra: Pinguin Books.

Butler, R. N. y Lewis M. I. (1982). *Aging and mental health*. St. Lewis: The C. V. Mosby Company.

Ferrero, G. A. (comp.) (1998). *Envejecimiento y vejez, nuevos aportes*. Buenos Aires: Atuel.

Freud, S. (1917 [1915]). Duelo y melancolía. En *Obras completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1923). El yo y el ello. En *Obras completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu.

Israël, L. (1988). *Entraîner sa mémoire*. Paris: Les Édition du centre de Psychologie Appliquée.

Jodelet, D. (1986) La representación social: fenómeno, concepto y teoría. En Moscovici, S. (comp.), *Psicología social II. Pensamiento y vida social, psicología social y problemas sociales*. Barcelona: Paidós.

Neugarten, B. L. (1970). Dynamics of transition of middle age to old age. Adaptation and the life cycle. *Journal of Geriatric Psychiatry*, 1(IV).

Rascovsky, A. (1973). *El filicidio*. Buenos Aires: Paidós.

Salvarezza, L. (comp.) (2000). *La vejez. Una mirada gerontológica actual*. Buenos Aires: Paidós.

Salvarezza, L. (comp) (2001). *El envejecimiento. Psiquis, poder y tiempo*. Buenos Aires. Eudeba.

Viguera V. *La revista Tiempo, el portal de la psicogerontología*, Recuperado de <http://www.psiconet.com/tiempo/>

Zarebski, G. & Knopoff, R. (comp.) (2000). *Viejos nuevos, nuevos viejos*. Buenos Aires: Tekné.

Capítulo 3

Educación y adultos mayores

Débora Di Domizio

Vilma Graciosi

Néstor Hernández

Mónica Suelgaray

Este capítulo es el resultado de la conformación y análisis de un corpus bibliográfico referido al campo de la educación de adultos mayores. Se han seleccionado, sin pretensión de exhaustividad, aquellos trabajos que permiten componer una perspectiva amplia sobre los ejes que vertebran el campo particular de la educación de adultos mayores.

Se ha trabajado sobre autores de habla hispana, muy gravitantes y en la mayoría de los casos consagrados en sus respectivos campos, representantes de países de Latinoamérica y España que se ocupan de la temática influenciados por sus matrices disciplinarias (pedagogía, psicología, filosofía, etc.). La conformación del corpus ha implicado dejar de lado un conjunto de producciones muy valiosas, que por cuestiones de espacio quedaron fuera de la delimitación propuesta.

Existe un amplio consenso bibliográfico en cuanto a que la reflexión sobre el tema y las propuestas educativas no han dejado de crecer y diversificarse desde mediados del siglo pasado, cuando comienzan a visibilizarse los efectos de las profundas transformaciones demográficas producidas por el incremento de la esperanza de vida. Tomando esto en cuenta, es posible observar que buena parte de los autores abordados están vinculados con la docencia en programas universitarios para adultos mayores, y con la investigación en dichas áreas, motivo por el cual la delimitación temporal del corpus es concomitante con la antigüedad de los programas educativos de adultos mayores en Argentina.

Partiendo del supuesto de que el envejecimiento y la vejez son fenómenos socioculturales y como tales están sujetos a

los cambios que operan en las sociedades, puede sostenerse que la constante expansión que ha demostrado la educación de adultos mayores a partir de mediados del siglo pasado ha estado marcada por la lucha de sentidos que se da en el seno de cada sociedad en distintos momentos históricos. En ese orden de ideas, Yuni¹ y Urbano² (2005) afirman que "... la educación de los mayores como práctica social, como instrumento cultural y como un fenómeno organizacional de magnitud, es una realidad que se registra a nivel mundial, desde no hace más de 30 años" (Yuni y Urbano, 2005, p. 18). El trabajo sobre el corpus bibliográfico ha permitido delimitar diferentes enfoques teóricos en la educación de adultos mayores, tanto en función de los supuestos gerontológicos que prefiguran distintos modelos de educación como de las representaciones de "adulto mayor" que configuran nociones de destinatario; en cuanto sujeto-objeto de asistencia, o bien como sujeto político empoderado en el ejercicio pleno de sus derechos.

Teniendo en cuenta esos postulados, se presentan a continuación las distintas conceptualizaciones recogidas sobre educación de adultos mayores, para luego identificar la diversidad de sentidos que esta ha adquirido en esa expansión.

Supuestos gerontológicos y educación de adultos mayores

En el intento de recoger las distintas conceptualizaciones sobre la educación de adultos mayores se revela insoslayable la incidencia que ha tenido la gerontología en el desarrollo de

1 José A. Yuni. Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación, Argentina

2 Claudio A. Urbano. Licenciado en Psicología. Dr. en Ciencias Humanas, Argentina

este campo. Como disciplina encargada de estudiar los cambios que se producen durante el proceso de envejecimiento, la gerontología le aporta a la educación de adultos mayores el conocimiento de las particularidades de esta etapa y su caracterización; así, contribuye a la elaboración de la especificidad de la educación para esta franja etaria y por lo tanto delinea sus objetivos y su utilidad, etc.

Según Yuni y Urbano (2005) las prácticas educativas con adultos mayores y la gerontología se han desarrollado en estrecha relación a partir de la revolución demográfica que significó el rápido envejecimiento de las sociedades desde mediados del siglo XX. Identifican los años 70 como el momento en que comienzan a desplegarse nuevas prácticas educativas “que trascienden los objetivos usuales de alfabetización o post-alfabetización y adoptan una perspectiva marcadamente generacional”, que da como resultado el entrecruzamiento entre la gerontología social y la educación, y sienta las bases para una nueva disciplina, la gerontología educativa (Yuni y Urbano, 2005, p. 27).

Como ejemplo de ese entramado, Yuni señala que la gerontología educativa adopta como contenidos los conocimientos producidos por la gerontología, a la par que “la educación como proceso y como práctica constituye una modalidad de intervención y de generación de conocimientos acerca de los efectos que ella misma produce sobre el proceso de envejecimiento individual y sobre las imágenes culturales sobre la vejez” (Yuni, 1999, p. 27).

Para autores como María del Carmen Zea Herrera³ (2009) y Juan Lirio Castro⁴ (2005), la importancia capital que reviste la consideración de las particularidades de esta etapa de la vida

3 María del Carmen Zea Herrera. Doctora en Psicogerontología, Colombia.

4 Juan Lirio Castro. Doctor en Psicología Escolar y Desarrollo, España.

es lo que justifica desarrollar un tipo de educación específica que atienda las necesidades educativas de esta franja etaria. Según Lirio Castro, el propio proceso de envejecimiento caracterizado por el cambio de roles sociales, modificaciones en el procesamiento de la información, descenso de la funcionalidad y la jubilación, entre otros aspectos, debería ser la base sobre la que se desarrolle la disciplina que se encargue de la educación de personas mayores. Estas particularidades dan sustento a la delimitación de un nuevo campo disciplinario, diferente tanto de la educación de adultos⁵ como de la educación permanente⁶.

A partir de estas consideraciones es posible reconstruir la articulación entre las distintas orientaciones que toma la educación con adultos mayores y las diferentes perspectivas de envejecimiento y vejez.

Aquella visión gerontológica que piensa al envejecimiento como un período de involución, déficits y pérdida de las capacidades justifica un modelo de educación que se presenta como un medio para la ejercitación y el entrenamiento de las capacidades, toda vez que la vejez constituye un problema disfuncional que debe ser corregido. Desde esta perspectiva, el objetivo de la educación queda limitado a compensar el deterioro producido por el envejecimiento y a prevenir los problemas característicos de esta etapa.

5 Entendida por Flecha como aquel proceso organizado de educación dirigido a personas consideradas adultas por la sociedad a la que pertenecen (Yuni y Urbano, 2005, p. 20).

6 Caracterizada por la Conferencia General de la UNESCO en 1977 como un proyecto global dirigido a reestructurar el sistema educativo existente así como a desarrollar todas las posibilidades de formación fuera de este, "lejos de limitarse al período de la escolarización, debe abarcar todas las dimensiones de la vida, todas las ramas del saber y todos los conocimientos prácticos que puedan adquirirse por todos los medios y contribuir a todas las formas de desarrollo de la personalidad" (Yuni y Urbano, 2005, p. 25).

Esta mirada, que postula que ante el advenimiento de la vejez el adulto mayor se enfrenta a la degradación, se encuadra en lo que se dio en llamar el paradigma gerontológico tradicional. Este sostiene un modelo de desarrollo secuencial, en el cual la vida humana avanza por etapas —nacimiento, crecimiento, madurez, declinación y muerte— siguiendo un curso preestablecido de cambios irreversibles y universales de acuerdo con el cual todos los sujetos presentarían el mismo patrón de cambios.

Norma Tamer⁷ (1995) cuestiona este modelo, denominándolo modelo médico-biológico, y puntualiza que si bien ha comenzado a reconocerse la complejidad del proceso implicado en el envejecimiento, la mayoría de los intentos de explicación parten precisamente de fundamentos biológicos y están enmarcados en las teorías biológico-fisiológicas, lo que ubica a la gerontología en el campo de las ciencias médicas. Así, bajo la influencia del modelo médico, la vejez se asimila a enfermedad, deterioro, desgaste, minusvalía y déficit. Frente a esto, la autora contrapone una concepción del desarrollo humano que, partiendo de la dinámica y el devenir de la existencia, valore a la vejez como una etapa más de la vida, con características propias, positivas, potenciables y susceptibles de entrenamiento. En función de ello, establece como objetivo de la educación la búsqueda de óptimos niveles de autorrealización para sostener a los sujetos del envejecimiento integrados al medio en el que se desenvuelven, independientes y útiles a sí mismos y a la sociedad. Se busca que los adultos mayores logren resignificar la vejez y sus posibilidades educativas y puedan superar los mitos y prejuicios —tanto personales como sociales— derivados de una concepción funcionalista de la vejez. En definitiva, Tamer sostiene que

7 Norma L. Tamer. Doctora en Educación, Argentina.

la educación en la vejez conduce a aprender a envejecer dignamente, a vivir como persona humana en plenitud en cada momento de la vida a lo largo de la existencia.

De todas maneras, el modelo médico por el cual la vejez y el envejecimiento mismo es considerado un proceso de deterioro más o menos generalizado, no deja de hacer sentir su pregnancia más allá de los repetidos esfuerzos por superarlo. Esto se puede apreciar en la referencia de Tamer a una afirmación de J. Laforet: "... el arte de ser anciano consiste en solucionar una crisis ontológica entre la aspiración innata al crecimiento y la experiencia de un irreversible declive" (Tamer, 1995, p. 28).

El surgimiento del "paradigma del curso de la vida" (Zarebski⁸, 2011; Yuni y Urbano, 2011) tiene como correlato el afianzamiento de la gerontología como campo interdisciplinario y pugna por sustituir al de la gerontología tradicional basado en la concepción de los ciclos, dando lugar a la emergencia de uno nuevo apoyado en la noción de curso. Este paradigma emergente pone el acento en la continuidad, la trayectoria y la indeterminación y toma en consideración la relación del envejecimiento con los contextos sociales, los significados culturales y la posición que ocupan los sujetos en la estructura social. En este sentido, Zarebski (2011) sostiene que a partir de las transformaciones observadas en el campo de la salud pública, donde el enfoque del riesgo y el abordaje de las patologías son desplazados por el de los factores protectores y el abordaje centrado en la resiliencia, las distintas experiencias comunitarias e institucionales —entre las que se encuentran las de aprendizaje— han demostrado su eficacia en la optimización del envejecimiento, así como

8 Graciela Zarebski. Doctora en Psicología, Argentina

en el armado de redes de apoyo, operando como verdaderos recursos socio-sanitarios promotores de la salud y preventivos de patologías.

En consonancia con ello, Yuni sostiene que

“este nuevo modelo teórico, que surge no solo como producto de una revolución interna en el campo de la ciencia sino también de una transformación epocal que permite el desplazamiento de viejas creencias, valores y discursos, permite ahora sí ... un análisis contextualizado del cambio en el que el desarrollo es producto del entrecruzamiento de un sistema de normas que lo regulan, con las mediaciones que el propio sujeto introduce como parte de un grupo social con las herramientas que la cultura le provee” (Yuni, 2011, pp. 31-33).

Yuni y Urbano (2011) también inscriben en el marco del paradigma del curso de la vida su perspectiva sobre el papel que tiene el aprendizaje en los procesos de desarrollo humano. Para estos autores el desarrollo cognitivo se caracteriza por el interjuego entre ganancias y pérdidas de capacidades, funciones, habilidades, etc. Es el propio sujeto el que gestiona el balance de pérdidas y ganancias a través del despliegue de mecanismos de compensación por medio de los cuales optimiza en forma selectiva aquellos recursos y capacidades que conservan cierto potencial y que son altamente significativos como anclaje identitario. Desde este punto de vista, la educación favorece los procesos de adaptación, y contribuye al mantenimiento y despliegue de las propias capacidades.

Dentro del marco de la gerontología educativa, definida por Peterson⁹ como el estudio y la práctica de las tareas de enseñanza dirigidas a y acerca de las personas envejecidas, autores como Carmen Serdio Sánchez¹⁰ (2008) y Juan Lirio Castro (2005) proponen un enfoque “positivo” de los adultos mayores que permita superar las visiones que cuestionan su capacidad de aprender y así incrementar su calidad de vida. Los objetivos de la educación en la vejez deben rebasar los límites de una concepción basada en la asistencia y/o el entrenamiento y tender a objetivos que se ocupen de la formación. Por este camino, la educación de adultos mayores “trata de proporcionar a la persona mayor oportunidad de desarrollar su nivel de competencia mediante la asimilación de nuevos conocimientos y habilidades intelectuales y sociales” (Serdio Sánchez, 2008, p. 470), por lo que integra objetivos como mejorar y estimular el bienestar físico y mental de las personas mayores ayudándolas a vencer y eliminar la soledad; suprimir los estereotipos negativos sobre la vejez y sobre los viejos; desarrollar o generar habilidades para una mayor adaptación a la vida comunitaria y social, estimulando las redes de relaciones sociales y los sistemas de apoyo social; desplegar o generar habilidades para el incremento de la autoconfianza y la autodependencia, entre otros.

Jesús García Mínguez¹¹ (2009), quien concibe a la educación como una actividad que se desarrolla a lo largo de la vida independientemente de la edad, sostiene que en las personas mayores esta consiste en el ensayo de nuevos caminos como prolongación de la biografía personal y social. Su trabajo apunta a definir una nueva concepción de la educación

9 Citado por Yuni y Urbano, 2005, p. 27.

10 Carmen Serdio Sánchez. Pedagogía, España.

11 Jesús García Mínguez. Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación, España.

con personas mayores que logre despertar y estimular nuevas posibilidades de desarrollo personal y social. Educación que, respetando las características propias de esta etapa, tendrá distintos ritmos y gustos. Según este autor, la esencia de la educación será consolidar un espacio apropiado para los adultos mayores que permita la creación de una cultura que responda al logro de sus aspiraciones, así como a materializar el descubrimiento y valoración del capital que poseen expresado en experiencia, ideales, criterios morales.

En estudios más recientes, Carmen Serdio Sánchez (2015) y Feliciano Villar¹² (2013) coinciden en identificar una nueva generación de adultos mayores con nuevas y mayores inquietudes formativas. Desde esta perspectiva y en consonancia con esta representación de potencialidades de los adultos mayores, el modelo deficitario del proceso de envejecimiento fue desplazado por nuevos postulados que, sin negar los cambios asociados al envejecimiento, sostienen sus posibilidades de desarrollo y mejora. Para los autores, estos cambios se explicarían, por un lado, por las modificaciones del contexto social y cultural donde se ha comenzado a valorar a la educación a lo largo de la vida, y, por otro lado, por las transformaciones experimentadas por el colectivo de las personas mayores, quienes protagonizan una nueva cultura de la vejez que conlleva una vivencia cada vez más sana del envejecimiento y que valora por encima de todo la calidad de vida.

Profundizando en la caracterización de las transformaciones de los adultos mayores, Villar (2013) sostiene que, debido a los avances en el campo de la salud y la prevención, las personas que transitan la vejez viven más años libres de

12 Feliciano Villar. Doctor en Psicología, España.

enfermedades incapacitantes tras la jubilación; además, poseen un nivel de formación mucho más elevado que en el pasado, lo que implica también un cambio en sus estilos de vida, intereses y motivaciones. Desde el nuevo paradigma del envejecimiento activo, estas nuevas generaciones de adultos mayores buscan seguir contribuyendo con sus familias y comunidades, y continuar realizando actividades significativas.

Según Serdio Sánchez (2015) esta forma novedosa de entender las posibilidades educativas en la vejez, sin negar las limitaciones, permite que convivan y se complementen iniciativas que entiendan a la educación como un instrumento de compensación y regulación de pérdidas y limitaciones, con aquellas que la conciben como una herramienta para optimizar capacidades y desarrollo psicosocial. La autora sintetiza los objetivos de estas prácticas educativas en un abanico que va desde aquellos destinados a prevenir declives prematuros como consecuencia del envejecimiento —y que proporcionan al mayor un conjunto de actividades intelectuales que le ayudan a seguir manteniendo y aumentando sus niveles de eficacia— hasta otros destinados a facilitarle un ambiente social más complejo con roles significativos, nuevos papeles y funciones sociales que propician su integración al contexto social, aumentan sus niveles de autonomía personal y reducen la dependencia familiar y social. Asimismo, incluye aquellos destinados a potenciar el desarrollo personal en las esferas afectiva, física y mental, estimulando la curiosidad intelectual, la actitud lúdica, el autoconocimiento y todo aquello que promueva la dimensión más expresiva de la vida.

A partir de lo expuesto hasta aquí es posible sostener que las profundas transformaciones aplicadas desde el surgimiento del paradigma del curso de la vida tanto en la descripción e

interpretación del desarrollo humano a lo largo de la vida en general, como del proceso de envejecimiento en particular, han abierto a la educación de adultos mayores horizontes posibles para la incorporación de nuevos objetivos que trasciendan a aquellos destinados a la compensación del deterioro funcional. No obstante, se observa que estos no dejan de estar presentes.

Los sentidos de la educación de adultos mayores

En este apartado se procura poner en evidencia la multiplicidad de sentidos atribuidos a la educación dentro de la producción bibliográfica sobre educación de adultos mayores. A los fines de una mejor exposición, se ha recurrido a una categorización que permite el análisis individual de cada uno de ellos. Sin embargo, de esto no debe seguirse que se pretenda presentarlos como sentidos necesariamente excluyentes; por el contrario, en la mayoría de los autores analizados integran una sólida trama que da cuerpo a la propuesta.

La educación, los adultos mayores y la funcionalización

Una recurrencia observada a partir del análisis de un conjunto de trabajos sobre la educación con adultos mayores es la orientación aquí conceptualizada como *funcionalización*. Esta categoría comprende aquellas interpretaciones que suponen a la educación de adultos mayores como intervención destinada a conservar, mejorar o instalar determinadas competencias que hacen a las actividades de la vida cotidiana.

Las actividades pensadas para los adultos mayores aportarán oportunidades y beneficios para resarcir déficits, continuar proyectos inconclusos o frustrados en etapas anteriores (como adquirir nuevos conocimientos, nuevas tareas o aficiones), la conservación de aptitudes cognitivas (de memoria y aprendizaje), la incorporación de estrategias para la toma de decisiones y el desarrollo de habilidades sociales, el desarrollo físico-motriz, entre otras.

En esta dirección, Lirio Castro (2005) afirma que se requiere una práctica educativa diferente en esta etapa de la vida porque de lo que se trata es de compensar el descenso de la funcionalidad. Por su parte, Zea Herrera (2009) recorre los límites de las posibilidades educativas proponiendo una búsqueda de la autorrealización, el autoconocimiento de las características y las capacidades, pensando un sujeto con el pleno uso de posibilidades. Para la autora, los profesionales que trabajen con adultos mayores deben conocer los cambios propios del envejecimiento, identificar sus necesidades específicas de formación y diseñar estrategias que apunten al logro de los objetivos y metas para dar respuesta compensatoria a las posibles carencias y así optimizar las capacidades. La tarea de educar a los adultos mayores es pensada, entonces, como la necesidad de proporcionarles oportunidades de desarrollar su nivel de competencia mediante la asimilación de nuevos conocimientos y habilidades intelectuales y sociales que les permitan un “acondicionamiento al medio”.

Se reclama también una implicación activa de la persona mayor en su proceso de aprendizaje mediante el diálogo y la comunicación, la transmisión de sus propios saberes y experiencias, el aprendizaje en conexión con otros grupos de edades similares. Esta fórmula, según Serdio Sánchez (2008),

posibilita el desarrollo personal y el compromiso social y comunitario. La enseñanza debe contemplar estrategias metodológicas que favorezcan el aprendizaje compartido, el diálogo grupal, la trasmisión experiencial y la reflexión práctica y crítica.

Desde la perspectiva identitaria (Yuni y Urbano, 2011), la educación implica la posibilidad de brindar a los adultos mayores recursos cognitivos que les faciliten la comprensión de los condicionantes sociales que se les imponen. Asimismo, que les permitan el acceso a cuerpos de conocimiento con validez social, necesarios para sentirse integrados a la comunidad y con la posibilidad de realizar aportes en el contexto en el cual están insertos.

Esta propuesta comporta un sentido de funcionalización de la educación de los mayores, en tanto se proyecta como destinada a optimizar las posibilidades funcionales de este grupo etario, considerando que los adultos mayores quieren tener experiencias de aprendizaje en un clima positivo, buscan entender el momento vital que atraviesan y comprender mejor la sociedad en la que viven. La representación del adulto mayor que ofrecen los autores es la de una persona ávida por aprender de forma activa, participativa y a través del debate, aunque dependiente de un ritmo adecuado y de la existencia de pautas organizadoras de la información. Esta mirada convierte a la educación en una herramienta imprescindible, aunque no confiere un espacio de reflexión sobre los contenidos específicos y considera a los adultos mayores como un universo homogéneo, motivado *per se*.

La “terapeutización” de las propuestas educativas para adultos mayores

De la misma forma que en el apartado anterior, en los trabajos analizados puede identificarse un conjunto de desarrollos en los que prevalecen objetivos dirigidos a promocionar la salud tanto física como psíquica, los hábitos de vida sanos y el autocuidado. Objetivos que se encuentran mayormente unidos a la búsqueda de un mejoramiento de la calidad de vida.

En consonancia con esta perspectiva, se considera que las intervenciones con adultos mayores deben tender a “... un desarrollo pleno que favorezca la formación de una persona individual y socialmente activa, sana y creativa” (Tamer 1995, p. 125) y para facilitar ese desarrollo se propone la estimulación y el entrenamiento de las aptitudes físicas y mentales, la mayor frecuencia de los contactos sociales y la actividad personalizadora y socialmente valiosa, porque estas pueden atenuar el proceso de deterioro en la vejez.

Bermejo García¹³ afirma que a partir del año 1980 y con los aportes que realiza la psicogerontología sobre los procesos cognitivos en la vejez, toman relevancia los aspectos formativos y de promoción integral de los mayores como elementos que permiten “conseguir objetivos como la socialización y la participación social, la promoción de la salud (entendida como bienestar físico, psíquico y social) y, por ende, mejorar la calidad de vida” (Bermejo García, 2005, p. 132).

Se infiere, entonces, que desde esta postura se concibe una idea acerca de la educación en el envejecimiento menos

13 Lourdes Bermejo García. Doctora en Ciencias de la Educación, España.

limitada a los objetivos de funcionalización o compensación, relacionada con las posibilidades de empoderamiento de los sujetos mayores y de la promoción de derechos e imágenes positivas sobre la vejez.

No obstante, analizando los enunciados de la autora pueden observarse marcadas ligazones entre las concepciones sobre educación de adultos mayores y una serie de imaginarios relativos a la búsqueda de la salud. De este modo, la educación se presenta como una herramienta fundamental para formar al ser humano en valores saludables que le permitan desarrollar una estructura de conservación y fomento de hábitos de vida sanos y seguros para mantenerse en buen estado y sortear con mayor fortaleza los riesgos de enfermarse y morir, riesgos que podrían acrecentarse en esta etapa.

En efecto, Zea Herrera justifica la especificidad de la educación de adultos mayores a partir de características que se les atribuyen, tales como la disminución de las funciones de los órganos de los sentidos, la declinación de algunas capacidades cognitivas, neurológicas y motoras. En este sentido, propone a la educación como una herramienta fundamental para la promoción de la salud.

Desde este enfoque, la enseñanza en los adultos mayores es la del cuidado y del autocuidado, “pues con el aumento de la edad, y según los factores personales y sociales que influyen en el envejecimiento, se presentan las enfermedades crónicas y degenerativas, que deterioran gradualmente a las personas hasta llevarlas a un estado de dependencia” (Zea Herrera, 2009, p. 248). Aquí el autocuidado es entendido como un comportamiento social activo para la toma de decisiones respecto del estilo de vida, determinado por factores

internos y externos a la persona. Entre los factores externos se incluye la educación; cuando esta interactúa de manera favorable, colabora en el logro de una buena calidad de vida.

Por otro lado, como ha sido mencionado en el capítulo anterior, Petriz¹⁴ (2004) se refiere a la vejez como un momento más del devenir, en el cual la persona mayor no solo es capaz de llevar a cabo proyectos, sino que sigue siendo proyecto para sí. Esta visión, encuadrada en el campo de la psicología, considera que una mejora de la calidad de vida de los adultos mayores sería también promotora de cambios significativos en el imaginario social, cambios que ayudarían a superar la situación de marginación que pesa sobre ellos. Puntualiza que la educación para esta franja etaria se constituye en una herramienta para el mejoramiento de la calidad de vida, a la par que refuerza las estructuras psíquicas producidas por las propias transformaciones del envejecimiento. Sobre esta base, establece como eje central de la educación de adultos mayores el “enseñar a envejecer”, donde, en palabras de la autora, enseñar se homologa a dejar aparecer-dejar ser.

En esa misma perspectiva, Castro (2005) plantea que el principal incentivo para el aprendizaje en estas edades es la necesidad de autodesarrollo cognitivo, social y personal. Los propios adultos mayores quieren aprender para mejorar su calidad de vida, por ello la educación debe ofrecerles una respuesta a esa demanda de “ampliar su cultura, llevar una vida más activa, conocer nuevas personas, estar actualizados y prevenir futuras dificultades (cognitivas, afectivas y sociales)” (Castro, 2005).

14 Graciela Petriz. Profesora en Psicología y Psicóloga Clínica. Argentina

En concordancia con los autores analizados, Fernández Lópiz¹⁵ (2002) pone de relieve la necesidad de implementar una serie de procedimientos educativos que, a la vez que enriquezcan afectiva y cognitivamente a los adultos mayores, sirvan también como recurso preventivo que colabore a mejorar la calidad de vida y el bienestar en la vejez. En el mismo sentido, Yuni y Urbano (2005) resaltan el carácter interactivo entre educación y cambio cognitivo en la adultez. Agregan que el desarrollo cognitivo implica una reorganización cognitiva, emocional y de personalidad que permite al sujeto alcanzar nuevos equilibrios y nuevas formas de relacionarse y conocer el entorno. Por lo tanto, las intervenciones educativas orientadas en esta dirección conllevan una mejoría en la calidad de vida al permitir el afianzamiento de las propias posibilidades y la exploración de las potencialidades.

En una clara referencia a la relación entre salud y educación, algunas propuestas remiten, antes que a las categorías de salud médica o biológica, a nociones relacionadas con el campo de la psicología. Estas puntualizan que la educación permanente resulta una óptima estrategia para lograr el desafío al que se enfrentan muchas de las disciplinas de la salud, un reto vinculado con el objetivo de que los adultos mayores puedan alcanzar el mejor envejecimiento. En este punto es donde Petriz, en clara consonancia con las experiencias que Fernández Lópiz desarrollara en España, concibe a la acción educativa como un programa que contribuye a la promoción de la salud y que en su faz preventiva propicia el autocuidado y aporta a la preservación de la autonomía de las personas mayores (Petriz *et al.*, 2004).

15 Enrique Fernández Lópiz, Dr. en Psicología. España

Para planificar los dispositivos educativos, varias de las propuestas de educación de adultos mayores ya mencionadas se nutren de las interpretaciones ligadas al desarrollo de la psicología y del abordaje de las características de este colectivo etario, aunque no desde un enfoque estrictamente clínico.

En este sentido, Yuni y Urbano (2011) sostienen que la experiencia educativa en las edades avanzadas de la vida también se articula con procesos de desarrollo personal que implican una contribución a la reelaboración de la identidad personal (quién soy) y a la identidad social (quién soy dentro del contexto social). La educación de adultos mayores es pensada como un proceso de reescritura identitaria, ligado a la capacidad de adaptación frente a un medio o contexto perturbador. El sujeto gestiona el balance de pérdidas y ganancias propio de esta etapa a través del despliegue de mecanismos de compensación por medio de los cuales se optimizan en forma selectiva aquellos recursos y capacidades que conservan cierto potencial y que son altamente significativos como anclaje identitario (Yuni y Urbano, 2011).

En resumen, con el acento puesto ya sea en la salud física o en la psíquica, ligado en algunos casos al mejoramiento de la calidad de vida, o desde una mirada preventiva, la educación de adultos mayores se asume en esta perspectiva como una herramienta para la consecución del mejoramiento de la salud, dejando entrever que parte de la consideración de la salud como un atributo por lo menos en riesgo, debido al mismo proceso de envejecimiento.

La educación de adultos mayores: entramado de sociabilidad y ejercicio de derechos

El trabajo de análisis bibliográfico ha permitido echar luz sobre otros significados asociados a la educación con adultos mayores, entre los que vale la pena señalar aquellos que entienden a la educación como una instancia socializadora y promotora de redes de sociabilidad y derechos.

La importancia otorgada a la función de socialización que desempeña la educación entre los adultos mayores es explicitada por Yuni, Urbano y Tarditi¹⁶, quienes advierten que si bien en todas las edades la educación cumple una importante función socializadora, es en la vejez en cuanto instancia en la cual “la red de apoyo social disminuye y se estrecha” (Yuni, Urbano, Tarditi, 2005, p.1), cuando se observa su accionar distintivo. Este accionar permite a los adultos mayores reconfigurar su red de apoyo social, apelando no tanto a la familia como principal sostén afectivo y vincular, sino a la integración con otros pares generacionales. “La inclusión en actividades educativas permite a los adultos mayores re-cualificarse y re-posicionarse frente a las demandas emergentes de las normas, relaciones e instituciones sociales, favoreciendo su integración y consecuentemente la búsqueda y resignificación de sus roles sociales” (Yuni, Urbano, Tarditi, 2005, p.3). Esta incorporación a actividades educativas les daría la oportunidad de ejercitar roles, y les otorgaría un sentido de inclusión en los diferentes grupos e instituciones que operan como representación material de la sociedad.

16 Liliana Rita Tarditi, Prof. En Psicología. Argentina.

En dicho trabajo los autores presentan los resultados de la consulta realizada a un grupo de adultos mayores sobre esta cuestión. Concluyen que la gran mayoría de los consultados interpretan que a partir de su participación en programas educativos, su red social y vincular se ha ampliado. En palabras de los autores “eso denota no sólo el valor del espacio educativo como ámbito de socialización, sino como recurso clave frente al aislamiento y la segregación que viven a diario las personas mayores en sus contextos”(Yuni, Urbano, Tarditi, 2005,p.2). Yuni, Urbano y Tarditi afirman que el valor de las oportunidades educativas se hace más relevante cuando son los adultos mayores mismos los que afirman “que han podido ampliar su visión de la sociedad y de los otros, habilitándolos para integrarse al orden social desde un nuevo lugar y desde una posición de mayor tolerancia” (Yuni, Urbano, Tarditi, 2005,p.2).

Otros investigadores como García Mínguez¹⁷ (2009) y Sánchez García¹⁸ (1998) acompañan esta postura partiendo de un reclamo que, según ellos, resume un pensamiento compartido por la mayoría de los ciudadanos y que denota su concepción sobre la posición social que ocupan los adultos mayores en las sociedades actuales: “urge que la llamada tercera edad deje de ser una edad de tercera... [Los mayores] No pueden formar un mundo aparte, sólo para ellos, sino que son miembros de la sociedad y han de integrarse y participar en ella” (García Mínguez, 2009, p. 133).

Para cumplir este cometido se reclama la dinamización del derecho a la educación de los adultos mayores, articulándolo así al sentido de socialización atribuido a la educación.

17 Jesús García Mínguez, Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación. España.

18 José Carlos Sánchez García, Doctor en Psicología. España.

En el mismo sentido, García Mínguez (2009) concibe a la educación como derecho consagrado por las constituciones de casi todos los países, para toda la ciudadanía sin exclusiones, y su ejercicio se convierte en requisito para gozar de los beneficios que confiere la condición de ciudadano. El derecho a la educación es proclamado por este autor como el atributo que vehiculiza el resto de los derechos, y de esta manera se dimensionan los alcances de la segregación de los adultos mayores respecto del derecho a la educación. Entiende que el núcleo duro de esta problemática se encuentra en la articulación de dos cuestiones: por un lado, en que se percibe a los adultos mayores como ciudadanos de menor categoría e improductivos; por otro, en que la educación sigue ceñida al ámbito formal y destinada a un intervalo de edad del que quedan excluidos los adultos mayores. Desde el marco de la educación permanente, propone que las personas y la sociedad pueden “mejorar continuamente” a través de la educación ya que este proceso ofrece a los seres humanos los medios para hacer frente a sus necesidades, asegurar su bienestar, conocer y ejercer sus derechos, comprender y cumplir sus obligaciones.

En acuerdo con esto, Zea Herrera afirma que este colectivo etario requiere propuestas educativas que promuevan su participación como integrantes activos de la sociedad, enfrentando la “falta de normatividad específica, la ausencia de garantías en el cumplimiento de las leyes existentes y la falta de información y empoderamiento en la exigencia de los derechos” (2009, pp. 245). Para esta autora la educación de adultos mayores tiene la forma de un proceso socializador, en tanto su participación en los programas educativos tendría consecuencias “positivas” directas en la integración social, el desarrollo de valores, la formación de redes sociales

y la creación de otras culturas del envejecimiento entendidas como una resemantización de los conceptos de vejez y envejecimiento.

También desde la concepción de educación permanente, que abre la posibilidad de educación a todas las personas, sin exclusiones por edad o nivel educativo, García Bermejo (2005) reclama que los adultos mayores, como ciudadanos de pleno derecho, sean contemplados en el derecho a formarse, informarse y educarse. Para la autora, los proyectos educativos deben constituirse en un elemento estimulante; deben conformar un espacio propicio que los ayude a interrogarse, a abrir sus percepciones de la realidad, a ser más tolerantes con las personas que piensan de forma diferente, así como ayudarlos a tomar conciencia de las dificultades y los problemas que obstaculizan su bienestar individual y colectivo y a buscar soluciones. En este sentido, la reflexión sobre la educación con mayores vuelve a circunscribirse a una pregunta por la promoción de derechos, para pasar a asumir el papel de la promoción de redes de sociabilidad y pertenencia. La incorporación de los adultos mayores a distintos proyectos educativos les permitiría experimentar relaciones personales de calidad que los ayuden a satisfacer sus necesidades socioafectivas y a aumentar sus sentimientos de pertenencia a la comunidad. Según Meza Mejía¹⁹ y Villalobos Torres²⁰, el objetivo de la educación de los adultos mayores es que cada uno de ellos aprenda una nueva relación entre sí mismo y la sociedad al llegar a la vejez. Sostienen que uno de los cambios más significativos que debe atravesar quien transita este momento de la vida es la finalización de la etapa de actividad laboral. Al valorarse la vida en función de su productividad

19 Mónica Meza-Mejía. Doctora en Pedagogía, México.

20 Elvia Marveya Villalobos-Torres. Doctora en Pedagogía, México.

económica, el comienzo de la vejez queda en muchos casos enlazado al momento de la jubilación, y amalgama valoraciones negativas que comportan la segregación del viejo/jubilado. “La jubilación suele ser el símbolo social de transición hacia la vejez” (Meza Mejía y Villalobos Torres, 2008, pp. 184-186). Además, las autoras estiman que los sistemas formales y no formales de educación se orientan fundamentalmente a preparar para la vida activa, por lo que sostienen que debería contemplarse la necesidad de preparar a las personas para hacer frente a la jubilación con una actitud positiva y favorable, que les permita continuar con su desarrollo personal, mantenerse integrados y seguir interviniendo en el ambiente en que viven. Coinciden en que la última parte de la vida no debería considerarse como un problema, sino como una oportunidad de crecimiento. Al igual que García Mínguez (2009), encuentran en este momento particular de la vida una ocasión para intervenir educativamente y promover en el adulto próximo a la jubilación una actitud positiva hacia su nueva situación, que conlleve cambios en su modo personal de vivir, de pensar y de conducirse ante el retiro del trabajo y lo que ello implica.

En el mismo sentido, la doctora Viguera²¹ sostiene que “la sociedad es muy dura y prejuiciosa (con los adultos mayores) también en este aspecto y la división en activos y pasivos que debiera ser algo exclusivamente laboral, impregna otras facetas”, por lo que no pocas veces la jubilación es vivida como una señal que anuncia el comienzo del envejecimiento. De acuerdo a la experiencia recogida en la implementación de programas educativos de preparación para la jubilación²²,

21 Virginia Viguera. Médica Psiquiatra, Argentina.

22 En referencia específicamente al Programa de Preparación para la Jubilación (PREJUBI), dirigido por la doctora Viguera y destinado a empleados docentes y no docentes de la UNLP próximos a la jubilación.

este se constituye en un momento de vulnerabilidad y gran incertidumbre en relación con el futuro. En muchas ocasiones representa una enorme pérdida de la que es difícil elaborar el duelo, por lo que la educación cumple entonces no solo una importante función de socialización, sino que se instituye en una instancia de reflexión que le permitirá al sujeto la elaboración de su nueva condición. Para Viguera, estos programas tienen como objetivo general reflexionar sobre los cambios que se producen a partir del momento de la jubilación y los planes y proyectos para el futuro; les ofrecen a los asistentes “no solo la información que buscan, sino un ámbito social que actúa de grupo de sostén y lugar de referencia que desplaza a los laborales muy rápidamente”. La participación en estos programas conlleva para los asistentes la posibilidad de generar nuevos vínculos, planear nuevas actividades, conocer distintas actitudes y miradas sobre la problemática que los convoca, “vivenciar el que se puede seguir aprendiendo e incluso incursionar sobre asignaturas pendientes o vocaciones desconocidas” (Viguera, 2012).

Los distintos autores parten del supuesto de que entre los cambios producidos en el proceso de envejecimiento se cuentan la pérdida de roles sociales y de vínculos significativos, la segregación de los adultos mayores producto de los prejuicios y la consecuente pérdida de derechos. Para Yuni, Urbano y Tarditi, por ejemplo, la red de apoyo social se estrecha y disminuye. Según Yuni son muchos los prejuicios sociales que asocian a la vejez con el aislamiento, la soledad y la autoexclusión:

“se les atribuyen rasgos propios de las minorías en el plano del reconocimiento de sus derechos civiles y políticos; su contribución a los procesos sociales queda invisibilizada y un sinnúmero de estereotipos y mitos tienden a mostrarlos como personas incapaces, declinantes, egoístas, pobres y con escaso interés por permanecer integrados socialmente” (Yuni, 2000, p. 187).

De la misma manera, García Bermejo encuentra que una de las razones implícitas para privar a las personas de más edad de las oportunidades educativas “ha sido la consideración de varios estereotipos relacionados tanto con su falta de interés por continuar activos intelectualmente, por continuar aprendiendo. Como por su falta de capacidad a causa del “normal” declive intelectual en la vejez” (2005, p. 137). Por lo que la autora propone a la educación como la estrategia adecuada para hacer frente a esta situación, ya que no solo capacitará a los adultos mayores para que puedan “tomar las riendas de su propio envejecimiento”, sino que promocionará para el resto de la sociedad actitudes que los favorezcan: “... una sensibilización de la sociedad y una educación temprana para la vejez actuará mejorando las condiciones presentes y futuras de la población mayor” (García Bermejo, 2005, p. 132).

Por su parte, Yuni y Urbano asumen un punto de vista crítico frente al reduccionismo que operarían las posturas enmarcadas en la gerontología crítica al sostener que la educación con adultos mayores debe ser necesariamente crítica y emancipadora. No obstante, si bien estos autores promueven

una intervención educativa polivalente en sus metas (no necesariamente orientadas a la emancipación) no dejan de explicitar que:

“cualquier tipo de intervención educativa debe sustentarse en metas de promoción de la crítica situacional del sujeto; debe favorecer la deconstrucción de sus conocimientos y prácticas previas, y promover el desarrollo existencial como tarea personal en su adultez y vejez” (Yuni y Urbano, 2005, p. 83).

En esta perspectiva, las prácticas educativas con adultos mayores son entendidas como prácticas empoderadoras capaces de optimizar capacidades y competencias, y de contribuir al reconocimiento de las propias posibilidades para ejercer un mayor control sobre la vida personal y comunitaria. Son imaginadas como flexibles con el propósito de adecuarse a la enorme pluralidad de sus destinatarios, y entendidas como significativas y sostenibles para que puedan desembocar en procesos de desarrollo personal y participación comunitaria. Se consideran pilares de la actual educación de adultos mayores el reconocimiento y el aprovechamiento pedagógico de su experiencia previa. En definitiva, las personas mayores son imaginadas como un colectivo capaz de empoderamiento, de contribuir al desarrollo social ejerciendo un mayor control sobre sus propias vidas y participando activamente en las decisiones de sus entornos y comunidades. Estos imaginarios se asocian a una representación de la educación como una actividad igualitaria, dialógica y cooperativa, con los efectos de empoderamiento y socialización que esta representación conlleva.

Conclusiones

Como se ha podido observar, las distintas conceptualizaciones de la educación de adultos mayores tienen su correlato en una imagen de adulto mayor que las sustenta y dirige.

Se ha encontrado que buena parte de las producciones sobre educación con adultos mayores procuran distanciarse del modelo deficitario que servía de marco para comprender el proceso de envejecimiento. En su lugar, promueven una imagen de vejez “positiva” y con pretensiones desmitificadoras respecto de los prejuicios que estarían condicionando y limitando las posibilidades de los adultos mayores.

La consolidación de la perspectiva del curso de la vida introduce un nuevo marco teórico para pensar la vejez y por lo tanto habilita nuevos objetivos y sentidos para la educación en esta etapa de la vida.

Si bien comienza a reconocerse un cambio en el perfil del adulto mayor, tal como lo expresan Serdio Sánchez (2015) y Villar (2013), este reconocimiento convive en tensión con una caracterización del proceso de envejecimiento que continúa asociado a un cierto declinar físico, psíquico y social. Déficits, pérdidas o limitaciones que siguen operando como justificativos para la definición de una educación específica orientada a esta etapa de la vida. Aunque no todos los autores adhieren de manera explícita a esta caracterización, tal consenso puede reconstruirse a partir de la consideración que hacen de la educación como la herramienta que serviría para revertir —o por lo menos paliar— las consecuencias de estos cambios identificados como propios del envejecimiento.

La educación de adultos mayores mantiene un carácter preventivo y con un fuerte sesgo instrumental. De este modo, aparece en ocasiones subsumida al campo de la salud, en tanto se presenta como un conjunto de dispositivos que persiguen la funcionalización, la estimulación y el entrenamiento de las aptitudes físicas y mentales, de los contactos sociales y la actividad significativa y socialmente valiosa para atenuar el proceso de deterioro en la vejez, el refuerzo de las estructuras psíquicas conmovidas por las transformaciones propias del envejecimiento, etc. Confluye así un entramado de formulaciones especulativas de orden psicológico y también biológico, que tiene como soporte discursivo el logro de una buena calidad de vida en la vejez.

En otras ocasiones, el dispositivo prioriza un entramado en el que la sociabilidad y el ejercicio de derechos son el armazón fundante de las propuestas educativas, ya que parten del supuesto de la pérdida de roles sociales, vínculos significativos y de la segregación de la que serían objeto los adultos mayores como producto de los prejuicios y de la pérdida de derechos. Partiendo de esta caracterización, la educación los habilita al ejercicio pleno de sus derechos y a mantenerse integrados en las estructuras sociales, a la par de proveerles oportunidades de ampliar su red de vínculos.

Se observa que la educación de adultos mayores ha ido ampliando sus objetivos a lo largo de su desarrollo, al tiempo que ha adquirido una diversidad de sentidos, tales como la funcionalización, la terapeutización, la socialización y el ejercicio de derechos, que si bien aparecen con énfasis dispares en los distintos autores, no se excluyen mutuamente.

En contraste con el alto grado de atención que estos autores dedican a los objetivos que persigue la educación de adultos mayores, llama la atención la casi nula referencia a los contenidos, de los cuales prácticamente pueden rastrearse solo aquellos referidos al propio proceso de envejecimiento. Tales contenidos encuentran reiteradamente su justificación en que un conocimiento más acabado de la etapa por la que atraviesan les proveería a los adultos mayores las herramientas necesarias para conducir su propio envejecimiento, y con esto permitiría alcanzar los fines proclamados de mejorar la funcionalidad, la calidad de vida, la salud, el ejercicio de derechos, etc.

Por otro lado, puede observarse que el énfasis puesto en la promoción de una imagen más positiva del adulto mayor (empoderado, propositivo y activo), al ser de carácter prescriptivo, termina por convertirse en un nuevo modelo.

Tal como lo confirman los datos de diferentes organismos nacionales e internacionales (CELADE; ONU), son cada vez más las personas que llegan a edades asaz avanzadas en muy buenas condiciones físicas y psíquicas, con mayor nivel educativo y con un gran abanico de demandas con las que pugnan por mantenerse en plena vigencia, engrosando así las filas de los destinatarios de las propuestas educativas. Pero una mirada que, a partir de estos datos, convierte en universal y homogénea esta nueva imagen de adulto mayor deja fuera de la realidad a una parte importante de este colectivo. Así, los de menos recursos, aquellos que a lo largo de sus vidas han tenido menores posibilidades de acceso a los bienes materiales y culturales, conforman una extensa porción que difícilmente es alcanzada por los servicios educativos y sus beneficios. En este sentido, se destaca como un llamado de

atención que en los autores consultados se observa en reiteradas ocasiones la referencia a la jubilación como un momento de inflexión en la vida de los envejecientes. Esto excluye de las reflexiones de los autores, por ejemplo, a aquellos adultos mayores que, enrolados en las filas de los trabajadores no formales, posiblemente nunca pasen por esta experiencia.

Si a las consideraciones anteriores se suma la referencia a las demandas provenientes de los propios adultos mayores, que en reiteradas oportunidades pueden encontrarse como justificación de las características que se le atribuyen a la educación, es posible advertir que el costo de promover una imagen de adulto mayor distinta de la forjada al amparo del modelo médico-biológico deja en las sombras a aquellos que no cumplen con este nuevo perfil, con el consecuente riesgo de profundizar esas diferencias. En este sentido, si se coincide en que las instituciones modelan conductas, instalan discursos y prácticas específicas, no debería soslayarse la responsabilidad que pesa sobre ellas a la hora de definir la oferta educativa que están dispuestas a sostener.

Bibliografía

Bermejo García, L. (2005). *Gerontología Educativa. Cómo diseñar proyectos educativos con personas mayores*. Buenos Aires, Madrid: Médica Panamericana.

Fernández Lópiz, E. (2002). *Psicogerontología para educadores. Nuevas Dimensiones del Envejecer. Teorizaciones desde la práctica*. Granada: Universidad de Granada.

García Mínguez, J. (2009). Abriendo nuevos campos educativos hacia la educación en personas mayores. *Rhela*, 12, 129-151.

Lirio Castro, J. (2005). Claves para comprender el aprendizaje de las personas mayores. *Revista de Psicogerontología Tiempo*, 17. Recuperado de <http://www.psiconet.com/tiempo/tiempo17/castro.htm>

Meza-Mejía, M. y Villalobos-Torres, E. (2008). La crisis de la jubilación como una oportunidad educativa. *Educación y educadores*, 11(2), 179-190.

Serdio Sánchez, C. (2008). La educación en la vejez: fundamentos y retos de futuro. *Revista de Educación*, 346, 467-483. Recuperado de http://www.revistaeducacion.mec.es/re346_18.html

Serdio Sánchez, C. (2015). Educación y Envejecimiento: Una relación dinámica y en constante transformación. *Educación XXI*, 18(2), 237-255, doi: 10.5944/educXXI.14017.

Tamer, N. (1995). El envejecimiento humano. Sus derivaciones pedagógicas. *Organización de los Estados Americanos*, 1-19.

Viguera, Virginia (2012), Programa PREJUBI. La Jubilación: terminación de una etapa, comienzo de otra? Revista de Psicogerontología Tiempo, 29. Recuperado de <http://www.psicomundo.com/tiempo/tiempo29/viguera.htm>

Villar, F., **López**, O. y **Celdrán**, M. (2013). La generatividad en la vejez y su relación con el bienestar: ¿Quién más contribuye es quien más se beneficia? Anales de psicología, 29(3), 897-903.

Yuni, J. (1999). La construcción de la gerontología educativa como un campo científico acerca de la educación y el aprendizaje en la madurez. Revista de Psicogerontología Tiempo, 3. Recuperado de <http://www.psicomundo.com/tiempo/tiempo3/edunet.htm>

Yuni, J. (2000). El mito del eterno retorno. Educación subjetividad y adultos mayores. En Duschatzky S. (Comp.), Tutelados y asistidos. Programas sociales, políticas públicas y subjetividad. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

Yuni, J. (2011). Integraciones metateóricas en el paradigma del Curso de la Vida. En Yuni, J. (compilador), La vejez en el curso de la vida. Córdoba: Colección Con-textos Humanos. Coedición Grupo Editorial Encuentro Facultad de Humanidades. UNCa.

Yuni, J. y **Urbano**, C. (2005). Educación de Adultos Mayores: teoría, investigación e intervenciones. Córdoba: Brujas.

Yuni, J. y Urbano, C. (2011). Aprendizaje, envejecimiento y vejez: notas fenomenológicas sobre derroteros de transformaciones subjetivas. En Yuni, J. (compilador), La vejez en el curso de la vida. Córdoba: Colección Con-textos Humanos. Coedición Grupo Editorial Encuentro Facultad de Humanidades. UNCa.

Yuni, J., Urbano, C. y Tarditi, L. (2005). La educación como recurso para la integración social de los adultos mayores. Ponencia presentada en el Primer Encuentro Nacional de Formadores de Adultos Mayores, Córdoba. Recuperado de www.fimte.fac.org.ar/doc/15cordoba/Yuni.doc

Zarebski, G. (2011). La Teoría del Curso de la Vida y la Psicogerontología actual: frutos simultáneos de un mismo árbol. En Yuni, J. (compilador), La vejez en el curso de la vida. Córdoba: Colección Con-textos Humanos. Coedición Grupo Editorial Encuentro Facultad de Humanidades. UNCa.

Zea, M. C. (2009) La experiencia del aula universitaria de mayores: enseñanza-aprendizaje de cuidado y autocuidado. Investigación y Educación en Enfermería, 27(2), 244-253.

Anexo

**Entre la investigación y la intervención:
interrogantes desde el trabajo
con vejez y envejecimiento**

El presente anexo surge del trabajo de investigación bibliográfica llevado a cabo en el marco de esta publicación. Comprende un conjunto de interrogantes que se desprenden del tipo de lectura e indagación realizada sobre los desarrollos abordados en el libro. Más que un protocolo o una cartilla para la intervención, procura ser una instancia reflexiva que nutra los vasos comunicantes entre las experiencias de investigación e intervención en el campo de los estudios sobre la vejez y el envejecimiento.

Interrogantes sobre descentramiento, normatividades y pluralidad teórico-conceptual en el trabajo con vejez y envejecimiento

■ *Objetivación de las categorías de vejez que dan sustento, explícita o implícitamente, a la intervención*

¿Con qué categorías de vejez trabaja la intervención? ¿Cuáles son sus supuestos? ¿Con qué imágenes y analogías aparecen representadas las categorías de edad, el/a viejo/a, la vejez y el envejecimiento?

■ *Distanciamiento y reflexividad en el diseño de la intervención*

¿Cuál es el punto de vista desde el cual se propone la intervención? ¿Cómo actúan en su diseño e implementación las ideas y categorías que el propio equipo responsable tiene sobre el sujeto de la vejez y sobre el envejecimiento?

■ *Moralidades y supuestos normativos en la intervención en vejez*

¿En qué medida operan aspectos normativos en la conformación de la intervención? ¿De qué naturaleza son esos aspectos? ¿Existe alguna dimensión de la intervención que esté configurada de acuerdo con nociones morales o juicios de valor respecto de lo que la vejez y el envejecimiento deben ser? ¿Qué lugar tienen en la concepción, diseño e implementación de la intervención las categorías procedentes de los marcos jurídicos de promoción y resguardo de derechos en la vejez?

■ *Articulación de la intervención con el estado del arte sobre vejez y envejecimiento*

¿Cuál es la relación de la intervención con el acervo de investigaciones especializadas recientemente publicadas? ¿En qué medida el diseño de los objetivos, la justificación, el marco conceptual y las nociones de destinatario se elaboran tomando en cuenta los debates bibliográficos actualizados? ¿De qué manera se incorporan dichos debates a la perspectiva de la intervención?

■ *Empirización y descentramiento en la intervención*

¿La intervención toma en consideración las perspectivas de los destinatarios en el diseño de sus objetivos? ¿Cómo resuenan las perspectivas, sensibilidades, significaciones y modos de vida de las personas destinatarias en la definición de los objetivos y en las instancias de implementación de la intervención? ¿Qué lugar tienen las autopercepciones de los

destinatarios y las definiciones de sí mismos y de sus pares en la concepción, diseño e implementación de la intervención?

Metodologías y acciones concretas para captar e incorporar a la intervención las perspectivas de los actores

¿Qué operaciones prácticas y qué actividades lleva a cabo el equipo responsable de la intervención para acceder a las perspectivas, imaginarios y sensibilidades de los destinatarios? ¿Qué actividades de interacción, conversación o entrevista con los actores se han puesto en práctica para la definición de los objetivos de la intervención? ¿Qué operaciones de conceptualización y escritura se despliegan con el objeto de definir o redefinir los objetivos de la intervención tomando en cuenta los modos de ver, sentir y existir de las personas destinatarias?

Variabilidad, heterogeneidad y pluralidad en las categorías de vejez de la intervención

¿Se juega alguna noción de universalidad en la definición de la vejez con la que trabaja la intervención? ¿Se asume la existencia de alguna invariante que caracterice a la vejez? Y en los casos en que se asume la multiplicidad de vejezes, ¿opera explícita o implícitamente algún núcleo de universales entendidos como distintivos de la vejez? ¿Cuáles serían? ¿De qué modo operan? ¿Qué relevancia confiere la intervención a la variabilidad y a las diferencias de género, clase, etnia y nación en la vejez? ¿En qué medida y de qué manera las desigualdades vinculadas con estas diferencias aparecen

problematizadas entre los objetivos y marcos conceptuales de la intervención? ¿Qué imágenes y analogías están asociadas a los clivajes de género, clase, etnia y nación en la formulación e implementación de la intervención?

■ *Dimensiones de la biologización de la vejez en la intervención*

¿En qué medida la vejez aparece tematizada en referencia a los cambios corporales? ¿Qué peso se atribuye a la dimensión biológica del sujeto en la caracterización de los diferentes procesos de envejecimiento? ¿Se configuran representaciones que conceden a lo biológico un mayor peso en la vejez que en otros momentos del ciclo vital? ¿Los elementos biológicos aparecen localizados en alguna jerarquía de valor o de importancia respecto de los culturales, sociales, psicológicos, económicos en la representación del fenómeno de la vejez?

■ *Visibilización y objetivación de representaciones dicotómicas en torno a la vejez y el envejecimiento que operan en la intervención*

¿La intervención presenta algún supuesto relacionado con nociones de normalidad o anormalidad en la vejez? ¿Qué concepción de normalidad/anormalidad estaría en juego? ¿Se trata de un par dicotómico o se admiten grados y categorías intermedias? ¿La definición de estas categorías toma en cuenta la perspectiva del sujeto de la intervención? ¿Actúan criterios cualitativos o cuantitativos en la definición de normalidad/anormalidad? ¿De qué manera y cómo se justifican? En caso de operar la dicotomía normalidad/anormalidad en

la vejez, ¿aparece articulada de algún modo con el binomio saludable/no saludable? ¿Cómo es pensada la articulación conceptual de los binomios normal/anormal y universal/particular desde la intervención en vejez?; esto es, ¿hasta dónde y a partir de qué criterios una manifestación del sujeto de intervención es caracterizada como una particularidad y/o como una anormalidad?

Autores

María Cecilia Aguinaga

Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional de La Plata. Ayudante diplomada ordinaria en la cátedra Psicología I y Coordinadora del Trayecto Introdutorio en la Facultad de Psicología (UNLP). Coordinadora del Área Transformaciones del envejecer y docente del curso "Ejercitando la memoria" del PEPAM (FaHCE-UNLP). Coordinadora y docente invitada en diversos cursos de capacitación sobre temas relacionados con el envejecimiento dirigidos a docentes y profesionales de la salud. Docente en talleres de estimulación cognitiva en instituciones no universitarias. Integra actualmente el proyecto de investigación "Psicología y orden social: controversias teórico-políticas en las intervenciones de la psicología en la Argentina (1900-1990)" del Programa de Incentivos (UNLP) y es autora de distintos trabajos presentados en eventos científicos. Realiza tratamientos de estimulación cognitiva con pacientes con deterioro neurocognitivo en el ámbito privado.

Yamila Eliana Balbuena

Profesora de Historia por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE) de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), en donde se desempeña como docente de Historia de la Historiografía e Introducción a la Teoría Feminista, estudios de género y sexualidades. También en Historia Social General y Principales Corrientes Historiográficas de la Universidad Nacional de Quilmes. Ha publicado varios artículos, entre los que se destacan: "Lecturas sudamericanas de la obra de Simone de Beauvoir"; "Simone de Beauvoir y el devenir mujeres de sus lectoras sudamericanas"; "Frantz Fanon y Simone de Beauvoir: descolonización y feminismo".

Integra el equipo de investigación “La conciencia histórica en acto. Historiografías, prácticas culturales, memorias” (IdIHCS, FaHCE). Coordina el área de Conocimientos Generales del PEPAM.

Florencia Bravo Almonacid

Licenciada en Sociología y Doctora en Ciencias Sociales (UNLP). Es investigadora en el IdIHCS (UNLP-CONICET). Se desempeña como profesora en el Departamento de Sociología y en la Maestría en Ciencias Sociales (FAHCE-UNLP). Integra los proyectos de investigación “Desigualdad social, pobreza y políticas sociales. Reflexiones teórico-metodológicas a partir de estudios de caso en el Gran La Plata” y “Trabajo infantil en clases medias y bajas urbanas: la construcción de las infancias y las desigualdades”. Es miembro de las redes internacionales “INCASI International Network for Compered Analysis of Social Inequalities” (Programa Horizon 2020 de la Comisión Europea) y la Red Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales. Sus líneas de investigación son la vejez, pobreza y desigualdad social; y la epistemología y metodología de la investigación social.

Horacio Crovetto

Profesor de Letras egresado de la Universidad Nacional de La Plata. Es Vicedirector del Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores y Prosecretario de Comunicación Institucional de la FaHCE (UNLP). Se ha desempeñado como coordinador del Área de Talleres en el Territorio del PEPAM y como docente-coordinador de cursos y talleres de lectura y escritura. Investiga temáticas relacionadas con imaginarios de bibliotecas personales. Corrector de estilo de revistas científicas de la Prosecretaría de Gestión Editorial y Difusión de la FaHCE-UNLP.

Débora Paola Di Domizio

Especialista en Gerontología Comunitaria e Institucional (Universidad Nacional de Mar Del Plata). Magíster en Educación Corporal (Universidad Nacional de La Plata). Docente en la Universidad Nacional de La Plata y en la Universidad Nacional de Avellaneda. Investigadora Categoría IV (SPU. MED). Fue coordinadora del Proyecto PEPAM Barrios (FaHCE-UNLP). Se desempeñó como docente del Programa Universitario de Adultos Mayores (FCSySS-UNMDP) y del Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores (FaHCE-UNLP). Autora de las siguientes publicaciones: Educación Física y diversidad de vejez (2014); Educación Física para la Calidad de Vida de los Adultos Mayores (2015); Características y Criterios en la Organización de la Educación Física en los Programas Universitarios de Adultos Mayores. Breve estudio entre países iberoamericanos (en coautoría) (2015).

Santiago Dupuy

Es estudiante avanzado del Profesorado de Historia de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Se desempeña como secretario del Programa de Educación para Adultos Mayores de la Secretaría de Extensión de la FaHCE. Integra el grupo de estudios del PEPAM.

Vilma Inés Graciosi

Analista en Computación egresada de la Universidad Nacional de La Plata. Docente a cargo de distintos talleres de computación y del Taller de Ingenio en el Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores (FaHCE-UNLP). Analista programadora, desarrolladora de aplicaciones y sistemas relacionados con el tema de la salud, específicamente en el área de discapacidad y salud mental. Mención de Honor del

Banco de Proyectos Exitosos otorgada por la Secretaría de Modernización del Estado de la Gobernación de la provincia de Buenos Aires por el trabajo “Manuales de Procedimientos Administrativos” (2005).

Néstor Fabián Hernández

Profesor de Educación Física egresado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Profesor Adjunto de Teoría de la Educación Física 1 y docente del Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores (FaHCE-UNLP). Publicó (en coautoría) *Teorías para reflexionar en y desde las prácticas de la Educación Física* (2017); el capítulo “El cuerpo en las prácticas de los profesores de Educación Física con Adultos Mayores” en el libro *La Educación Física de los otros*, de Carballo, C. (dir.) (2013); y “Adultos mayores” en el *Primer diccionario crítico de la Educación Física académica en Argentina* (2015), de Carballo, C. (dir.). Fue secretario académico del Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores (FaHCE-UNLP) en el período 2009 – 2012.

Rodolfo Iuliano

Lic. en Sociología y Mg. en Ciencias Sociales por la FaHCE (UNLP). Doctorando en Antropología Social del IDAES (UNSAM). Docente-investigador categoría III de FaHCE-IdI-HCS-UNLP, especializado en temáticas socioculturales, abordajes metodológicos cualitativos y enfoques etnográficos. Ha dirigido y codirigido tesis de grado y posgrado en torno a temáticas socioculturales. Integra el equipo de investigación del proyecto “Relaciones entre postulados teórico-epistemológicos y operaciones metodológicas en las sociologías pragmático-pragmatistas: un análisis de las prácticas de investigación en las ciencias sociales contemporáneas” (2018-2019),

IdIHCS-FaHCE-UNLP. Es Director del Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores y Prosecretario de Comunicación Institucional de la FaHCE (UNLP).

Mónica Suelgaray

Licenciada en Psicología, egresada de la Universidad Nacional de La Plata. Integra el plantel docente del Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores (FaHCE-UNLP) en el Área Transformaciones del Envejecer y coordina el Área de Talleres a Distancia.

Ana Tellez

Licenciada en Psicología egresada de la Universidad Nacional de La Plata. Docente del Taller de Estimulación de la Memoria en el Programa de Educación Permanente para Adultos Mayores de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP y en instituciones no universitarias. Docente invitada en diversos cursos de capacitación sobre temas relacionados con el envejecimiento dirigidos a docentes y profesionales de la salud. Se ha desempeñado como coordinadora técnica del Curso de Formación de Cuidadores Domiciliarios en el Programa Nacional de Cuidados Domiciliarios del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Ha desarrollado su formación clínica como Residente de Psicología en el Hospital Mario V. Larrain de Berisso. Actualmente se desempeña como psicóloga clínica de adultos y adultos mayores en la práctica privada.

A | *Perspectivas*

El presente libro es el resultado de una investigación desarrollada durante tres años por integrantes del Grupo de Estudios en Vejez y Envejecimiento del Programa de Educación Permanente de Adultos Mayores (FaHCE-UNLP).

A partir de un trabajo interdisciplinario desarrollado por historiadoras e historiadores, sociólogas y sociólogos, psicólogas, profesores y profesoras de educación física, profesores de letras y licenciadas en informática se conformó un amplio corpus bibliográfico con el propósito de sistematizar y reconstruir las principales conceptualizaciones sobre vejez y envejecimiento que estructuran los debates recientes en tres campos disciplinarios específicos: ciencias sociales, educación y psicología. El trabajo de lectura, análisis y sistematización de los materiales permitió organizar también un conjunto de emergentes que ponen el foco en las vinculaciones entre investigación e intervención en el campo estudiado. Por este camino, el libro concluye con un anexo destinado a promover la reflexión en torno a diferentes dimensiones teóricas y metodológicas del trabajo de producción de conocimientos y toma de decisiones sobre el fenómeno de la vejez y el envejecimiento.